

2012313429

G982 AL14B1 1927 LAC



THE LIBRARY  
OF  
THE UNIVERSITY  
OF TEXAS

G982  
AL14B1  
1927





130

# AUTOBIOGRAFIA

# “GRANDES ESCRITORES ARGENTINOS”

*Director: Alberto Palcos*

## OBRAS PUBLICADAS

- I—Domingo F. Sarmiento: DISCURSOS POPULARES.  
II—Juan B. Alberdi: AUTOBIOGRAFÍA — *La evolución de su pensamiento.*

## EN PRENSA

- III—Lucio V. Mansilla: RETRATOS Y RECUERDOS. . . .

GRANDES *ESCRITORES ARGENTINOS*

*Director: Alberto Palcos*

II

JUAN BAUTISTA ALBERDI

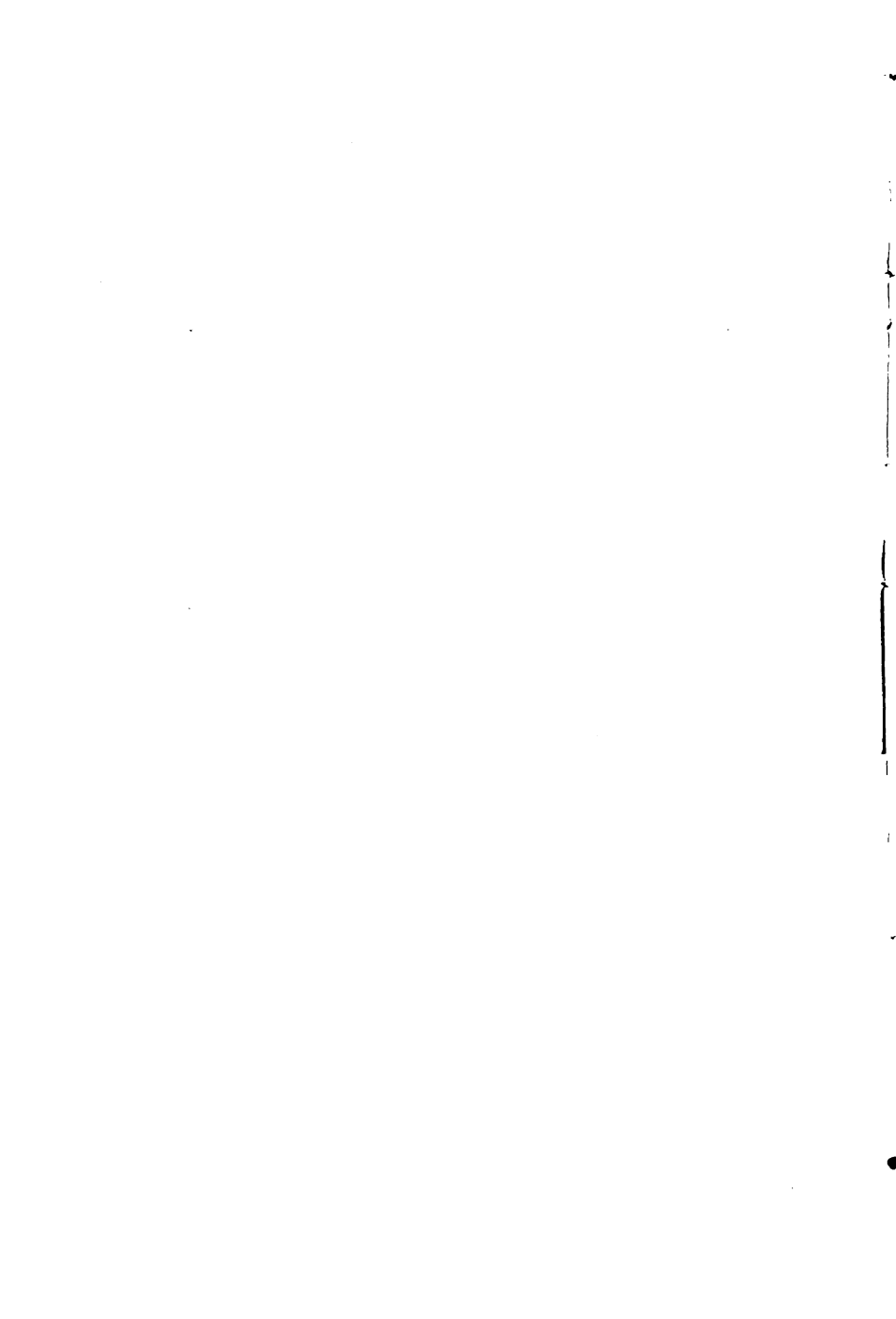
# AUTOBIOGRAFIA

*La Evolución de su  
Pensamiento*

**Prólogo de Jean Jaurés**

EL ATENEO  
Librería Científica y Literaria  
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099  
BUENOS AIRES

1 9 2 7





GRANDES ESCRITORES  
ARGENTINOS

DEFINICIÓN DE PROPÓSITOS

LOS Grandes Escritores Argentinos se propone editar las obras de los ingenios más preclaros de nuestra literatura. Alienta el firme anhelo de ofrecer con sus publicaciones un cuadro completo de lo que encierra de más valioso la literatura nacional. Difundirá, además de las obras verdaderamente populares de nuestro pasado literario, todas aquellas que merecen ser conocidas y perdurar, todas las que arrojan alguna luz sobre el pensamiento o el arte de nuestros mejores escritores. Aspira a que los pensadores y literatos argentinos sean gustados por el público en lugar de serlo, únicamente, por los eru-

DEC 1 1942  
Stechert 160 Mill

*ditos y estudiosos de nuestro pasado. Tienen derecho a ser conocidos de una manera menos fragmentaria de como se les conoce habitualmente.*

*Hasta no hace muchos lustros el cabal conocimiento de nuestros escritores estaba reservado a una minoría escasa. Eran inaccesibles para el pueblo. Después algunas meritisimas empresas culturales pusieron al alcance de los bolsillos más modestos, un tesoro literario. Actualmente parece tomar incremento en el público cierta curiosidad por penetrar, en todo su desarrollo, en nuestro breve pasado literario nacional. Importa mucho avivar y acrecentar esa curiosidad. Las letras, como muy pocas actividades espirituales, revelan el fondo genuino de un pueblo y mantienen encendidas las llamas de un superior ideal colectivo.*

*Los escritores argentinos, desarrollándose los más en períodos de luchas, en medio de una sociedad en formación, cuajada de graves problemas que urgían soluciones inmediatas, no han tenido reposo suficiente para dedicarse al cultivo exclusivo de las letras*

*puras. Las letras aparecen en ellos impregnadas por un fervor cívico casi religioso. En sus páginas se refleja la auténtica tradición nacional. Consiste ésta en un magnífico ensueño de libertad y democracia. Sobrevive a despecho de las peores vicisitudes, de las tormentas y de las borrascas históricas, del caos, de la tiranía, para alumbrar, como un sol, la constitución de la nueva nacionalidad. Conviene que el pueblo se bañe con la lumbré de ese sol. Es acicate para grandes empresas constructivas. Los ideales democráticos que nuestros mejores escritores sostuvieron hasta el sacrificio, deben perdurar y ampliarse, extendiéndolos a todas las esferas, tanto a la política, como a la cultural, a la social y a la económica. Hay en nuestro pasado intenso y dramático la levadura con que se elaboran las grandes cosas, generosas simientes de libertad y de progreso, arrebatados afanes por convertir a la América en el hogar cálido, cordial, de una nueva humanidad que supere las contradicciones y las fealdades en que se debate el viejo continente. Difundirlos es suministrar desinteresadamente al pue-*

*blo un sano deleite intelectual y estético: nutre al cerebro y edifica al corazón.*

*Tal es el espíritu que preside la nueva empresa cultural que acometemos y cuyo sello distintivo consistirá en ofrecer, en un todo orgánico, las producciones de nuestros mejores escritores. Cien volúmenes cuando menos, contendrán todo lo que merece conocerse de la literatura nacional. Los iremos dando con toda regularidad, a cortos intervalos. Esperamos llenar cumplidamente el vasto programa trazado. El concurso editorial del "Ateneo", huelga decirlo, constituye, en tal sentido, la más eficaz garantía.*

ALBERTO PALCOS.

## LA "AUTOBIOGRAFIA" Y OTROS ESCRITOS DE ALBERDI

*COLECCIONAMOS en el volumen que tenemos el gusto de ofrecer al público lector, una serie de trabajos de Juan Bautista Alberdi. No haremos aquí un estudio del gran pensador. Consideramos de interés mucho más señalado publicar, en calidad de prólogo, la espléndida conferencia que a su respecto pronunciara en 1911, Jean Jaurès, uno de los pocos ilustres representantes del viejo continente que, al cruzar el océano, se acercaron con amor y con noble curiosidad al alma argentina y se empeñaron, poniendo en juego su capacidad privilegiada, en informarse y comprenderla, vibrando generosamente al contacto de sus problemas, de sus hombres y de su historia, breve y vigorosa. Los escritos que reunimos reflejan, en su*

*variedad, la vida de Alberdi y la evolución de su pensamiento, manteniéndose por el estilo y por el vuelo de las ideas, no obstante el carácter fragmentario que revisten, a la altura de sus obras maestras. Allí puede seguirse la filiación de las doctrinas básicas que sustentara, en las grandes líneas directoras, desde el Alberdi socialista y romántico de la juventud, al Alberdi de la madurez y la ancianidad, positivista, ferviente partidario de la paz y del librecambio, encantado hasta la exaltación pasional por el fuerte individualismo inglés, a punto de afirmar que una ciudad sin muchos ingleses es como un bosque sin pájaros — imagen llamativa en este sustancioso escritor, parco en metáforas. Tomando asidero en ella, podría objetársele que si los pájaros se conciertan admirablemente para alegrar con la música de sus cantos al bosque, ¿por qué no habrán de concertarse los hombres, de manera que el exceso de individualismo — el cual no debe ser confundido con el exceso de individualidad, antes al contrario es lo opuesto, bajo ciertos aspectos — no dañe a la armonía y mayor eficiencia del conjunto social?*

*La "Autobiografía" constituye un documento capital para comprender la vida y la formación mental del insigne tucumano, quien pensó con singular profundidad y constantemente en los más graves problemas argentinos, ya en el período de su iniciación brillante, ya en su orgullosa y heroica soledad del ostracismo prolongado.*

*En estos escritos Alberdi mantiene enhiesta la bandera europeísta. Su artículo "Acción de Europa en América" es notable, no sólo por la concisión estilística sino por contener conceptos desarrollados más tarde en las "Bases" y en "El crimen de la guerra". En ese trabajo Alberdi juzga a España con una imparcialidad poco acostumbrada en él y los otros grandes escritores argentinos de entonces. También el juicio sobre Rosas, avanzado en su trabajo "La República Argentina 37 años después de la Revolución de Mayo", escrito cuando estaba en pleno poderío la tiranía, es hermoso por su serenidad y por su perspicacia y contrasta con otros juicios del mismo Alberdi, inclusive el emitido en su entrevista con Rosas en Inglaterra, agregado al presente tomo. No obs-*

*tante estas contradicciones, no cabe duda que tales juicios merecen desglosarse y quedar. En los instantes en que la pasión calla y habla esclarecidamente la razón, se formulan los pensamientos más certeros y verídicos. Hay sagacidad y hondura intelectual y gran probidad en un pensador que en horas claras rectifica juicios anteriores y se adelanta a los que dictará la posteridad. En efecto, es evidente que la generación de Alberdi exageró los ataques contra España y nos legó una imagen deformada de Rosas, tirano cruel, sin duda, pero que es preciso ubicar en su clima histórico y en su hora, para comprenderlo en su integridad y comprobar que no todo en él fué negativo.*

*Los otros trabajos que completan el volumen son igualmente enjundiosos y atestiguan las altas calidades críticas, la finura en el análisis, el brillo en la síntesis, la vasta preparación, la dialéctica vigorosa y la profundidad de pensamiento del egregio escritor que supo formular tan certeramente la doctrina diáfana que presidió la organización nacional.*

ALBERTO PALCOS.



THE LIBRARY  
THE UNIVERSITY  
OF TEXAS

**LAS IDEAS DE ALBERDI Y LAS  
REALIDADES CONTEMPORANEAS <sup>1</sup>**

Por JEAN JAURES

**EL POR QUE DE LA CONFERENCIA**

*Es necesario que no haya entre nosotros el menor misterio. Algunas personas de esta ciudad se han preguntado y me han preguntado a mí mismo, amigablemente, en virtud de qué indicaciones yo me había inclinado a estudiar a Alberdi y su obra. Algunos han emitido la hipótesis de que un crítico literario de la Argentina, que ahora viaja por Francia, me había sugerido ese bello tema. No hay que ir tan lejos.*

*Hay en la América del Sur, desde Brasil a la Argentina, pasando por el Uruguay, grupos socialis-*

---

(1) Conferencia pronunciada por Jean Jaurès en 1911, en Buenos Aires, tomada taquigráficamente y vertida al castellano por Antonio de Tomaso y publicada en un folleto, con las restantes conferencias, por la librería de 'La Vanguardia', con un prólogo de Juan B. Justo.

505982

*tas que estudian, piensan, trabajan y que, deseosos de aclimatar la idea del socialismo internacional en el medio en que viven, se preocupan de estudiar e interpretar el movimiento intelectual de su país. Es así que han aparecido en "Humanidad Nueva", publicación socialista de esta capital, estudios sobre Alberdi. Es así que el diputado socialista uruguayo, Emilio Frugoni, ha llamado mi atención sobre el valor científico e intelectual, sobre las ideas económicas y sociales de Alberdi.*

*No es que sea uno de los nuestros, no es que el socialismo pueda reivindicarlo para sí. Antes al contrario, en muchos puntos y en ciertos períodos de su vida, ha sido uno de los adversarios más encarnizados de la idea socialista. Pero como él interpreta los acontecimientos políticos a la luz de los fenómenos económicos; como busca siempre a través de la superficie agitada de los acontecimientos políticos y de las crisis de gobierno las raíces económicas profundas, los socialistas han querido estudiarlo con mucho interés.*

#### LA HISTORIA ARGENTINA

*Y si yo me arriesgo a hablar de la honda impresión que su estudio me ha hecho, es porque soy un convencido de que, cada vez más los europeos que piensan tienen que hacer un acto de reparación hacia la América latina y hacia la República Ar-*

*gentina particularmente. Cuanto más estudio la vida del pasado argentino, más me convenzo que la Europa pensante no ha fijado suficientemente su atención sobre la potencia de vistas intelectuales y morales mezcladas, desde hace un siglo, a vuestros acontecimientos y agitaciones. No ha visto sino las crisis, las guerras civiles que de lejos aparecían como guerras de "clans", en que las pasiones personales oscurecían la luz de la idea. Y a medida que yo estudio, a medida que trato de comprender mejor vuestra tradición y de prever vuestro porvenir, me persuado de que ha habido en este país desde hace un siglo un admirable, un trágico despliegue de fuerzas intelectuales y morales, no solamente por intereses minúsculos, sino por grandes intereses de unidad y de organización. Y la historia de la Argentina, la historia de Buenos Aires y de las provincias, aparece al espíritu, cuando se penetra en ella, como un drama clásico, de una impresionantemente belleza. Era una gran tarea, una difícil y heroica tarea; después que la independencia fué proclamada, después que se rompieron los lazos que ligaban al país con España, había que organizar un pueblo, una nación nueva, con los elementos que dejaba el pasado, con la inexperiencia común de la libertad, que era el resultado de una sujeción tres veces secular, con el antagonismo de la ciudad y de las campañas, en que se agitaban fuerzas vigorosas pero incultas. Todos esos conflictos, todas esas*

agitaciones y sufrimientos, tenían, pues, una idea y realizaban, consciente o inconscientemente, un vasto programa.

*Ese gran esfuerzo ha tenido a su servicio espíritus de primer orden y obras que forman desde ya parte integrante e imperecedera del tesoro común del espíritu humano. Yo no violento las cosas diciendo que las "Memorias" de Moreno y su "Representación en nombre de los hacendados del Plata", como su "Tratado sobre la misión del congreso organizador", tienen un legítimo lugar en una biblioteca de historia. Las obras de Alberdi, las "Bases" sobre todo, y su libro de conjunto sobre la América, deben clasificarse al lado de las obras de Tocqueville, Laboulaye y, por ciertos capítulos, al lado de Montesquieu. Y aunque Alberdi mismo haya sido injusto con Mitre, aunque haya acusado su elocuencia de fastuosa y asiática, me parece que varios de sus discursos serán estudiados con provecho por todos los hombres políticos y los oradores, aun de la Europa, porque en esa abundancia hay firmeza y plenitud de pensamiento y porque ha sabido conciliar el eco de las tradiciones idealistas con las necesidades del progreso positivo.*

#### EUROPA Y NUESTRA HISTORIA

*Y si todas esas fuerzas intelectuales no ocupan en la cultura de la Europa el sitio que merecen, es*

porque en este mismo período Europa tenía también sus agitaciones y sus trastornos.

*Sainte-Beuve ha dicho que Napoleón había pervertido el gusto de Europa, habituándola a lo brillante, a lo grandioso, a lo colosal. En el orden militar el corso llegó a manejar masas tan grandes que, en comparación con sus campañas formidables, que hacían cementerios de los campos de batalla, las admirables marchas de un pequeño número de hombres perdían en la imaginación europea todo su verdadero valor. Y la misma travesía de los Andes no podía aparecer con todo su relieve dramático ante el contraste de las multitudes que el napoleonismo ponía en movimiento.*

*¿Y cómo habrían podido? ¿Cómo la Europa y la Francia habrían podido penetrar a fondo la vida intelectual de la América latina cuando estaban obsesionadas por la multitud de los dramas políticos y de las crisis sociales? En 1813 se constituía vuestro segundo directorio, cuya obra política fué tan fecunda, y en 1813 la Europa estaba incendiada y los conscriptos eran llamados a millares del fondo de las aldeas para ir a vigorizar el ejército de Napoleón. En 1817 San Martín atravesaba los Andes, y en Francia caía el napoleonismo y caía la democracia. En 1853 se establecía el primer equilibrio entre la unidad y la federación en la República Argentina, y la Francia, que habría saludado ese acontecimiento, estaba en crisis, humillada en su esperanza y en su razón, y los*

*demócratas vencidos hubieron de preguntarse si no pasaría aquí lo mismo que estaba ocurriendo allí. Vino 1870, y la Francia volvióse hacia el mundo germánico para estudiar el secreto de las victorias de la guerra, para asimilarse lo que la cultura germánica podía tener de más fuerte y eficaz. Y los problemas que sobrevinieron después impidieron también que el pensamiento de Francia entrara en comunicación simpática con este país, haciendo el esfuerzo de comprensión y de inteligencia necesario.*

*Pero, poco a poco, grandes hechos se producen. La República Argentina llega a un grado de fuerza y de potencia económica que llama la atención de los hombres y de los pueblos. Y la Francia nueva encuentra en la República Democrática su equilibrio, es decir, su libertad, y su serenidad de espíritu que, abriéndole amplios horizontes, le permite mirar, sin ningún sentimiento de exclusión hacia las otras razas, todo el mundo latino, a la Italia que se unifica y se democratiza, a la España que sacude las viejas cadenas y despeja sus tinieblas, a la América que se disciplina y organiza; y entonces el pensamiento de la Francia se exalta y comprende que su cultura sería incompleta si no se asimilara lo que hay de bueno y de elevado en todas las cosas del mundo...*

*Por eso es que yo me atrevo a hablar de Alberdi. Y no es que quiera mezclarme a las controversias que ha motivado. Hago honor a Alberdi al decir*

*que he tenido a menudo la impresión de que sus polémicas no era plenamente justo. Es la consecuencia del ostracismo.*

### LA EXPATRIACION Y SU INFLUENCIA

*El ostracismo es glorioso, pero tiene sus peligros para el espíritu del hombre. Separándolo del medio en que podría y debería actuar, agría y exaspera sus sentimientos; y entonces, cuando parece que al juzgar habría, por estar lejos, más serenidad, los juicios se oscurecen, y se envenenan por la separación. Los malentendidos han sido múltiples entre los exilados y su patria de origen, como entre los exilados de una misma generación. La princesa Belgiojoso decía de las querellas que dividían en Bélgica a los convencionales que al restaurarse los Borbones tomaron el camino del destierro; yo no los comprendo; han matado al mismo rey, y no están de acuerdo...*

*Creo por eso que en los juicios que Alberdi ha hecho sobre la obra histórica y política de Mitre y de Sarmiento, ha habido un poco de esa desviación del expatriado.*

*Voltaire, aislado en Ferney, pudo combatir contra sus enemigos. Hugo, desde la roca de Jersey, pudo combatir al Segundo Imperio que lo había desterrado. Y esas circunstancias explican y atenúan su encono.*

*El peligro de Alberdi es que él estaba en la éx-patriación cuando los que lucharon con él contra la dictadura de Rosas y prepararon con él la Constitución de 1853 habían llegado al poder.*

### EL JUICIO DE LA HISTORIA

*No quiero hablar, pues, de esas controversias. La Historia es la que reconcilia a los que en vida se combatieron sirviendo una misma causa. El rol que asume todo hombre en las luchas históricas es necesariamente un rol exclusivo. Hay que imponer las ideas y hay que combatir por eso no sólo a los que son fundamentalmente opuestos a nuestras vistas, sino también a los que creen servirlos al mismo tiempo por medios diferentes.*

*La vida del hombre político, la vida del hombre público, es necesariamente un perpetuo combate, un conflicto perpetuo. Lo que hace la belleza de la Historia es que ella no está obligada a elegir. Yo he estudiado, día por día, la Revolución Francesa y me decía a cada minuto; ¿qué habría hecho yo? ¿Habría estado con Robespierre, con Vergniaud o con Dantón? Y transportándome con el pensamiento a la hora de la acción, yo quería elegir, pero no veía sino el valor de la obra común en la que colaboraron los hombres que se habían devorado.*

*Leibnitz decía; los cuerpos chocan y se excluyen,*



*los espíritus no. En la lucha de los partidos, los individuos son cuerpos, inteligencias revestidas de pasión y condenadas a la acción exclusiva. En la región del espíritu, en cambio, en la región de la libertad, que se alcanza cuando se juzga, se dejan de lado las exclusividades y se reconcilia lo que hay de común.*

*Es con ese criterio que he estudiado a Alberdi, apuntando lo que ha tenido de grande y lo que me parece el peligro, la crisis de su pensamiento.*

#### EL REALISMO Y LOS FALSOS VALORES

*Lo que es admirable en él es el espíritu de realidad, de sinceridad y de modestia humana e impersonal. Sabía que la seducción de una palabra es poderosa sobre el espíritu de los hombres y sobre la imaginación de los pueblos latinos, y constantemente llamó a su país al sentido de las realidades profundas. Haber instituído la democracia no es nada, si todos los ciudadanos no son capaces de ejercer su derecho. El sufragio universal no es sino una pobre soberanía; no es, según sus palabras textuales, sino una regencia si al verdadero soberano, indiferente o ignorante, se substituyen las oligarquías que, ejerciendo su voluntad, lo suprimen y subordinan.*

*Esas son las enseñanzas de realidad que ha dado Alberdi a la democracia de todos los pueblos y*

*a los pueblos jóvenes principalmente, a quienes aconseja no dejarse fascinar por su prosperidad o por ciertas apariencias de prosperidad. Un suelo rico no es un pueblo rico, decía. La sola riqueza, la duradera, está en el trabajo perseverante, en la sobriedad y en la serenidad de la vida; y el culto a la victoria militar y las fanfarrias de las "reclames" económicas no serán nada si el país no desarrolla profunda y metódicamente sus fuerzas. Eso era lo que decía hace sesenta años a vuestros dirigentes y a vuestro pueblo.*

*Y para que todos los esfuerzos de vuestra civilización naciente se consagraran al trabajo metódico, paciente y organizado, empujé de un modo sistemático los otros valores de brillo, los valores de gloria, tratando de crear un alma nueva, más sobria y más realista. El ha dicho esa palabra admirable; para nosotros, el heroísmo de la acción se ha concluído, es el heroísmo del pensamiento el que empieza. Yo admiro esa fórmula vigorosa, y creo que para todos los partidos llegados a la conciencia de sí mismos y para todas las naciones que han sobrepasado el primer estadio de evolución y de organización, es el heroísmo del pensamiento, es la audacia de la inteligencia combativa y del trabajo creador, lo que constituye el valor por excelencia!*

## LA FUERZA DEL ENTUSIASMO

*Pero el espíritu humano no es de un solo tinte. Y Alberdi tiene peligros. A fuerza de querer luchar contra lo que él llamaba la apariencia, la exterioridad, la ficción la efervescencia artificial, llegó a condenar el entusiasmo mismo. Llegó a decir que el monje, el soldado y el poeta son los enemigos, así como a desconfiar del entusiasmo revolucionario de los proletarios socialistas. Excomulga así el entusiasmo místico del monje, el entusiasmo heroico del soldado, el entusiasmo de inspiración del poeta y el entusiasmo innovador del proletario, que espera una sociedad más justa. Yo creo que hay peligro en apagar en el corazón de los hombres las llamas del entusiasmo y que si, después de haber matado todas las fuerzas del heroísmo, del misticismo y de la gloria, matamos también la fuerza del ideal que anima al poeta y la fuerza de esperanza que levanta a los trabajadores, corremos el riesgo de tener una sociedad sin alma, sin valor y sin fuego.*

## LOS POETAS

*De los poetas, Alberdi no tolera sino tres, porque son, dice, profundamente serios; Homero, Cervantes y Molière. Y es de notar que entre estos hay*

dos, Cervantes y Molière, genios admirables e incomparables, que son, antes que todo, genios amargos, genios que han visto la miseria de la naturaleza humana, la fragilidad de ciertos sentimientos. Alberdi coloca, pues, entre los grandes creadores y poetas de la humanidad, sobre todo a los que tienen el espíritu de observación crítica, profunda y amarga. Pero, ¿por qué ha puesto a Homero? Sin duda, porque trazó con una cierta ingenuidad aparente el cuadro de la vida simple. Lo que hace, sin embargo, la gloria de Homero es que no se ha dedicado a representar servilmente la vida de los hombres, sino que la levantó siempre por encima de sus luchas, por encima de sus cadáveres y de las llanuras cubiertas de sangre, poniendo sobre los individuos y sobre los combates una idealidad de gloria, tan alta como para que los hombres se elevaran hasta ella por la audacia y el heroísmo. Homero tenía el sentimiento de que el hombre debía ser impulsado y elevado por grandes y altas pasiones. Y es por eso que ha puesto en la boca de un dios la más vehemente palabra de idealismo que jamás brotó de labio alguno; "toma tu lanza, he cortado para tí la madera en la más alta cumbre de la montaña"...

#### IDEALISMO Y POSITIVISMO

Y bien; ése es el vicio del pensamiento y de la obra de Alberdi; no ha sabido conciliar con la pa-

*sión de un ideal, con el entusiasmo innovador, el criterio moderno y positivo que es la característica de su obra. Y por eso vióse condenado a muchas insuficiencias y a muchos errores.*

*Se equivocó, por ejemplo, sobre los pueblos latinos.*

*Yo no le reprocho su predilección marcada por el genio anglosajón y la civilización anglosajona; tengo por ellos una admiración profunda y me parece bueno que los pueblos de origen latino aprendan, para completarse y equilibrarse, a admirar las virtudes de los pueblos de origen anglosajón. Lo que reprocho a Alberdi no es, pues, esa preferencia, ni es que no haya podido quedarse más de tres días en Génova porque no encontrara muchos ingleses; lo que le reprocho es haber desconocido lo que hay de más sólido en el genio latino y lo que hay de más audaz en el genio anglosajón.*

*Lo que Alberdi critica al genio latino es su idealismo, es esa fuerza de lógica que hace que en Francia la democracia haya querido, en ciertas horas, ir hasta la cima de una idea; es ese espíritu de absoluto aplicado a las cosas humanas.*

*Alberdi se equivoca; la idea general no es inconciliable con el sentido práctico. Moreno, por ejemplo, lector y traductor de Rousseau, ha sabido conciliar, en la hora primera de la emancipación americana, la idea pura, la idea alta y clara y las realidades históricas con las cuales tenía que contar.*

*Para emancipar a América, como para emancipar*

*a Francia, era preciso el punto de apoyo de una doctrina, de una teoría, de una idea clara. Si los hombres de 1789 no hubieran tenido la idea de un derecho humano, la idea de una dignidad humana ineludible e imprescriptible, que ninguna tiranía secular podía interrumpir, ¿dónde estaría su punto de apoyo contra las tradiciones y las fuerzas del nuevo régimen? La monarquía se decía de derecho divino, y a esa vestidura divina unía la fuerza de los siglos, porque se había confundido con la vida de Francia. ¿Cómo los paisanos, los obreros y los burgueses podían levantarse contra ella sin tener una fuerza igual a esa fuerza secular de la monarquía y de la iglesia? Y contra la monarquía proclamaron la fuerza de la idea. Somos hombres, dijeron, y porque somos hombres, somos más antiguos que la monarquía!*

*Esa misma fuerza ha existido en el origen de vuestra historia, y Alberdi lo ha olvidado. ¿Cuál habría sido vuestro título, qué precedente habría podido invocarse? El régimen colonial de España no había creado ninguna preparación de libertad; y para disputar con ella, para negociar con ella de igual a igual, era necesario invocar un derecho nuevo. Es lo que hizo Moreno, con una habilidad y un ingenio práctico admirables. Los hombres no pueden vender su voluntad y su libertad, decía, sino en virtud de un contrato. El poder ha de ser el resultado de un contrato entre nosotros y la monarquía española. Ese contrato ha sido destruido, por-*

*que el rey de España es prisionero de Napoleón. Tácitamente, pues, nosotros debemos de contratar de nuevo, pero contratar en condiciones que respondan mejor a las realidades presentes. Podríamos hablar de la América toda, pero la obra encontraría muchas dificultades. Vamos, pues, a libertarnos por fragmentos americanos, constituyendo tantas naciones autónomas como lo permita la naturaleza de las cosas para realizar más tarde vastas federaciones. Así, pues, se concilia en los orígenes de la historia argentina la doctrina del derecho, la teoría absoluta del contrato, y el sentido político práctico.*

#### LA ENERGIA LATINA

*Alberdi llegó, también, a dudar de la libertad y de la democracia en la civilización latina. Y por haberse separado de la fuerza viva del ideal, llega a preguntarse en dos de sus libros si la monarquía no era necesaria en la América latina y cree en una restauración monárquica. Y a nosotros, pueblos latinos de Europa, nos ha condenado casi a la impotencia definitiva e irremediable. En 1848 está con Guizot contra la democracia. Y bajo el segundo imperio comete el error funesto de simpatizar con Napoleón III. Y más tarde, en 1878, cuando la Francia se renueva, la obra que Alberdi más admira es el panfleto en que Taine desacredita la Re-*

*volución Francesa, a riesgo de secar nuestra vida nacional en sus raíces.*

*Los acontecimientos lo desmienten, sin embargo. No es abjurando su derecho y renegando de la revolución y de su idea que Francia encuentra el equilibrio y la posibilidad de un progreso normal e indefinido. Sufrió la dictadura del primer imperio, el retorno impotente de la monarquía tradicional, el despertar turbulento de la tercer república; y a través de todas esas pruebas se dijo siempre; mi salud, mi esperanza, mi fuerza, no está en renunciar a la tradición de mis padres, no está en negar la filosofía de los abuelos, porque mi equilibrio y mi necesidad es la república democrática y racional, la república laica, la república de la nación, sin ningún poder hereditario.*

*Y ésta es la mejor prueba de que el genio de los pueblos latinos es capaz de organizar la libertad. Lo que evidencia la vitalidad de la Francia republicana es lo que no ha estado a merced de su capital; que no ha permitido ser conducida contra su voluntad. Cuando París marchó con la libertad, la Francia estuvo detrás de él; y cuando se hundió en el "boulangismo", la Francia republicana estuvo contra él. Porque la república racional, que educa al pueblo, pone en la conciencia de todos esa energía que para Alberdi era el privilegio de la civilización anglosajona.*

*Es cierto que el pueblo inglés marcha durante siglos por progresos continuos; es cierto que una só-*



*lida educación intelectual y moral está en la base de sus instituciones políticas; es cierto que en Inglaterra los individuos aprenden de por sí la libertad antes de tomar parte en la vida colectiva; es cierto, en fin, que constituyen los ingleses un gran ejemplo de energía moral, de espíritu, de método y de continuidad. Pero la Inglaterra ha tenido también sus crisis y agitaciones, como las habidas en el mundo latino.*

*Y a propósito, quiero referir una anécdota. Yo me acuerdo que en 1887, en momentos que el presidente Grevy, menos feliz que el rey de Inglaterra Carlos I, sostenido hasta el cadalso por su ministro Stradford, no encontraba un solo ministro amigo, llegaron al palacio Borbón varios diputados ingleses, quienes me fueron presentados por Clemenceau (era antes de nuestro conflicto). Uno de ellos, lord Churchill, me dijo; "estáis en plena crisis". Y Clemenceau le respondió; "Et bien! et vous? Me parece que ustedes han tenido un cierto Carlos I". A lo que el inglés respondió; "Sí, pero el vuestro no encuentra ningún Stradford".*

#### LA PASION ANGLOSAJONA

*El genio inglés no es solamente, como se dice a menudo, un genio positivo y práctico. Es un genio profundo y apasionado.*

*Se ha alimentado en fuentes tan cálidas como la Revolución Francesa. Es con la Biblia que se ha*

hecho la educación de esos puritanos que en el siglo XVII abatieron la monarquía de Carlos I, crearon la república democrática y bosquejaron la primer regla de comunismo. Es con la Biblia que se educaron, es decir, con el libro menos moderado que haya, el más vehemente, el más apasionado, el más exaltante, el que hace estremecer el corazón de los hombres con un gran soplo trágico, el que habla de la cólera de las montañas y de la cólera de los océanos; el libro de los sobresaltos y de las imágenes grandes; el libro de las reivindicaciones sociales, de los pobres amenazando a los ricos y anunciando el día en que la igualdad de los hombres será fraternal, cuando hayan desaparecido las guerras entre los pueblos y cuando, por el contagio sublime de la paz humana, la naturaleza misma se dulcifique en sus ferocidades; el libro de Isaías que apostrofa; el libro, en fin, de la reivindicación, de la pasión, de la esperanza, de la justicia, de la cólera, que ha formado en la intimidad de las lecturas cotidianas el espíritu de los puritanos ingleses...

De esa fuente cálida ha salido la primer república inglesa. El recuerdo ha quedado. Macaulay glorificó a Cronwell, y los demócratas ingleses de hoy, los que han derribado el privilegio de las Cámaras de los Lores, están ligados a las tradiciones puritanas, que tienen una gran fuerza de pasión y de revolución.

Otros dos factores han intervenido en la educación del espíritu inglés; la influencia de la Revolu-

*ción Francesa y la filosofía de Bentham, en la cual ha bebido Alberdi. Bentham es un utilitarista. Pero, cuidado! Lo útil significa destruir todo lo que se oponga al propio bienestar; tradiciones y privilegios. Los hombres de hoy son los jueces de sus intereses. Y en Inglaterra, la doctrina de Bentham arruina así la tradición hasta en sus fundamentos. Cada individuo busca lo que es útil a sus intereses; y para eso hay que regularizar el interés de cada uno por el interés superior de todos, de la multitud humana, de la mayoría de los hombres, aun de los más pobres, de la raza misma.*

#### LA DEMOCRACIA INGLESA

*Y por esas tres fuerzas; el puritanismo bíblico, el contagio de la Revolución Francesa y el utilitarismo absoluto de Bentham, la nación inglesa es capaz, en ciertas horas, de movimientos de audacia, de ideal, que desconciertan las fórmulas acostumbradas sobre la prudencia y la frialdad del genio anglosajón. En el siglo XIX hemos asistido a un crecimiento formidable y tempestuoso de la democracia inglesa. La lucha de los obreros para conquistar, aun por la fuerza el derecho de coalición y de huelga y la gran agitación de los obreros cartistas en pro del sufragio universal; he ahí pruebas elocuentes del impulso de las fuerzas populares anglosajonas.*

*Alberdi se imagina que el genio latino es un*

*genio de multitud y que el genio anglosajón es un genio de individualidad. Alberdi cree que el "hombre" inglés cerrado y solitario es la expresión definitiva de su civilización. Pero, por la fuerza de las cosas, por el desarrollo de la producción, las clases se organizan. Y en Inglaterra como en Estados Unidos, los cartels, los trusts, las grandes sociedades por acciones, los grandes sindicatos obreros y patronales, las grandes federaciones patronales y obreras, las cooperativas, son fuerzas individuales agrupadas, acumuladas, sumadas. El individuo inglés vive cada vez más para la vida social y colectiva, la vida de la masa. El individuo del mundo anglosajón tiene de más en más la conciencia de que sería aplastado si no se organizara. El individualismo, el clásico individualismo inglés, ha desaparecido en el orden económico y social.*

*Y la Inglaterra, desde hace tres generaciones, interviene en las relaciones del trabajo y el capital; legisla para proteger a los obreros; legisla para asegurarlos contra la vejez, la enfermedad, la invalidez, el accidente y la desocupación; legisla para apropiarse en provecho de la nación de una parte de las riquezas individuales. Lloyd George ha establecido el impuesto sobre el incremento del valor del suelo, cuando no resulta del trabajo del propietario sino del desarrollo del progreso social. Y Roosevelt en Estados Unidos, el defensor de la individualidad, el que no quiere que el socialismo "enerve" al pueblo, el que va a fortificar sus músculos en la*

*caza solitaria de los tigres africanos, dice a su pueblo de vuelta de aquellas soledades; cuidad vuestra riqueza natural, vuestro suelo, vuestros bosques, vuestras caídas de agua; esas riquezas son patrimonio nacional y hay que defenderlas.*

*Alberdi se ha equivocado, pues, al oponer el colectivismo instintivo de los pueblos latinos al individualismo del genio anglosajón.*

*El ha dicho que el socialismo era en Francia un efecto de la educación grecolatina; que era el recuerdo de Graco y de Platón. Pero, en la Inglaterra de Lloyd George y del Labour Party, en la América de los trusts y de los sindicatos, el socialismo no es un producto artificial. Ha brotado en ese mundo, como en el mundo latino, de necesidades económicas.*

#### LA CUESTION SOCIAL ARGENTINA

*Y es curioso; Alberdi ha sido al principio un saintsimoniano, él mismo cita entre los autores que han edificado su espíritu a Lerroux a Saint-Simón. Y en los libros que redactó con Echeverría aparece la misma doctrina, la doctrina de la expansión económica. Alberdi la aceptó al principio por entero y después sólo en una de sus partes.*

*El saintsimonismo tiene dos ideas; desarrollar la producción y organizar más equitativamente entre los hombres la distribución de la riqueza. Alberdi se despreocupó de la segunda parte del pro-*

*blema, creyendo que sería una consecuencia natural de la solución de la primera. Y por eso hay en su obra a este respecto una contradicción singular.*

*El previó que la gran riqueza nacional de la Argentina podía ser comprometida por la especulación y dijo que la constitución debía tender a asegurar la tierra a los que la trabajan. Y después, comete la inconsecuencia de decir que en este país la cuestión social no podía existir, que la cuestión del salario no tenía razón de ser; y el argumento que daba era que la población de la campaña estaba habituada a una vida simple que excluía las posibilidades de una miseria violenta. Entre nosotros, decía, los mendigos mendigan a caballo.*

*En ese mismo momento, sin embargo, él sustentaba un ideal de civilización que era la antípoda de esa vida simple.*

*El, que hacía un llamado a las fuerzas europeas, que glorificó la civilización de Europa, que dijo a los argentinos la necesidad imprescindible de utilizar las energías de la inmigración europea, caía, pues, en una gran contradicción. ¿Qué inmigración quería? No una inmigración cualquiera, sino una inmigración de trabajo. Gobernar es poblar, decía, pero a condición de que se traiga una mano de obra moral y socialmente superior. Y señalaba algunos tipos de inmigración no deseable. Quería, entonces, que fueran los obreros de la Europa trabajadora los que vinieran. Y con las prevenciones que había dejado en su espíritu el pasa-*

do colonial, era una inmigración anglosajona la que deseaba para su país y, en todo caso, la inmigración de las "élites" trabajadores de Europa. Pero esas "élites" tienen exigencias, están habituadas a ciertas condiciones de vida elevada. Y cuando Alberdi creía, al desearlas, que había excluido el problema, era él mismo el que lo traía por la puerta de la inmigración.

#### ALBERDI, ENEMIGO DE LA GUERRA

Y quiero, por último, puntualizar otra contradicción de Alberdi, que ha sido también uno de los más grandes enemigos de la guerra, uno de los más valientes glorificadores de la paz.

En una época en que todos los cerebros de la Europa y de la América vibraban al recuerdo de las guerras napoleónicas y revolucionarias; en una época en que la gloria militar era todavía una forma de la gloria de las democracias, Alberdi tuvo el coraje de decir al pueblo que los conflictos sangrientos ya no tenían excusa posible y que la verdadera gloria era asegurar la justicia entre los pueblos, afianzando así la paz. Y no se limitó a decirlo en una fórmula general. Demostró jurídicamente que la guerra era una muerte colectiva, que debía ser condenada por la conciencia humana lo mismo que la muerte individual. Y pregonó que los pueblos debían entenderse para establecer sanciones internacionales contra las violaciones de la paz. Más aún;

*fué hasta el fondo de las hipocresías, diciendo que conocía muchos hombres que querían la paz, pero a condición de que hubiera antes una última guerra... No se limitó a condenar la guerra; condenó la paz armada y sus consecuencias desastrosas, que en la hora actual cuesta a la vieja Europa, en gastos militares y navales, ocho mil millones por año. Dijo que la paz armada era una guerra sin pólvora contra los pueblos, demostrando con esas prédicas que tenía un gran valor moral.*

*Hay en estos momentos dos grandes tendencias que concuerdan respecto de la necesidad de la paz; el liberalismo económico de los Smith, Say, Ricardo y Bastiat, de un lado, y el socialismo del otro. El antagonismo de las clases y la organización misma del trabajo los separa. Pero tienen en su origen y en la hora actual un pleno acuerdo en estos dos puntos; intensificar y desarrollar la producción y asegurar ese desarrollo por el mantenimiento de la paz.*

#### EL SOCIALISMO Y LA GUERRA

*En el momento que Alberdi escribía su evangelio de paz, exponiéndose por eso a las acusaciones apasionadas, desconocía el verdadero carácter del movimiento socialista, y proclamaba que el socialismo internacional no era una fuerza de paz. Sin embargo, desde 1870 el socialismo internacional*



*es una gran fuerza de orden. Hay, pues, en eso una injusticia desmentida por los acontecimientos.*

*Yo sé que en la preparación de la obra de paz no hay solamente esfuerzos obreros y socialistas. Hay también esfuerzos de demócratas de buena voluntad y de buena fe, esfuerzos de hombres previsores de todas las clases. Pero tengo el derecho de decir que quienes están en primera fila para mantenerla son los obreros organizados de todos los países, que dicen a los gobiernos; nosotros no queremos que el capricho de un hombre empuje a los unos contra los otros.*

*Y no es solamente el socialismo francés el que dice eso. Hace cuatro días el telégrafo nos comunicó que Bebel, hablando en el Congreso Socialista alemán, en nombre de cuatro millones de trabajadores socialistas, decía al emperador y al canciller de Alemania; nosotros hemos defendido la independencia de la patria alemana contra la invasión, como la han defendido los socialistas franceses; pero no queremos servir al triunfo de un canciller o para colocar al emperador sobre un pedestal; empujar a los obreros alemanes contra los obreros franceses es un crimen; y hemos de negarnos a secundar esos propósitos bélicos apelando a todos los recursos, a la misma huelga general si es necesario...*

*Yo envío desde aquí mi saludo a aquellos trabajadores. Y porque Alberdi ha querido esa gran cosa de la paz, porque ha querido el progreso de*

*la producción, porque ha querido que América y Europa se comunicaran libremente, porque ha comprendido que la paz es la condición absoluta del progreso normal de la civilización en la era contemporánea, porque se expuso en nombre de ese ideal a los ultrajes y a las acusaciones, yo digo de él que ha sido un buen obrero de la obra humana, uno de los apóstoles que han deseado la desaparición de esa pesadilla terrible de la destrucción y de la muerte internacional...*

# MI VIDA PRIVADA

(*Autobiografía*)

QUE SE PASA TODA EN LA REPÚBLICA  
ARGENTINA

## I

MI vida, contada en familia, a mi familia, es un escrito privado, que poco interesa al público. En la familia en que nací, mis colaterales y sobrinos solamente son tan numerosos, que la prensa es el medio más económico de multiplicar las copias de este escrito, sin que deje de ser privado y confidencial.

Lo haré en la forma que mejor conviene a la conversación íntima que es la de la correspondencia epistolar.

Constará de cuatro cartas correspondientes a los cuatro períodos en que se divide mi vida, pasada en cuatro distintos parajes, a saber:

La República Argentina.

El Estado Oriental del Uruguay.

Chile.

Y la Europa.

Como no he vivido fuera de mi país sino para mejor estar presente en él por mis escritos, la historia de éstos, que es la historia de mi vida, formará un libro, ocupado todo él, de la República Argentina, pudiendo titularse: —*La vida de un ausente, que no ha salido de su país*. Su vida argentina en esta forma, se dividirá en las cuatro residencias, que representan los cuatro períodos, pasados respectivamente en la República Argentina, el primero, de veintiocho años; en la Banda Oriental, el segundo de cuatro años; en Chile, el tercero, de diez años; y en Europa, el cuatro de veinte años.

Mis parientes verán la justicia de esta advertencia que desde ahora les hago, a saber: que mis escritos de los tres últimos períodos no pueden ser juzgados en mi país con la misma competencia que el primero, ni desde el mismo punto de vista. Desde luego porque soy menos conocido. En segunda, porque serán juzgados al través del prisma de los colores de partido; y desde un punto de vista menos general, menos elevado, menos frío, menos impersonal, menos independiente, que el que ofrece el suelo extranjero, en que han sido concebidos y publicados.

Mis mejores jueces serán mis compatriotas y comprovincianos de ese país argentino flotante, que se llamó *emigración*. En él estarán también mis mayores adversarios personales. Pero la justi-

cia que nace de la independencia del juez no estará seguramente para mi vida y mis escritos en el suelo de mi país, dominado como todo país republicano, por esas corrientes de opinión y sentimiento, justo o injusto, que hacen pagar caro a la independencia sus menores desvíos de la huella común que gobierna y dirige en soberana. Felizmente esa situación es transitoria, y cederá poco a poco a la simple evolución natural del espíritu público en la dirección de un nivel superior, que será determinado por los argentinos, que, al favor de la distancia, han visto a su país como lo verá la posteridad.

## II

Varias biografías se han publicado en América y Europa. Esto que debiera ser razón para no hacerla yo mismo, es cabalmente el motivo que me determina a bosquejar la presente con el objeto de llenar y rectificar lo que falta en las otras.

¿Será más parecida al original la mía por el hecho de ser mía? Además que nadie es juez ni pintor de sí mismo; los mejores pintores no ven dos veces su objetivo del mismo modo. Y así como de mi individuo se pueden hacer cien fotografías que no se parecen una a otra, sin faltar a la verdad, un mismo individuo puede ser objeto de cien biografías diferentes. Cada viviente, sin embargo, será

siempre presumido conocer su vida propia mejor que el no la ha hecho; salvo el derecho de los otros a corregir las faltas del egoísmo o de la vanidad contra la realidad de los hechos.

### III

Más que de la tierra en que somos nacidos; más que de la sociedad en que nos hemos formado, somos por nuestra naturaleza física y moral los hijos, la reproducción o la nueva edificación de nuestros padres. Así, dar de ellos una idea, es explicar la mitad de lo que somos nosotros mismos.

Mi padre nació en Vizcaya, de padres vizcaínos. y pasó a Buenos Aires siendo ya hombre, no como emigrado sino como el que cambia de domicilio en su país mismo. El Plata era, entonces, una provincia española.

La disposición de su salud lo llevó a Tucumán, país más análogo por sus montañas a la España de los Pirineos. Establecido allí como comerciante, tomó por esposa a la señora doña Josefa Rosa de Araoz y Balderrama, hermana de don Diego y de don José de Araoz (1).

---

(1) Con fecha 8 de Enero de 1880 el Dr. Alberdi dirigió desde Buenos Aires la siguiente carta:

*Al Excmo. Sr. Obispo de Berissa, Dr. D. Miguel Moisés Ardoz.*

Mi venerable Sr. Obispo y primo hermano: Me felicito del

Esa dama era de alta estatura, delgada, rubia, como la compañera obligada de un hombre de pequeña estatura, como era mi padre, cabello negro, cuerpo enjuto y ágil, cual verdadero vasco.

Tenía mi madre afición y talento para la poesía, según don Miguel Díaz de la Peña, su contemporáneo y compatriota, se lo dijo en Guayaquil, a mi amigo don Juan María Gutiérrez.

Rayano de la Francia, mi padre sabía el francés tan bien, o tan mal, si se quiere, como el castellano, pues los vascos no son fuertes en la lengua de Cervantes. Tenía, sin embargo, el sentimiento de la individualidad personal, más fuerte que lo es en las Castillas.

Emparentado en la familia de los Araoz, que dieron a Belgrano una parte del ejército con que

---

honor de escribir a V. E. por la primera vez bajo un auspicio que no podrá dejar de serle simpático. Es el parentesco que parece indudable de nuestra familia de Aráoz con el ilustre fundador de la Sociedad de Jesús, San Ignacio de Loyola. Me permito remitirle algunos papeles privados referentes a esta genealogía, que me vienen de un pariente nuestro, residente en París, el doctor D. Juan José Aráoz, sujeto respetable, que conozco desde su primera juventud. Como verá V. E. en sus cartas, al presente está ocupado en llevar a cabo sus investigaciones históricas sobre la verdad y prueba de dicha genealogía. Al mismo tiempo se ocupa de estudiar la suya propia y la de nuestra familia de Aráoz en Sud América, y esa es la razón que lo ha determinado a pedirme mi cooperación. Pero tanto como yo mismo estoy desorientado de todo lo relativo a ese estudio, es V. E. fuerte y competente juez de toda cuestión relativa a nuestros orígenes europeos y americanos de fa

venció en Tucumán, mi padre abrazó la causa de la revolución, por ese motivo, que coincidía con su instinto vascongado de autonomía local. La revolución fué para él una desmembración natural de la familia española. El general Belgrano cultivó su amistad y frecuentó su casa. Con ese motivo yo fuí a menudo objeto de los cariños del grande hombre.

El Congreso que declaró la independencia del Estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata, otorgó a mi padre su carta de ciudadano del nuevo Estado. Además de servir a la causa de América con su dinero, la sirvió con sus luces, explicando a los jóvenes de ese tiempo, en sesiones privadas, los principios y máxima del gobierno republicano, según el *Contrato social* de Rousseau, to-

---

milia, según he oído a parientes nuestros de Tucumán. En esta virtud, para responder al compromiso en que me pone nuestro pariente de París, el doctor don Juan José Aráoz, me tomo la libertad de apelar a mi vez a la cooperación generosa e inteligente de V. E. para las investigaciones que él desea de mí, según su carta que adjunto.

Como yo considero estimulado el justo orgullo de su origen en mi sobrino Aráoz, por la conexión ilustre con la familia de Loyola, de Guipúzcoa, yo he pensado que ese sentimiento no sería indiferente a V. E. como no lo ha sido para mí mismo en mi calidad de miembro de la familia de Aráoz.

Aprovecho muy gustoso esta feliz ocasión de ofrecer a V. E. el testimonio de mi cariño y simpatía, etc. — *Juan B. Alberdi.*



mado por texto. Ejerció muchas veces la magistratura de alcalde, o juez, de primera instancia, como miembro del cuerpo municipal.

Cuando la disolución del gobierno central en 1820, Tucumán fué uno de los primeros pueblos de provincia que se dieron una legislatura local. Miembro de ese cuerpo, por elección popular, mi padre asistió a la sesión en que don Bernabé Araoz, mi tío, debía ser investido de facultades extraordinarias. Al tomar la pluma para firmar el acta de ese nombramiento, se sintió enfermo, dejó la pluma sin firmar, se retiró a su casa, y murió en la misma noche de ese día. No era enemigo del dictador, sino de la dictadura. Yo poseo una carta original del general San Martín (que pertenece al señor Posadas) dirigida al Presidente Pueyrredon, recomendando para gobernador de Tucumán, a don Bernabé Araoz *"como el mejor hombre de bien que existe en toda la República."*

Mi madre había cesado de existir, con ocasión y por causa de mi nacimiento. Puedo así decir como Rousseau, que mi nacimiento fué mi primera desgracia. Quedamos cinco hermanos, de los cuales, yo el menor, soy el único que existe. Mi hermana doña Tránsito, tuvo cuatro hijos y los descendientes de éstos pasan hoy de 30. Yo pienso que ellos, cuando menos, tendrán especial gusto en leer esta noticia reservada y de familia por decirlo así.

## IV

Nuestra educación es la obra del medio en que se desarrolla nuestro ser, más bien que de la familia y de las escuelas que nos dan las primeras nociones de las cosas.

✓ Mi espíritu ha conservado el sello y carácter que recibió de la sociedad de Tucumán en la aurora de nuestra revolución de la independencia, en que yo vine al mundo. Ese medio, que decidió de mi espíritu, decidió del de mi padre que, aunque español como Arenales, adhirió a la patria de su mujer, de los hijos, y lo que es más obvio, a los principios de libertad que debió a su origen vasco. Casado en la familia de los Araoz, siguió la causa de su familia y de su país adoptivo. Cosa singular, a su triple carácter de español, liberal y pariente de los Araoz, que le formaron su ejército, el general Belgrano hizo de mi padre su mejor amigo. Yo fui el objeto de las caricias del general Belgrano en mi niñez, y más de una vez jugué con los cañoncitos que servían a los estudios académicos de sus oficiales en el tapiz de su salón de su casa de campo en la Ciudadela. Mi padre explicaba, en conferencias *privadas*, a los jóvenes de ese tiempo, los principios del *Contrato social*, de Rousseau, según me lo confirmó más tarde en Buenos Aires el Deán Zavaleta, nativo de Tucumán. A eso debió, sin duda, el honor de recibir su carta de ciudadano ar-

gentino que le dió el Congreso que declaró la Independencia y que yo conservo, como un papel precioso por el objeto, por los nombres, por el sello de ese gran cuerpo histórico.

Después de aprender a leer y escribir en la escuela pública, que fundó Belgrano con sus sueldos personales, pasé a Buenos Aires, como uno de los seis escolares que cada provincia envió al Colegio de *Ciencias Morales*, estando de gobernador en Tucumán don Juan López y de Buenos Aires el general Las Heras.

No existía ya mi padre, pero mi hermano mayor, tutor mío, cumpliendo una mira de mi padre, me confió a los cuidados de un amigo, que me trajo consigo en una tropa de carretas, en que puse dos meses para hacer mi viaje de Tucumán a Buenos Aires, cuya distancia es de 360 leguas.

Los dos meses me parecieron dos días, porque el viaje, en la forma en que lo hice, fué un paseo de campo continuado. Dormía en mi carreta dormitorio; montaba a caballo en la mañana y lo pasaba todo el día en correrías agradables por el país siempre variado de nuestro tránsito. Recogido en mi carreta, a la entrada de la noche, me parecía volver a mi casa-habitación, que no había cambiado de lugar: tal era la lentitud con que marchaba la tropa o convoy de carretas, tiradas por bueyes, que hacía seis leguas por día.

## V

Después de ese viaje y de la vida que había llevado en Tucumán, de que ese viaje era una expansión, me fué imposible soportar la disciplina del Colegio de Ciencias Morales. Alarmado de mis sufrimientos, mi hermano consintió en sacarme del colegio y colocarme, según mi deseo, en la casa de comercio de un amigo nuestro, don J. B. Maldes, que había sido dependiente de mi padre en Tucumán y tenía para mí los miramientos de un hermano.

Toco estos puntos porque son ocasión de pagar un tributo de mi reconocimiento a tantas personas como han contribuído a sostenerme en la carrera que he seguido.

La tienda de Maldes, una de las más hermosas de Buenos Aires, en ese tiempo, estaba situada enfrente del *Colegio*, y yo veía salir en cuerpo diariamente a mis ex colegas, por tener sus cursos en la Universidad.

Sin esta tentación peligrosa, yo hubiese quedado tal vez definitivamente en la carrera del comercio y sido más feliz que he podido serlo en otra.

Poco a poco el gusto de curiosidad de los primeros días, las ocupaciones de comercio fueron cediendo en mí, al gusto y al hábito de leer. *Las ruinas de Palmira*, de Volney, fué mi primer lectura de esa edad.

Por cierto que no se ha borrado de mi memoria este precepto con que termina *la ley natural*, en que se resume la moral de ese libro: *Consérvate, instrúyete, modérate*. La melancolía sería de esa lectura, tenía un encanto indefinible para mí. Durante la guerra del Brasil, en más de una ocasión en que se oían los cañonazos de los combates tenidos en las aguas del Plata, leía yo con doble ardor las *Ruinas*, que son resultados de las guerras.

En mis paseos de los domingos, elegía lugares solitarios para darme por horas a la lectura de ese libro. Venía con frecuencia a visitarme en la tienda un primo hermano mío, de Tucumán, don José María Araoz, que se hallaba accidentalmente en Buenos Aires, y viéndome siempre dado a la lectura, me preguntó un día:

—¿Por qué saliste del colegio, si tanta afición tienes a leer?

—Bien arrepentido de ello estoy, le respondí.

—Y si te pusiesen de nuevo en el colegio, ¿entrarías con gusto?

—Sin duda alguna, me oyó decir con el tono más decidido.

Mi amigo y pariente habló sobre esto con don Alejandro Heredia, que era diputado por Tucumán en el Congreso nacional en 1826; y don Florencio Varela, empleado importante del Ministerio de Rivadavia en ese tiempo, recibió del señor Heredia el encargo, que abrazó con placer, de procurarme el restablecimiento de mi beca en el Co-

legio de Ciencias Morales. Conservo el billete en que el señor Varela me llamó para hablar de ello a su casa de la *calle del Parque*. Gracias a esos apoyos, yo entré de nuevo en el Colegio de Ciencias Morales.

Mientras corrían los trámites para la remisión de mi beca, y corrían las vacaciones en que el colegio se hallaba a la sazón, el señor Heredia, para que yo no perdiese tiempo, quiso darme él mismo las primeras lecciones de gramática latina; y una tarde en su casa, sentados en un sofá, al lado uno de otro, empezó por invitarme a persignarme; después de lo cual, abriendo él mismo el *Arte de Nebrija*, dimos principio a la carrera en que ha girado mi vida.

No paró en esto la benevolencia del señor Heredia para mí, sino que también me hizo enseñar la música.

El fervor con que tomé los estudios vuelto al colegio, y el método de vida de ese establecimiento, poco compatible con mi complexión endeble, extenuaron mi salud poco a poco, hasta decaer en términos que tuve que salir a curarme en casa de una tía mía, la señora de Sosa, donde no hice sino empeorar, a pesar de los más delicados cuidados, hasta que el doctor Almeida y, sobre todo el doctor Owgand, consiguieron restablecerme a la salud. La medicina con que me curó este último consistió en la prohibición más absoluta de todo medicamento.

—No abra usted un libro, pasee usted mucho al aire libre y vaya a los bailes. — No sé bailar, no gusto del baile.—Vaya Ud. a ver bailar, respire usted el aire de una sala de baile.

Este método, seguido fielmente, sentó tan bien a mi salud, que de régimen medicinal se convirtió casi en un vicio mi afición a la vida de salones y fiestas. Ese fué el origen de mi vida frívola en Buenos Aires, que me hizo pasar por estudiante des- aplicado.

## VI

Los alumnos del *Colegio de Ciencias Morales*, nos confundíamos con los alumnos libres, en las clases de la *Universidad*.

La escuela de latín ejerció un influjo decisivo en los destinos de mi vida. Allí adquirí dos amistades, que no fueron las de Horacio y Virgilio: he dado en mi vida cinco exámenes de latín en que he sido sucesivamente aprobado, y apenas entiendo ese idioma muerto. Los amigos que allí contraí fueron Miguel Cané y el estilo de Juan Jacobo Rousseau: por el uno fuí presentado al otro.

Nos tocó a Cané y a mí sentarnos juntos en el primer banco, tan cercanos de la mesa del profesor, que quedábamos ajenos a su vista. La repetición de ese contacto, nos puso en trato natural a los dos estudiantes. Entre los bostezos que nos

causaba la lectura monótona que el profesor don Mariano Guerra nos hacía de Virgilio, un día sacó Cané un libro de su bolsillo, para leerlo por vía de pasatiempo.

—¿Qué libro es ese? — le pregunté, tomándolo de sus manos.

—Una novela de amor, que se titula *Julia o la Nueva Eloísa*.

Leí dos o tres renglones de la primera carta y cerré, hechizado, el libro, rogando a Cané que no dejase de traerlo todos los días. Rousseau fué desde ese día, por muchos años, mi lectura predilecta. Después de la *Nueva Eloísa*, el *Emilio*; después, el *Contrato Social*. En la Universidad y en el mundo, Cané y yo quedamos inseparables hasta el fin de nuestros estudios. Yo debí en gran parte a su amistad la terminación feliz de mi carrera. Cuando el Colegio de Ciencias Morales dejó de existir, Cané dividió conmigo la hospitalidad paternal que él recibía en casa de sus nobles abuelos el doctor don Mariano Andrade y doña Bernabela Farías de Andrade: las dos almas más honestas, más nobles, más benéficas que he conocido en toda mi vida. Esa casa y esa familia fué mi verdadero colegio, no de ciencias o teorías morales, sino, lo que es mejor, de costumbres y de ejemplos morales. En esa familia casó don Florencio Varela con la hermana de Cané, que se criaba con nosotros como hermana común.

Esa hospitalidad preciosa no excluía los auxi-



lios complementarios que yo recibía de mi familia de Tucumán para llevar a cabo mi carrera.

## VII

Con el doble objeto de anticipar su terminación y de visitar a mi familia, hice en 1834 un viaje a Córdoba y a Tucumán. Había consumido ya muchos años de mi vida en las escuelas, y yo presentaría que se podía obtener el mismo resultado en menos tiempo. — ¡Cuántas veces he tenido después ocasión de admirar los ejemplos de doctores y de autores de libros que no pisaron jamás el umbral de una escuela de Derecho ni abrieron tal vez un libro de Ciencias morales! Yo estuve en Córdoba desde Abril hasta Junio de 1834, con el objeto de tomar un grado universitario, que me fué concedido previo examen del tercer año de Derecho, que me faltó hacer en Buenos Aires. La víspera de mi examen me paseaba en los alrededores de la ciudad con un profesor a quien había sido recomendado personalmente.

—Hablando entre nosotros y en la más estricta reserva, dígame usted — me preguntó — cuáles son los puntos sobre que deseara ser interrogado en su examen de mañana.

—Pídame usted — le respondí — que repita el libro entero de la materia de mi examen.

—¡Cómo! ¿Usted tiene tanta memoria?

—No es cosa de memoria — le observé —; exámineme usted ahora mismo, empezando por donde usted quiera.

No podía explicarse el hecho, cuando lo vió puesto en práctica. Entrando en casa a la terminación de nuestro paseo, le mostré el cuadro sinóptico que, por vía de estudio, había hecho yo del tercer libro de Derecho, para servirme de él como de una carta de navegación en el curso de examen: todo un libro de Derecho. Entonces comprendió la ventaja de los métodos modernos que se enseñaban en la Universidad de Buenos Aires| El día del examen lo comprendieron todos. Sin embargo, no se van así no más las preocupaciones de escuela. Conversaba yo un día con un pariente cercano del Deán Funes, cuando pasó mi amigo don Marco Avellaneda, que también estaba en Córdoba de paso para Tucumán.

—*Adiós, doctorcito* — le dije en tono familiar: y el señor Funes, viéndole de atrás, me preguntó con asombro irónico:

—*¿Eso es doctor?*

Un hombre, como un libro, debía de ser de gran volumen para tener autoridad donde reinaban todavía restos de la vieja escuela. El doctor Gigena llama a Bentham *Bentancito*, porque sus obras de legislación estaban impresas en volúmenes de 18º menor. Avellaneda había colaborado ya en *El Pays*, periódico liberal publicado en Buenos Aires por el doctor Navarro, de Catamarca. Avellaneda fué

el único que presenció, como espectador amigo, la colación de mi grado, que me confirió el doctor Baigorri, Rector de la Universidad de Córdoba.

—Feliz usted — me dijo al salir, en broma espiritual — que ha prestado su juramento en mal latín, lo cual deja su conciencia en toda su libertad.

Avellaneda y yo fuimos honrados por el señor gobernador Reinafé con el encargo de organizar un baile público que debía darse en festejo del 25 de Mayo, aniversario de la revolución de 1810 contra España. Como directores del baile, asistimos los primeros la noche en que tenía lugar; pero antes que nosotros había asistido el gobernador, a quien encontramos sentado bajo un dosel, en la más absoluta soledad. — La idea de *Don Magnífico*, en la ópera *Cenerentola*, se nos vino a los dos y nos detuvimos de risa sin poder pasar de la puerta. Apercebidos por el gobernador, se dirigió a nosotros, y, no pudiéndose explicar por qué nos reíamos con tantas ganas, se puso a reír en trío con nosotros, contagiado de nuestra enfermedad de reír por reír. Rompimos el baile con un minué en cuarto, el señor gobernador, su ministro, el doctor Avellaneda y yo. — En ese tiempo conocí al doctor Derqui, que era Vicerrector de la Universidad de Córdoba; al doctor Olmos, profesor; al doctor Campillo, al doctor Rodríguez, un amigo de ese tiempo.

## VIII

En el mes de Junio de ese mismo año de 1834, pasé a Tucumán, teniendo por compañeros de viaje, entre otros sujetos agradables, a mi amigo don Juan Avellaneda y a don Mariano Fragueiro, que se encaminaba para Bolivia. Hacíamos el viaje en una diligencia o carruaje de cuatro ruedas, tirado por caballos, de propiedad privada de mi paisano y amigo don Baltasar Aguirre. Para entretener el tiempo, nos leía don Mariano Fragueiro el *Viaje del Capitán Andrews*, hecho al través de nuestras provincias del Norte, por cuenta de una compañía inglesa de minas, en 1825. El señor Fragueiro lo traducía del inglés al tiempo que lo leía. Nos había leído todo lo relativo a Santiago, a Tucumán, a Salta y hasta Potosí, menos a Córdoba, el país nativo del lector. ¿Por qué omitía lo que más nos interesaba, pues era el pueblo que acabábamos de habitar? — De temor de leernos, confesó el señor Fragueiro, la crítica amarga que de muchas cosas de la sociedad de su provincia había hecho el viajero protestante, que la visitó en 1825. El libro de Andrews, aunque ligero, está lleno de interés, por la época de su viaje. Llegó a Potosí, poco después de la victoria de Ayacucho. Conoció a Bolívar y Sucre y describe la situación de esos momentos dramáticos, en que se formaba la república de Bolivia. Describe la ejecución de mi tío don Bernabé

Araoz, en el pueblo de las *Trancas*, por la revolución que lo derrocó, de su gobierno dictatorial, en Tucumán. Presenció una discusión política tocante a religión, donde un jesuíta tucumano, de los expulsados en el siglo pasado, resistió, del modo más dramático, toda innovación favorable a la libertad religiosa. Encontró algunos oradores, comparables, por la gracia y calor de su elocuencia, a los mejores oradores del Parlamento británico. El capitán Andrewe llamó a Tucumán, por la majestad de su naturaleza física, el *jardín del Universo*, el *Edén del mundo*.

Llegamos a Tucumán en un día domingo, entristecido por las escenas de una revolución sofocada en ese día, contra el gobierno del señor Heredia. Estaban en prisión todos los autores, pertenecientes a la mejor sociedad de Tucumán. Nuestra llegada fué un feliz evento, por el influjo que tuvo en el restablecimiento de la paz.

Yo fuí más feliz que mis amigos y compañeros en esa noble misión, por varias circunstancias. Deudor, en parte, de mi educación a Heredia, me consideraba como su criatura. Yo era de Tucumán, Avellaneda era de Catamarca y Fragueiro de Córdoba. Mi hermano Felipe era íntimo amigo del gobernador Heredia. No era su consejero oficial, como se ha dicho. Le hacía, por mero comedimiento, algunos papeles de estado, que Heredia le pedía. Yo mostré uno de esos Mensajes al cuerpo legislativo, redactado por mi hermano a don

Florencio Varela, en Buenos Aires, el cual no quiso creer que fuese la obra de un hombre iletrado. Mi hermano no recibió más educación que la que tuvo de mi padre en su propia casa. Su talento fué tan marcado desde niño, que el general Belgrano quiso traerlo a Buenos Aires para hacerlo educar a su costa. Mi padre, naturalmente, declinó el favor.

Se acercaba el 9 de Julio, aniversario de la declaración de la Independencia Argentina por el Congreso Constituyente, reunido en Tucumán en 1816. La Sala en que ese acto tuvo lugar, fué siempre visitada, por vía de solemnidad y festejo de ese día, por todas las autoridades presididas por el gobernador, y acompañados del pueblo más selecto. Fué en esa reunión donde, invitado a decir algunas palabras en honor del día, pedí la libertad de los prisioneros y el olvido de su falta. Renovada esa gestión en un banquete patriótico tenido en ese día, el gobernador Heredia proclamó la absoluta amnistía de los prevenidos. A don Mariano Fragueiro le cupo gran parte en ese resultado.

## IX

Hacia diez años que yo había dejado a Tucumán. Encontré vivos a mis hermanos, habitando la casa en que yo nací, que es la tercera a la derecha del

Camildo, en la plaza principal de la Ciudad de Tucumán.

Aunque todo el mundo era mi amigo en Tucumán, después de mis hermanos y mis primos hermanos los Araoz, Avellaneda era mi amigo favorito, por la comunidad de nuestras ideas y hábitos de Buenos Aires. Nos veíamos dos y tres veces todos los días y a menudo en la casa de Silva, donde se casó con la hermana de mi viejo y querido amigo don Brígido Silva, estudiante en Buenos Aires.

Un decreto del gobierno me autorizó para ejercer la profesión de abogado en Tucumán. Pero yo no era abogado a pesar de ese decreto, que no podía hacer las veces de la Academia de Jurisprudencia, que me faltaba frecuentar en Buenos Aires. Por este motivo y por otros que voy a decir sólo quedé un mes en Tucumán. El gobernador quería que yo fuese elegido diputado al cuerpo legislativo provincial. Pensó también en mí para enviarme como su negociador a Salta, de una cuestión que a esa provincia tenía dividida y propensa a entrar en guerra con su vecina. No encontré mejor medio de eludir esos compromisos precoces que interrumpían mi carrera, que el pedir mi pasaporte y volver a Buenos Aires a proseguir y concluir los estudios de mi carrera de abogado.

Después de arreglada la sucesión de mi padre, volví a Buenos Aires en Noviembre de 1834, dejando inconsolable a Avellaneda, que me vió par-

tir lleno de envidia. Sus padres, emigrados de Catamarca en Tucumán y escasos de fortuna, hallaron mejor retenerlo en su compañía. Habitado a la vida general y educado en el ambiente más elevado, en Buenos Aires, se sentía como asfixiado al verse reducido, a la soledad de la provincia. Durante nuestra ausencia mutua de muchos años estuvimos en correspondencia regular con Avellaneda hasta el fin de sus días. Al dejar a Buenos Aires para pasar a Montevideo, en 1838, yo le inicié en los trabajos de nuestra agitación política de esa época, concluyendo una de mis cartas de propaganda con los versos de nuestra canción nacional:

*Se conmueven del Inca las tumbas . . .  
Lo que ven renovando a sus hijos,  
De la patria el antiguo esplendor.*

En esta correspondencia que dejé en manos de Echeverría, al ausentarme para Europa, se inspiró este amigo para escribir su poema *El Avellaneda*, que me dedicó, por esa razón, como me lo dijo en carta suya, que conservo.

## X

Vuelto a Buenos Aires a continuar mis estudios, el señor Heredia no quiso quedar extraño a la terminación de una carrera, en que él me había colocado. Tuvo la idea y determinó enviarme a los Es-



tados Unidos para perfeccionarme en esa grande escuela del Gobierno federal, de que era partidario en el Congreso de 1826. A ese fin me recomendó al general Quiroga, que residía entonces en Buenos Aires, encargándole de proveerme de los fondos necesarios. El general Quiroga me acogió con mucha gracia. Lo visité con repetición, y muchas veces se entretuvo en largas conversaciones conmigo, ajenas del todo a la política. Yo no me cansaba en estudiar, de paso, a ese hombre extraordinario. A punto de emprender mi viaje para los Estados Unidos, el general Quiroga me dió una orden para el Banco de Buenos Aires, por toda la suma que debía servirme para trasladarme y residir un año en aquel país. Don Ladislao Martínez, su amigo, estuvo presente en ese acto, que le llamó la atención por las palabras firmes que tuve al general Quiroga en no sé qué objeción que me suscitó sobre un punto de forma. — Al día siguiente le hice una visita respetuosa, en que tuve el gusto de restituirle su orden contra el Banco, renunciando al proyecto de viaje para los Estados Unidos.

Poco después el general Quiroga recibió del Gobierno de Buenos Aires la misma misión que el señor Heredia quiso darme en Tucumán acerca del Gobierno de Salta. — En ese viaje a las provincias del Norte habló en Tucumán con el señor Heredia a mi respecto en términos que probaron la buena impresión que yo le había hecho. De regreso de su misión, como es sabido, fué asesinado en Ba-

rranca Yaco, lugar de la provincia de Córdoba. Con ocasión de ese fin trágico me escribió el general Heredia, lamentándolo por haber perecido con él los más hermosos y grandes proyectos. Yo supuse que los habían acordado juntos antes de regresar a Buenos Aires. Nunca los conocí de un modo positivo, pues poco después fué asesinado Heredia. Yo he maliciado que se referían a planes y proyectos de constitución de la República. Que Quiroga tenía ciertas miras fijas a este respecto lo probó la carta en que el general Rosas trató de convencerle en 1833, que la república no estaba preparada ni en edad de constituirse.

Mientras proseguía mis estudios de jurisprudencia en la Academia de Buenos Aires, me asocié como comanditario primero a mi amigo y paisano don Avelino Alurralde, y más tarde a don José Pringles, para negocios mercantiles de tienda, con cuyos provechos me sostuve hasta que pasé a Montevideo, sin recibirme de abogado en Buenos Aires por no prestar el juramento que una ley exigía como requisito esencial de fidelidad al Gobierno dictatorial del general Rosas.

## XI

Durante mis estudios de jurisprudencia, que no absorbían todo mi tiempo, me daba también a estudios libres de derecho filosófico, de literatura y

de materias política. En ese tiempo contraje relación estrecha con dos ilustrísimos jóvenes, que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Nuestro trato, nuestros paseos y conversaciones fueron un constante estudio libre, sin plan ni sistema, mezclado a menudo a diversiones y pasatiempos del mundo. Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la Universidad por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania en favor de lo que se llamó el espiritualismo.

Echeverría y Gutiérrez propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercí en este orden sobre mis cultos amigos. Yo les hice admitir, en parte, las doctrinas

de la *Revista Enciclopédica*, en lo que más tarde llamaron el *Dogma socialista*. Yo tenía invencible afición por los estudios metafísicos y psicológicos. Gutiérrez me afeaba esta afición y trataba de persuadirme de mi aptitud para estudios literarios. Mi preocupación de ese tiempo contra todo lo que era español, me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por lo difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de su belleza. No hace sino muy poco, que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes. Cuando en Madrid, me encontré en el seno de algunas familias, más de una vez el habla de los niños y de las damas me distrajo de la música misma, por la armonía de su acentuación. Alguna satisfacción creí encontrar de mis preocupaciones contra el viejo estilo castellano, en la confesión de Larra, de que si Cervantes viniese al mundo, en este siglo, se guardaría de usar de su lenguaje del siglo XVII. Donoso Cortés y Balmes no han escrito como Cervantes. Tampoco son de su escuela Emilio Castelar, ni Cánovas del Castillo.

## XII

Esto no me impidió ser uno de los asistentes y cooperadores del *Salón Literario*, que fundó don Marcos Sastre, en su propia casa de librería. El ob-

jeto de esa institución particular no podía ser más ostensible: se declaraba por estas palabras del Apóstol, escritar en lo alto del Salón: *Ebnegamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis!* Las armas de la luz no estaban de moda bajo el gobierno de ese tiempo; y el brillante club literario tuvo que rendirlas ante la brutal majestad de otro club de rebenque, formado para impedir todo club de libertad. La única forma en que la libertad de asociación podía existir, fué la que asumió la *Mazorca*. Para azotar a los liberales era lícito asociarse, y para estudiar la libertad, la asociación era un crimen de traición a la patria. El *Salón Literario* estaba condenado a desaparecer, porque era público.

Entonces pensamos en la *Asociación de Mayo* o *lógia secreta* de lo que llamamos la *Joven generación argentina*. El *Dogma socialista* de Mayo, fué el resultado de los trabajos de esa asociación.

Si no se podía estudiar la libertad en asociaciones, ¿era lícito hacerlo por libros o estudios aislados? El *Preliminar del derecho* fué de esto un ensayo que yo hice. Estudiar el derecho bajo el *poder ilimitado*, era un poco arduo. En ese libro yo calificué el *poder ilimitado*, como el *poder de Satánás*, bajo el gobierno omnímodo de Rosas. pero no sin tomar precauciones naturales de inmunidad en favor de mi persona y del libro. Lo dediqué al general Heredia, cosa que, de paso, era un deber moral de mi parte. Heredia, como federal, era mi-

rado con amistad por Rosas. En el Prefacio, pararrayo del libro, hice concesiones al sistema federal, y al jefe temido de nuestra democracia federalista. La edad de oro de nuestra patria no ha pasado, dije allí: está adelante. Brilla en el fondo de la Confederación Argentina, es decir, en la idea de una soberanía nacional conciliada con las soberanías de provincia, sin absorberlas.

A Rosas le repetí el calificativo de *grande hombre*, que le daba todo el país. Todo esto no impidió que Rosas recibiese informes de mi libro, amenazantes para mi seguridad. Supe que don Pedro de Angelis me daba como perdido, por causa de esa publicación. Don Felipe Arana, ministro de Rosas y muy ligado con de Angelis, informó al dictador en mal sentido, sobre la índole política de mi libro. Lo supe por conducto de don Nicolás Mariño, mi camarada del Colegio de Ciencias Morales, que redactaba la *Gaceta Mercantil*, órgano oficial de la Dictadura. Yo escribí a Rosas pidiéndole una audiencia. Más tolerante que sus consejeros, me dispensó de ella, mandándome palabras calmantes por medio de Mariño.

Con todo lo acaecido era bastante para reconocer el peligro de darse a estudios liberales en circunstancias semejantes.

No hacía mucho, que un paisano mío, compañero de colegio, don Angel López, fué mandado a un pontón-presidio por haber sostenido en su tesis, al recibir el grado de doctor, que *era conve-*

niente para la República la residencia de ministros extranjeros cerca de su Gobierno.

Wright, siendo diputado en la Legislatura de Buenos Aires, corrió casi la misma suerte, por haber sostenido en la discusión de un tratado internacional, que debían extenderse a los súbditos franceses todas las garantías que daba a los ingleses el tratado británico-argentino de 1825. Una explosión de escándalo produjeron esas palabras, y el orador, perdido en la opinión dominante, tuvo que asilarse poco después en Montevideo. —En el proyecto de la constitución que rige, yo extendí los derechos y garantías, dadas por el tratado con Inglaterra a los súbditos británicos, a todos los extranjeros residentes en el país, sin excepción. Así fué sancionada por el Congreso constituyente de 1853, después de caído Rosas.

Claro es que bajo su Gobierno yo no hubiera podido publicar en Buenos Aires el libro de las *Bases*, en que propuse dar a los extranjeros todos los derechos civiles y sociales del ciudadano argentino. Sarmiento me ha dicho que ni aun después de caído Rosas hubiese podido publicar en Buenos Aires mi libro de las *Bases*; pero yo le dejo la responsabilidad de ese juicio, desmentido por el hecho de estar allí rigiendo la constitución que yo propuse.

La verdad es que si no hubiese yo salido de Buenos Aires, no hubiera concebido ni publicado mis *Bases*, ni la constitución que los resume sería

tal vez lo que es hoy con respecto a los extranjeros, atraídos al país por su larguezas, en las masas de inmigrados que han anulado el progreso de los Estados Unidos en punto a población. Yo no soy más que otro argentino en cuanto a capacidad o instrucción. Si mis escritos han tenido algún éxito, lo deben a la libertad con que los he pensado, redactado y publicado, al favor de la seguridad que me dió mi residencia en países extranjeros. Esta es la gran lección que surge de mi vida, a saber: que no puede haber ciencia, ni literatura, sin completa libertad, es decir sin la seguridad de no ser perseguido como culpable, por tener opiniones contrarias al Gobierno y a las preocupaciones mismas que reinan en el país.

### XIII

Es preciso buscar en esa situación de cosas y en la condición que ella formaba a la juventud estudiantosa de Buenos Aires, la causa que la determinó a emigrar como en masa para buscar en los países extranjeros de su inmediación la libertad y seguridad que en el propio país faltaba para estudiar las causas, las cuestiones y los negocios que interesaban a la prosperidad de la nación argentina.

Otras circunstancias, es verdad, vinieron en remedio de esa, dando la señal de ocasión y el impulso



a la serie de acontecimientos que conmovió la vida de esos países por muchos años.

El Gobierno del general Rosas, queriendo tratar a los franceses como trataba a los argentinos, encontró la resistencia que no podían oponerle sus compatriotas; y sus pretensiones produjeron la cuestión internacional, que puso en problema la vida de su gobierno dictatorial.

Coincidió con esa cuestión, o más bien, resultó de ella misma, el cambio político de la República Oriental, por el cual Rivera, vencedor de sus adversarios en la batalla del *Palmar*, con la cooperación de los argentinos opositores a Rosas, tomó posesión del Gobierno de Montevideo, cuya ciudad vino a ser, por ese cambio, el cuartel general de todas las resistencias contra el tirano de Buenos Aires.

Era una noche de la primavera de 1838. Nos encontrábamos muchos jóvenes de ese tiempo en la brillante y alegre sociedad de las señoritas de Matheu, miembro que fué del gobierno de Mayo de 1810. La música, el baile, las conversaciones animadas, nos tenían embelesados, cuando entró Carlos Paz (1) con la noticia del triunfo de Rivera en el *Palmar*, ayudado por Lavalle, Olavarría, Vega, etc., oficiales célebres del ejército argentino, que Rosas había desterrado en la Banda Oriental. Im-

---

(1) De la misma familia de Matheu, padre del que acaba de morir en la batalla de Santa Rosa. — *El Autor*.

posible describir la emoción que esa nueva produjo en los corazones de ese puñado de jóvenes. Todo un mundo de esperanzas liberales se dibujó en su imaginación. El país entero se sintió animado de esas esperanzas en poco tiempo después.

Don Andrés Lamas, que me había hecho el servicio de impugnar mi *Preliminar al Estudio del Derecho*, era Secretario del general Rivera, y tenía estrecha relación con mi amigo don Miguel Cané, que me llamó a Montevideo para colaborar en *El Nacional*, fundado en esos días por ellos dos.

Pedí mi pasaporte, y dejé a Buenos Aires en Noviembre de 1838. Me acompañaron hasta el muelle dos amigos, los señores Posadas y Echeverría. Sabían ellos que yo era portador de numerosa correspondencia y papeles de tal naturaleza que, descubiertos por la policía, no me hubiese quedado un par de horas de vida. Yo desarmé la suspicacia de esa señora, abriendo yo mismo mi baul para que lo visitase. Ya mis dos amigos me habían abrazado, se habían separado de mí y esperaban temblando, colocados a cierta distancia, verme embarcado en el bote que debía llevarme al paquete, como sucedió sin novedad.

Antes de estar a una milla de la orilla (los paquetes fondean a dos millas) saqué del ojal de mi levita la divisa roja que a todos nos ponía el gobierno de ese tiempo y la eché al agua con algunas palabras bromistas, que dieron risa a los testigos.

—Mire usted, que pueden verlo desde tierra y detener el bote, — me dijo el señor Balcarce, que era uno de los compañeros de embarcación. El señor Balcarce emigraba para servir en el extranjero al tirano de su país; yo para combatirlo. Esto debía valer un día a mi compañero la simpatía, y a mí la aversión y persecución de los *liberales* de mi país.

Entre los papeles que contenía mi baúl se encontraba el manuscrito inédito de esas *Profecías* que sacaron a Frías, según él dice, del retiro inactivo que llevaba en el campo, y pusieron a Marco Avellaneda y a tantos otros jóvenes amigos, en la campaña que decidió de sus destinos, o mejor dicho de los nuestros.

#### XIV

Así terminó mi vida privada y de mero estudiante que hice en mi país, y no hice otra desde que nací hasta que dejé su suelo, a la edad de veintiocho años, para no volver hasta hoy. La emigración ha absorbido mi vida. Pero ¿qué ha sido para mí la emigración? A los trabajos y ocupaciones de mi vida, pasada en el extranjero, toca dar la respuesta. Ellos dicen que nunca he estado más presente en mi país que cuando he vivido fuera de él.

En efecto; pasando de Buenos Aires a la Ban-

da Oriental empezó la vida que puedo llamar pública, en este sentido: que no se puede llamar privada la vida del escritor que, desde no importa qué residencia extranjera, vive mezclado por sus escritos a la vida política y militante de su país. En ese primer período de mi vida no fui más patriota por el hecho de pasarlo en el suelo de mi país.

Los cambios de medio porque pasa la vida de un escritor ausente de su país, determinan otras tantas fases de su patriotismo, sin disminuirlo. En el extranjero el patriotismo se desnuda de todo elemento *chauvin* y de todo color y olor local. Pero la ausencia lo eleva y purifica. La patria es vista con menos preocupación y desde un punto de observación más elevado y general. Desde entonces, y por esa causa, empiezan una divergencia de opinión con sus compatriotas, que nace, no del olvido de la patria, ni de enfriamiento del patriotismo, sino de la diversidad del medio y del punto de vista desde los cuales ha considerado y juzgado sus negocios y cuestiones el peregrino de su país. Toda mi vida se ha pasado en esa provincia flotante de la República Argentina, que se ha llamado su *emigración política*, y que se ha compuesto de los argentinos que dejaron el suelo de su país tiranizado, para estudiar y servir la causa de su libertad desde el extranjero. Casi toda nuestra literatura liberal se ha producido en el suelo móvil pero fecundo de esa provincia nómada *El Peregrino*, *El Facundo*, *El Angel Caído*, *El Avellaneda*, los

*Himnos a Mayo, la América Poética, los periódicos históricos y memorables de la última época, y hasta las leyes fundamentales, que hoy rigen la República Argentina, se han producido en esa provincia semoviente y nómada del pueblo argentino, que se ha llamado su emigración liberal.*

## XV

Por variadas que hayan sido las fases por que ha pasado mi vida, la forma que ha conservado mi inteligencia durante ella, venía de su primer periodo, pasado en mi país. Fué naturalmente, el de mi educación. Pero mi educación no se hizo únicamente en la Universidad, por las doctrinas de Locke y Condillac, enseñadas en las cátedras de filosofía, ni por las conversaciones y trato de amigos más ilustrados. Más que todo ello contribuyeron a formar mi espíritu las lecturas libres de los autores, que debo nombrar para complemento de la historia de mi educación preparatoria. — Mis lecturas favoritas por muchos años de mi primera edad fueron hechas en las obras más conocidas de los siguientes autores: Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavatter, Buffon, Bacon, Pascal, La Bruyere, Bentham, Montesquieu, Benjamín Constant, Lerminier, Tocqueville, Chevalier, Bastiat, Adam, Adam Smith, J. B. Say, Vico, Villemain, Cousin, Guizot, Rossi, Pie-

re Leroux, Saint Simon, Lamartine, Destut de Tracy, Víctor Hugo, Dumas, P. L. Couaier, Chateaubriand, Mme. Stael, Laménais, Jouffroy, Kant, Merlin, Pothier, Pardessus, Troplong, Helvecio, El Federalista, Story, Balbi, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Capmany.

Se ve por este catálogo que no frecuenté mucho los autores españoles; no tanto por las preocupaciones antiespañolas, producidas y mantenidas por la guerra de nuestra independencia, como por la dirección filosófica de mis estudios. En España no encontré filósofo como Bacon y Locke, ni publicistas como Montesquieu, ni jurisconsultos como Pothier. La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección. Pero más tarde, se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que no obstante escribo.

Todas esas lecturas, como mis estudios preparatorios, no me sirvieron sino para enseñarme a leer en el libro original de la vida real, que es el que más he hojeado, por esta razón sencilla, entre otras, que mis otros libros han estado casi siempre encajonados, y guardados durante mi vida, pasada en continuos viajes.

Puedo decir que a fuerza de no leer, he acabado

por aprender un poco a ver, a observar, a pensar, a escribir, por mí mismo.

Pero nada me ha servido más en el sentido de esta independencia, que la libertad con que he podido pensar y escribir al favor de la ausencia de mi país, donde la intolerancia de los gobiernos forma una cuarta parte de la intolerancia que sirve de base natural, la cual se compone de las costumbres, de las corrientes de opinión y del torrente de las preocupaciones reinantes, dotadas del poder soberano de una democracia que no gusta de ser contradicha. De aquí el secreto que explica el valor relativo de mis escritos. No los hace valer sino la libertad entera con que han sido pensados, compuestos y publicados, precedente del cual resulta esta enseñanza: que en Sud-América, cada república tiene su tribuna política y literaria en la república vecina; y como todos hablan el mismo idioma, tienen el mismo sistema de gobierno, el mismo orden social, la misma historia y el mismo porvenir, resulta que no hay dos continentes en la superficie del globo, en que la libertad del espíritu humano cuente con mayores garantías de progreso y mejoramiento indefinidos para los tiempos que han de venir.

DEL EDITOR (*Francisco Cruz.*) — *Cerramos estas páginas agregando el siguiente fragmento de una carta dirigida a don Santiago Estrada:*

Spa (Bélgica). 18 de Setiembre de 1873.

.....

Todo lo que emana de la juventud tiene para mí un interés de familia que se explica por mi origen de argentino y de estudiante que allí fui. Yo nunca he olvidado que soy el hijo de la Universidad de Buenos Aires. Siento solamente haber dejado de ser apreciador competente de sus libros de bella literatura. Yo fui dado a las flores como usted cuando tenía su edad. El tiempo nos ha separado en este sentido. Su juventud de usted como la tierra caliente de los trópicos, es pródiga en flores. Mi edad tiene, al contrario, la aridez fría del pedernal, que cuando más, produce chispas.

Vivamente agradecido por sus amables y galantes palabras, permítame recordar en este lugar con ocasión de ellas y como respuesta de ellas, las que me escribió un día desde su destierro don Bernardino Rivadavia teniendo yo la edad de usted. — “La juventud, las nuevas generaciones, han sido y son el fundamento de la firme esperanza que me alienta en el porvenir de mi país”.

J. B. ALBERDI.



## OBSERVACIONES SOBRE EL CERTAMEN POETICO CELEBRADO EN MONTEVIDEO EN 1841

EL Sr. Jefe de Policía, cediendo a nuestras solicitudes, ha tenido la bondad de confiarnos el cuidado de la presente edición.

Nuestro único interés en esto ha sido el de asistir de algún modo a la difusión y buen éxito de unos trabajos que pertenecen al movimiento inteligente a que también tenemos el honor de pertenecer.

Hemos creído oportuna la ocasión para llamar sobre estos trabajos la atención del público, tan rebelde por lo común para contraerse a cosas de menor interés literario.

La victoria del nuevo movimiento ha sido completa. — Ninguna voz perteneciente a la Lira pasada se ha dejado escuchar esta vez, y los nuevos vates han campeado sin antagonistas. Sin embargo algunas influencias del pensamiento pasado se han dejado sentir en la apreciación de los trabajos con-

currentes, y hemos creído deber restablecer el lustre que puedan haber arrebatado al mérito de las nuevas tendencias, las preocupaciones legadas por la anterior poesía; es la segunda razón que hemos tenido para solicitar el trabajo de esta edición.

En esta tentativa difícil, emprendida solo en interés del movimiento a que servimos hace algunos años, no se mezclará consideración alguna de personas: amigos nuestros, igualmente respetados y dignos, son todos los individuos complicados en este asunto; y los que no son nuestros amigos, gozan de nuestros respetos y distinción más alta.

En general es incontestable, como queda dicho, la ventaja obtenida por los nuevos poetas sobre los que encordaron la primera lira argentina. — La cuestión no versa, pues, sobre el mérito comparativo de ambas literaturas: esta cuestión está resuelta, y el último sol de Mayo ha visto levantarse el estandarte de la nueva para no descender otra vez.

Es que entre las obras del Certamen, hay unas que perteneciendo enteramente, por sus faltas y bellezas, al arte actual, entre nosotros, han sido relegadas en rol inferior, a otras cuyo mérito se ha hecho consistir principalmente en lo que conservaban de afinidad con la literatura pasada; y de este modo la victoria de la joven literatura ha venido a ser alterada en sus resultados, mediante un extravío de clasificación que trataremos de hacer resaltar en el siguiente análisis.

A nadie haremos personalmente responsable de

este procedimiento. Hablaremos con las páginas del Informe, de ningún modo con la Comisión clasificadora. Conocemos demasiado, por otra parte, el modo como se hacen los informes que dan las asociaciones de esta especie, para hacer responsable a cada uno de sus miembros de las opiniones que aparecen suscritas por todos. Cuando en materias de interés positivo desaparecen ante el público los disentimientos manifestados en la oscuridad de las sesiones ¿qué no se debiera pensar de una unidad de juicio, cuya manifestación sólo ha debido costar, tal vez, sacrificios de mero gusto literario?

El Informe desecha como indignas de mención seis de las diez composiciones concurrentes al Certamen: de las cuatro restantes, señala dos como dignas de premio, y las otras dos, de distinción honorable. — ¿Hay justicia en la exclusión de las seis primeras piezas? — La clasificación de las cuatro restantes, es igualmente justa? — Es lo que vamos a tratar de descubrir.

El Informe establece desde luego los principios, según los cuales debe formar sus juicios en la clasificación de las piezas contendientes. Hace la ley, y luego la aplica: legisla y juzga: construye la pauta de apreciación, y sobre ella examina el valor de los trabajos presentados: método excelente y seguro que pone en relieve la justicia o injusticia de los juicios, y hace honor a la imparcialidad de los jueces.

Veamos primero la regla de apreciación, y después sus aplicaciones.

La regla de criterio es *el carácter presente de la poesía nacional, o por mejor decir, americana. Aquel merecerá más, según esto, que mejor hubiere comprendido, las modificaciones, los diversos cambios que la literatura haya recibido de la variación y progresos de las costumbres, de las creencias, de los elementos todos que constituyen la vida social.*

Establecido por el Informe este hecho, que la juventud ha dado a conocer y generalizado de diez años a esta parte, primero que nadie, el documento oficial pasa a fijar los caracteres de la poesía actual; y para caracterizarla en toda su especialidad, la distingue de la poesía precedente.

Establece desde luego la negación de toda literatura anterior a la revolución de Mayo, en lo cual no hay exactitud, porque sin contar a Labardén que apareció antes de la revolución y es maestro de todos los que cantaron la guerra de los 15 años, la literatura se había manifestado por distinguidos prosadores, tanto en Buenos Aires como en Méjico, Perú y Colombia; y no podía dejar de suceder así, porque ella se manifiesta desde que hay sociedad, y ésta la hubo antes de Mayo, por más que la metáfora proverbial haga datar su origen en 1810. — El estudio de nuestra literatura colonial, sería un digno tema de las investigaciones de los talentos serios que se levantan: es tiempo ya de abandonar preocupaciones pasadas de mo-

da, y emprender seriamente el examen de los antecedentes literarios, legislativos y administrativos de nuestros tres siglos coloniales, que han dado a luz la sociedad presente: sólo en el profundo estudio de nuestro pasado, aprenderemos a apreciar el presente, y descubrir la llave del porvenir.

El Informe hace nacer la poesía nacional con la revolución y por ella, y la divide, como se han dividido los 30 años de nuestra contienda, en dos grandes períodos, a saber, 15 de guerra de independencia, y 15 de guerra civil; división que no es exacta, porque el primer período literario se extiende más que la guerra contra los españoles, y dura hasta el año 29; es decir, hasta 5 años después de la última victoria de Bolívar; y el segundo da principio con el Sr. Echeverría, en 1830; diferencia que no es trivial en una cronología de 30 años. — Esta observación es capital, porque los hechos de armas, no son la clave explicativa de la gran mudanza ocurrida en nuestra literatura, como parece establecerlo el informe.

Veamos como el Informe hace cambiar la literatura pasada, en la presente.

*Hermana gemela de la Independencia* la pasada, no podía ser otro su carácter que el de la época en que nacía.—La guerra era el sentimiento y la ocupación de la época, y la guerra debía ser el solo tema de la poesía de entonces. Nada más grande y bello en una literatura, que esta subordinación a la ley de toda poesía verdaderamente popular y progresi-

va. — Pero de qué modo la satisface la poesía precedente? — He aquí en lo que el Informe se muestra incompleto.

La guerra presentaba diferentes faces: la poesía sólo expresaba una. Se combatían las ideas, las instituciones, los intereses y las lanzas: se luchaba en los Congresos, en la prensa, en la sociedad, en los campos de batalla; y la poesía sólo cantaba estos últimos combates; se combatían dos civilizaciones, y la poesía solo veía españoles y americanos; luchaban el pasado y el porvenir, la poesía solo cantaba el presente; se levantaban naciones, la poesía sólo ensalzaba héroes; se traducía en el terreno de la política los principios anunciados al género humano por el cristianismo, y los poetas olvidando al Dios único, invocaban los innumerables Dioses del paganismo; se convocaba al Universo a visitar una naturaleza nueva y desconocida, y se vestía la poesía de nuestro suelo de colores extranjeros a nuestro suelo; se echaban los cimientos de una sociabilidad nueva y original, y la poesía no cesaba de hacer de nuestra revolución una glosa de las repúblicas de Grecia y Roma; se desplomaban las tradiciones de forma social y política, de pensamiento, de estilo, que nos habían legado los españoles, y los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes: la libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte: la de-

mocracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura.

No es pues exacto, que *esto y nada más* era cuanto podía exigirse a los poetas de entonces, como sienta el Informe. — Había derecho para exigirles que no se manifestasen inferiores a ningún espíritu de su época en la inteligencia de los destinos de la revolución; que alzasen sus cantos hasta la altura en que campeaban las ideas de Moreno y Larrea; y comprendiendo cuanto habían comprendido los innovadores de 1810, dejasen de pertenecer a un arte *clásico, pagano, materialista, extranjero*, (1) y diesen en sus armonías la expresión de las nuevas necesidades sociales, que eran tan conocidas entonces por todos los altos espíritus, como lo son en el día (2).

He aquí el verdadero carácter de la poesía que ha precedido a la presente; ella contiene méritos y defectos; gloriosa por su misión política, por el calor de su pasión guerrera, es estrecha por su ca-

---

(1) Empleamos estas palabras sin darlas ningún sentido hostil, y sólo por estar sancionadas por el uso.

(2) "Es preciso, decía el Dr. Moreno, en la mañana del 25 de Mayo de 1810, es preciso emprender un nuevo camino, en que, lejos de hallarse alguna senda, será necesario practicar por entre los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado por siglos ante los progresos de la felicidad de este continente."

rácter y formas; incompleta en el fondo y absurda en la forma (3).

No es pues la guerra la que ha cambiado la faz de nuestra poesía: son los esfuerzos felices del genio de la juventud, que, ayudado de las luces suministradas por el movimiento reciente del pensamiento en Europa, ha sabido cambiar la faz de nuestra literatura, como sus padres cambiaron la de nuestra política.

Dados los rasgos que señalan a la poesía pasada, el Informe pasa a establecer los que caracterizan a la presente.

Son tres, según él: el tinte filosófico, el colorido local, y el tono melancólico.

Debe la poesía actual estos rasgos, sienta el Informe, a la nueva situación política que sucede a la lucha de los 15 años: acabada esta guerra pudo el pensamiento elevarse, en los breves intervalos de paz, a la concepción de las verdades filosóficas y morales, que interesan al problema de nuestros destinos generales; y la nueva generación, pudo expresar esas verdades, sin participar de las pasiones agitadas por una lucha a que no había concurrido; — de ahí la templanza y el carácter filosófico de sus producciones. — Despejado el ambiente del polvo del combate, la poesía pudo distinguir y

---

(3) Aquí se caracteriza la generalidad de las obras de entonces, y de ningún modo las tres o cuatro excepciones admirables que todo el mundo conoce.



adoptar las galas de nuestro suelo: de ahí su vestidura americana. — El espectáculo de las guerras civiles y desastres de la patria, imprimió por fin en los espíritus esa melancolía que forma el tercer rasgo de nuestra poesía actual. — Así establece los hechos el Informe.

Sin embargo, ni son estos los únicos rasgos que distinguen a la poesía presente, ni nacen ellos de las fuentes que les asigna el documento citado.

La guerra de los 15 años no fué tan continuada y escasa en treguas, en las Repúblicas del Plata, para que pudiese impedir al pensamiento levantarse a la concepción de las ideas generales y filosóficas. — Los escritos del Dean Funes, — los trabajos y documentos célebres de nuestros Congresos generales, las tentativas de enseñanza filosófica de Lafinur y Agüero entre los años 19 y 23; la profusión de los libros filosóficos del siglo 18 de la Francia; las altas consideraciones del Abate De Pradt sobre la regeneración política de estos países y sus destinos futuros en el orbe social; los famosos discursos del americano Clay; las traducciones y trabajos de alta capacidad filosófica de Moreno, Paso, Larrea y otros talentos eminentes, no dejan escusa a los poetas de la época anterior de la falta de altura filosófica en sus producciones; y si las agitaciones de la guerra han podido estorbar este progreso de la literatura, en los años anteriores a 1830, sépase que jamás la guerra conmovió a los pueblos del

Plata con más vehemencia que en los días en que la nueva literatura hizo su aparición.

En ningún momento la polvareda de los combates fué tan grande que no dejase distinguir las soberbias galas que nuestra naturaleza ofrecía a la poesía. El polvo del *Cérrito* no podía ofuscar la inmensa majestad del Paraná. — La frente del *Chimborazo*, que se levanta sobre los aires, la tierra y las olas, no podía ser tocada por el lodo de *Rio-Bamba* en que nuestros bravos revolcaban a los dominadores extranjeros. — El humo de *Chacabuco* y *Maipo* no empañó jamás las crestas blancas de los *Andes*; — y el *Aconquija* apenas vió llegar hasta sus pies el polvo de las jornadas de *Salta* y *Tucumán*: — inmensa paleta, que veinte volcanes como el Etna, no bastarían a cubrir con el humo de su lava en una sola de sus tintas. Era en aquellos tiempos de furor y entusiasmo ciego por lo que era americano, y de odio contra lo extranjero, cuando la poesía debió revestirse por la primera vez de las galas de nuestro suelo. Los poetas anteriores no tienen excusa, pues, de no haber precedido a los actuales en la adopción del colorido nacional.

La melancolía es hija de las grandes y desesperantes verdades que resaltan de la contemplación de los destinos humanos. Esas verdades no han sido advertidas ayer entre nosotros; lo fueron desde 1810 por Paso, y Moreno, quien especialmente se hizo de los destinos de la revolución y de estos países, la idea más alta y general que se haya formado

en estos días de generalización audaz e ilimitada. Y si los grandes infortunios de la patria han sido otra fuente de melancolía para el artista, a ninguno de los días de nuestra revolución han faltado motivos de profunda tristeza. — Siete meses — después del primer 25 de Mayo, Moreno, el primogénito de ese Mayo, parecía triste y desesperado, en mitad de su destierro diplomático. Pocos meses después rodaban proscriptos y abatidos los primeros campeones de 1810; y más tarde los vimos desaparecer uno por uno en la indigencia y el olvido. ¿Qué revelaban estos tristes destinos personales? — La existencia de causas aciagas que más tarde debían devorar poblaciones y listas numerosas de hombres famosos. Esto se dejaba ver desde los primeros pasos de la revolución y ponía abatimiento a todos los profundos espíritus, menos a nuestros poetas, que parecían no haber fijado sus miradas en ello.

Se ve pues que el origen de los tres grandes rasgos que el Informe atribuye a la poesía reciente, no es peculiar a la época en que se han desenvuelto los nuevos talentos, sino a todos los momentos de la revolución: si los poetas anteriores no lo conocieron, una suerte ha sido para los jóvenes, de quienes es el honor de haber puesto en ejercicio estos tres elementos del arte, que ciertamente no son los únicos que caracterizan su literatura, como lo ha sentado el Informe.

A más de estos tres rasgos, la literatura actual

es pues caracterizada por otros muchos que el Informe parece no haber tenido presente, al trazar sus facciones más prominentes. De este modo la base de apreciación adoptada por él, ha venido a ser incompleta; y esta imperfección ha acarreado consigo la de los juicios recaídos en las obras del Certamen.

Veamos pues, lo que ha faltado al *criterium* convenido para ser completo, y de ahí lo que falta a las clasificaciones sobre él establecidas, para ser justas.

Ofrece la literatura actual de estas Repúblicas, a más de los tres caracteres señalados por el Informe, los que resultan de ser cristiana, por sus creencias religiosas; espiritualista, por su moral; social y civilizante, de apostolado y propaganda, por su misión; progresiva, por su fe en el dogma filosófico de la perfectibilidad indefinida de nuestra especie; profética, por su íntima creencia en el porvenir de la América y del mundo; franca y espontánea, por sus procederes de composición; democrática y popular, por sus formas de estilo y de lenguaje; expresión completa del nuevo régimen americano, y reaccionaria del viejo, hasta en las formas del idioma; atento al fondo más que a la forma del pensamiento; a la idea que al estilo, a la belleza útil que a la belleza en sí; cuidadosa del valor y peso de las expresiones, más bien que de la pureza de su origen gramatical; inclinada a las ideas generales y al uso de los términos genéricos y abstractos: incierta, móvil, fluctuante en su estilo, como los usos

y gustos de la sociedad que representta; poco preocupada en cuanto a las conveniencias tradicionales de sintaxis, porque piensa con Larra y Victor Hugo, que las lenguas se alteran, cambian y se desenvuelven; y conoce con Chateaubriand, en vista de lo que pasa en los Estados Unidos, con el idioma inglés, “la rapidez con que una lengua se altera bajo un cielo extranjero por la necesidad en que se constituye de suministrar expresiones a una cultura nueva, a una nueva industria, a artes locales, a hábitos nacidas del suelo, a leyes, a usos que constituyen una sociedad diferente”; (1) “negligente y abandonada en sus formas; comunmente extravagante, incorrecta y sobrecargada en su estilo, mostrándose este casi siempre atrevido y vehemente; más contraída a la rapidez de la ejecución que a la perfección de los detalles; más espiritual que erudita; dominada por una fuerza inculta y casi selvática en el pensamiento, y señalada por la singular fecundidad y variedad de sus producciones; rasgo por rasgo, en fin, como se manifiesta en los siglos democráticos, según las profundas observaciones de *Mr. Tocqueville*, a quien hemos copiado literalmente en estas últimas líneas. (2)

Este carácter del movimiento actual de la literatura, entre nosotros, no importa otra cosa, en su mayor parte, que la extensión de los principios de

---

(1) *Essai sur la littérature anglaise*. Cinquième partie.

(2) *De la Democratie en Amérique*, vol. III. chap. XIII.

nuestra revolución democrática, al dominio de la literatura y de la lengua; un paso más, una faz nueva, digámoslo así, del cambio de 1810: es la revolución, que se hace en la *expresión* (la literatura), después de haberse hecho en la *idea* (la sociedad), que esa expresión representa. Rigurosamente hablando, pues, la juventud no es la autora de este cambio; lo es principalmente la democracia; pero la juventud tiene el mérito indisputable de haber sabido comprender y llenar las exigencias inteligentes de esa democracia, a quien los poetas anteriores rehusaron toda cabida en el gobierno y constitución del arte. Ella ha dicho con la generación de Larra, "*libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia". He aquí la divisa de la época... "No queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo a la expresión y nada a la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analítica, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso al alcance de la multitud ignorante aún".

Muchos de los caracteres que distinguen este movimiento se han querido presentar como hechos anormales y transitorios, por una literatura que se decía normal y duradera. Los nuevos y profundos estudios de las leyes inherentes a la vida de los pueblos democráticos, que, con ocasión de los Estados

Unidos, se han hecho últimamente, nos hacen ver que lo que se decía normal, entre nosotros, en punto a literatura, resulta ser anormal y extraño; lo que se tenía por transitorio, es lo que aparece destinado a triunfar y permanecer.

La tendencia a la generalización de las ideas, por ejemplo, y al uso frecuente de los términos genéricos y abstractos, que es uno de los rasgos que señalan a la literatura presente, se ha querido ofrecer como un extravío momentáneo de la juventud. Mr. Tocqueville nos hace ver que esta propensión es inherente a las literaturas de todos los pueblos democráticos, y sobre todo a la de los Estados-Unidos de Norte-América.

La situación alterada y fluctuante de la lengua que hoy escribimos, es otra cosa que se ha querido presentar como rasgo transitorio y anormal de la actual literatura.

Hoy está demostrado que este hecho es normal, y resulta de las modificaciones necesarias que experimenta el idioma de un pueblo aristocrático que pasa a ser la lengua de una democracia. Vemos por las observaciones de Mr. Tocqueville sobre las mudanzas que ha experimentado la lengua inglesa, en la América del Norte, que lo que ha sucedido con la española en la América del Sud, es una revolución común a las dos lenguas aristocráticas, que, cayendo bajo el doble influjo del clima y del principio social americanos, se han transformado en dos lenguas destinadas a revestir con el tiempo un

carácter diferentes del que trajeron de ambas Metrópolis. (1)

El desorden, abandono e incorrección del estilo, otro de los caracteres que a menudo señalan a nuestra literatura reciente, es también una calidad inherente y normal de las literaturas democráticas. El observador mencionado verifica esta aseerción por el ejemplo práctico de los Estados-Unidos. "Sería imposible, dice, que la literatura de los siglos democráticos, pudiese presentar, como en los siglos de aristocracia, la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte."

Tal es el carácter más general de nuestra literatura en el presente momento, o el que tiende al menos a dominarla con más generalidad: los ejemplos que se separan de este tono común, son contados y constituyen una escasa minoría, entre las nuevas capacidades, perteneciendo por la regularidad, orden y precisión de sus formas, a la literatura aristocrática de la antigua España.

Este carácter general de nuestra literatura, que el Informe se impuso por norma de sus apreciaciones, no ha sido comprendido y determinado por él en su verdadera extensión y rasgos distintivos: le ha tomado solo en la mitad de sus elementos; y, aplicando esta regla incompleta, al examen de las

---

(1) Véase la obra citada de M. Tocqueville, en donde habla de como la democracia americana ha modificado la lengua inglesa,



producciones presentadas, las ha juzgado dignas de aplauso en la medida en que se conformaban con su criterium adoptado, desechándolas como indignas de honor, en la parte que se separaban de lo que él tomaba únicamente como literatura actual, y quizás por calidades que la son inherentes. De aquí el primer defecto del procedimiento del Informe, y decimos el primero, pues que son dos los defectos capitales en que incurre al hacer las clasificaciones.

Fué feliz en la elección de su instrumento de apreciación; pero le construyó mal, y luego se extravió en la aplicación que de él hizo.

Así, él dijo que había *preferido* las obras que habían concebido la revolución en sus destinos sociales, sobre las que la miraban en sus triunfos guerreros; después de esta condición que denominaba *primordial*, las que adoptando un plan acertado, se mostraban más vastas en su comprensión, arregladas en su comportamiento y originales en todas sus partes. Había sido también uno de los méritos buscados, la novedad en las ideas, su elevación, oportunidad, y tendencia a excitar emociones de patriotismo y virtud social: y después de todo, y en último lugar, se había exigido la perfección en aquellas condiciones del arte que pudieran llamarse *mecánicas*.

Traidas pues las producciones del Certamen sobre esta pauta, que representa exactamente una tercera parte de las condiciones comprendidas en la literatura presente, ha resultado que las unas han

sido pospuestas porque no reunían las condiciones exigidas por el Informe, sin embargo de que satisfacían las impuestas por la literatura actual, — en lo cual ha padecido un error de principio; y otras que llenaban las condiciones *primordiales* dadas por el informe, han sido pospuestas a otras que sólo satisfacían las condiciones del último orden, según el mismo informe, en lo cual ha mediado un error de aplicación.

Ninguna de estas faltas se ha cometido, a nuestro juicio, en la apreciación de la obra laureada; porque de tal modo satisface las condiciones requeridas por el Informe y la literatura presente, que su clasificación está fuera de todo reproche.

La reacción, pues, digámoslo así, de la pasada literatura, se hace sentir en las clasificaciones que siguen a la primera.

Fácil nos fuera verificar esta aserción por análisis no sin relieve y claridad; pero tendríamos que entrar, para esto, en aplicaciones inútiles, en primer lugar, porque el que se ha penetrado de los hechos que anteceden, las hace él mismo; y por otro lado sólo conducentes a provocar disgustos que queremos prevenir a toda costa, de parte de sujetos que están llenos de mérito y distinción para nosotros.

Nos limitaremos, pues, en este punto, a señalar la ley que nos parece haber prevalecido en la crítica del Informe, relativamente a algunas de las piezas antepuestas a otras menos meritorias, y cuya

preponderancia ha dado a esa crítica el aire de una reacción de la pasada sobre la presente literatura. Esta ley es aquella que el mismo Informe denominó con tanta propiedad *mecánica*, por ser comprensiva de todas las condiciones materiales y eternas del estilo métrico: ley que el mismo informe colocó en el rango que le ha señalado la poesía presente, el último: la que menos vigencia tiene en la constitución de una literatura democrática, según la profunda observación de Mr. Tocqueville; y cuyo rol es casi nulo en la edad en que toda literatura hace su primera aparición nacional, según las reiteradas verificaciones de Mr. Nisard. por la historia de todas las literaturas primitivas: ley por la cual, Homero, Shakespeare y Dante, serían vencidos hoy, en certamen, por un estudiante de retórica, de 15 años, según la expresión del crítico citado, porque no la conocieron ni la necesitaron para ser lo que son: perfectamente externa y mecánica, que "comprende el ritmo, la armonía, el número, el arreglo de las palabras, las suspensiones, etc., etc., cosas todas que, en las poesías primitivas, dice Nisard, no son sino accesorios del arte, y en las poesías de decadencia, son el arte entero" (1): la que por sí sola bastaría a comprimir el naciente progreso de nuestra poesía nacional, si fuese llamada a presidir en primer rango la forma de sus creaciones,

---

(1) "Poètes Latins de la Décadence", tom. troisième chap. V.

tanto es el horror que las poesías nacientes la profesan. Porque, desengañémonos, si es menester caracterizar nuestro momento literario, preciso es convenir en que él se refiere al primero de los tres períodos en que se divide la vida de toda literatura, al período primitivo y de fecundación. Lo contrario, sería sostener que estamos en nuestro siglo de oro literario, que es la segunda época de toda poesía, lo cual es un absurdo, o que tocamos nuestra decadencia inteligente, que es el tercer período, lo cual es más absurdo aún. Tenemos que convenir, pues, en que, si nuestra poesía ha de ser la expresión de la sociedad que nace en América, y no de la sociedad de España que se retira, es necesario que, como nuestra sociedad, nuestra poesía sea nueva, y se la deje pasar, por consiguiente, con todas las imperfecciones inherentes a toda cosa nueva: pretender que ella sea completa y que nuestra sociedad esté en germen, es desconocer la mutua dependencia que todos reconocen hoy, de la literatura con la sociedad. Si ella es *hermana gemela de la Independencia*, como ha dicho el Informe, ella debe ser niña, porque nuestra independencia, nacida ayer, es niña también, y como niña, fuerza es que la acompañen todas las flaquezas inherentes a la niñez: sostener que asistimos a una aurora social y a un crepúsculo literario, es afirmar que un día de tres siglos se interpone entre las costumbres y las letras. Este modo de considerar nuestra literatura, sobre ser el más exacto, es el más consolante, porque vale más que

nos consideremos en la infancia que en la decrepitud de nuestra existencia literaria. Abstengámonos, pues, de sujetarle a una forma especial, porque no sabemos aún cuál será la de nuestra sociedad: la fórmula de nuestra organización social es un misterio que se oculta en los arcanos del porvenir: dejemos que la de nuestra literatura repose a su lado. Estamos en los albores de una era nueva y desconocida en los anales humanos. Todo lo que va a salir de este continente, es distinto de lo conocido hasta ahora; guardémonos de rodear la cuna de un mundo que nace, de las leyes de un mundo que se vá. El instinto sea nuestra antorcha principal en la hora en que vivimos: déjense llevar nuestros jóvenes talentos de esta luz divina, que es la que alumbró los pasos adivinados de Homero, Dante y Shakespeare; la América está en una de esas grandes épocas de refundición social y de embrión de un mundo desconocido, que son las propias para dar a luz genios originales, como los que se han dejado ver en las tres o cuatro grandes auroras de la civilización humana. Cuando se ven las cosas de este modo, ¿qué no se debe pensar del empeño de someter los preludios de la musa americana, a las conveniencias de literaturas que han sido la última expresión de civilizaciones en retirada? La España misma, sin salir de los límites de su suelo, ni del principio monárquico, proclama por la boca de Larra, una literatura y una lengua nuevas; y nosotros que nos llamamos los reformistas y puritanos por

excelencia, tenemos escrúpulo de sacudir el yugo de Cervantes y Jovellanos! (1) Trabajen, pues, nuestros jóvenes talentos, llenos de confianza en sus fuerzas; acumulen materiales para la obra venidera: esta hora es de creación; ya vendrá el día del arte y de la crítica. Sea su musa el genio de la democracia: su arte poético, la inspiración: y su crítica, los aplausos o desdenes de los pueblos.

*Si la poesía es un arte*, ha dicho el Informe, *fuerza es juzgar al poeta por las reglas de ese arte*. La poesía es un arte, sí; pero antes de ser un arte, es una inspiración: comienza por ser un don, y acaba por hacerse una doctrina. Así, Homero precede a Horacio, Dante a Boileau, y Calderón a Martínez de la Rosa: en los primeros es un don; en los otros, un arte. Así, la poesía precede al arte, digámoslo mejor. Y en la hora en que estamos ella quiere ser un don, más bien que un arte. Y si ella es un arte hoy mismo, ciertamente que no es un arte mecánico, sino al contrario, inteligente y liberal, como el pensamiento mismo; cuyas más altas y esenciales

---

(1) "Esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la *sociedad nueva* que componemos; toda de *verdad* como es de *verdad* nuestra sociedad; sin más reglas que la verdad misma, sin más maestro que la naturaleza; *joven* en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aquí la divisa de la época."

LARRA.

condiciones residen en la inspiración y el entusiasmo de la concepción, no en las reglas materiales y eternas del estilo. ¡El arte! — ¡se invoca el arte! ¿Pero se sabe bien lo que esta gran palabra encierra? ¿Se conoce mejor su naturaleza y principios filosóficos, que la naturaleza y principios de la filosofía, de la moral, de la economía, de la fisiología? ¿Cómo todos los ramos del espíritu humano, no está por averiguarse recién su código íntimo y absoluto? ¿Estamos seguros de que no son con convenciones locales y transitorias, lo que tomamos por leyes verdaderas y permanentes del arte? ¿Hemos comprendido bien la diferencia que separa al arte natural del arte artificial, como los grandes metafísicos han distinguido la lógica natural de la lógica artificial, para asegurar que donde no existe este último arte, no existe ningún otro? Tememos que nuestros poetas se esterilicen, si no se les enseña a conocer a Boileau? No: Dante no tuvo necesidad de conocerlo para producir su poema, como Descartes no tuvo necesidad de su método para descubrir su método. Confiamos en este poder de espontaneidad que es inherente al genio. Dejemos que los talentos americanos se abandonen a sus propias fuerzas: muchos sucumbirán en los ensayos; pero alguno habrá que supere y acierte a dotar a la América de una literatura suya y peculiar. Para el hombre de genio, el arte no es arte; es facultad: él mismo es un arte, como dice Nisard.

Quisiéramos, pues, ver cambiar de dirección a nuestra crítica: quisiéramos verla poseedora de estas verdades, caminando con blandura e indulgencia en la dirección de nuestros jóvenes talentos; sin asustarlos con el nombre terrible del arte; haciéndoles admitir únicamente aquellas tradiciones más capitales de la poesía, sin las cuales carecerían de base sobre que apoyarse para comenzar una crítica observadora y profunda, que espíase con sagacidad las propensiones naturales de la musa americana, y supiese provocar su desarrollo por estímulos suaves, en una dirección enteramente nuestra y nacional.

Tal habríamos querido que se comportase la crítica que ha colocado en grados inferiores, piezas que tan grandes y bellos gérmenes descubren, no precisamente de poetas superiores, sino de una literatura nueva y original, que se representa en ellas. He aquí la razón por que tanto nos ha ocupado esto: hemos visto en esta parte del Informe, la expresión de todo un sistema de crítica; y en las piezas puestas en últimas escalas, la expresión de todo un movimiento literario. Con ocasión de estas piezas especiales, nos ha parecido oportuno tocar una cuestión que se refiere a dos sistemas de opiniones literarias, no precisamente uno mejor que otro, sino uno nacional y presente, otro extranjero y pasado.

Ya pues que el Informe se permitió reconocer clasificaciones que no establecía el decreto de su instituto, bien pudo haber dado mayor extensión a sus recomendaciones, comprendiendo en ellas



otras piezas que en nada ceden a ciertas de las que las preceden, y especialmente la que, sobre muchas ventajas (1), reúne la de ser la única que haya consagrado el homenaje de algunos acentos a la patria en cuyo seno cabía a los poetas el honor de alzar su voz para cantar con libertad a Mayo.

---

(1) Aludimos a la obra titulada *El Cementerio Viejo*.

## DISCURSO PRONUNCIADO EL DIA DE LA APERTURA DEL SALON LITERARIO

DOBLE ARMONIA ENTRE EL OBJETO DE ESTA  
INSTITUCION, CON UNA EXIGENCIA DE NUESTRO  
DESARROLLO SOCIAL; Y DE ESTA EXIGENCIA,  
CON OTRA GENERAL DEL ESPIRITU HUMANO.

(1837)

### ADVERTENCIA

El que se crea obligado a decir que no son exactas las aserciones contenidas en este discurso, puede pedir antes al autor algunas explicaciones sobre ellas, que no tendrá obstáculo en dar: y puede ser que de estas explicaciones salga su evidencia, y el desgano de refutarlas. No sería extraño que la concisión esencial de un discurso de esta naturaleza, hubiese esparcido alguna oscuridad sobre ideas que se vuelven claras desde que se cuenta con algunos antecedentes históricos y filosóficos.

SEÑORES:

No hace muchas mañanas que el *cañón de Mayo* vino a quitaros el sueño, para advertiros que estaban cumplidos 27 años a que nosotros entramos en un movimiento nuevo y fecundo.

Pero, señores, no pudiéramos saber por qué y para qué entramos en este movimiento; porque estoy creído que mal nos será dado caminar si no sabemos de dónde venimos, y a dónde vamos. Aquí tenéis pues nuestra revolución en presencia de la filosofía, que la detiene con su eterno *por qué y para qué*.

Cada vez que se ha dicho que nuestra revolución es hija de las arbitrariedades de un Virrey, de la invasión peninsular de Napoleón, y otros hechos semejantes, se ha tomado, en mi opinión, un motivo, un pretexto por una causa. Otro tanto ha sucedido cuantas veces se ha dado por causa de la Revolución de Norte América, la cuestión del té; por causas de la Revolución francesa, los desórdenes financieros y las insolencias de una aristocracia degradada. No creáis, señores, que de unos hechos tan efímeros hayan podido nacer resultados inmortales. Todo lo que queda, y continúa desenvolviéndose, ha tenido y debido tener un desenvolvimiento *fatal* y necesario.

Si os colocais por un momento sobre las cimas de la historia, veréis al género humano marchando,

desde los tiempos más primitivos, con una admirable solidaridad, a su desarrollo, a su perfección indefinida. Todo, hasta las catástrofes más espantosas al parecer, vienen a tomar una parte útil en este movimiento progresivo. La caída del Oriente en manos de Alejandro es el complemento del mundo griego: la caída del mundo griego es el desarrollo del mundo romano: la destrucción del mundo romano es la elevación del mundo europeo: las victorias emancipatrices de América son la creación del mundo universal, del mundo humano, del *mundo definitivo* (1). Vos veis pues esta eterna dinastía de mundos generarse sucesivamente para prolongar y agrandar las proporciones de la vida del linaje humano: cada civilización nace, se desarrolla, se reasume en fin en una palabra fecunda, y muere dando a luz otra civilización más amplia y más perfecta.

La causa, pues, que ha dado a luz todas las Repúblicas de las dos Américas; la causa que ha producido la Revolución francesa, y la próxima que hoy amaga a la Europa, no es otra que esta eterna impulsión progresiva de la humanidad.

Así, Señores, nuestra revolución es hija del desarrollo del espíritu humano, y tiene por fin este mismo desarrollo: es un hecho nacido de otros hechos, y que debe producir otros nuevos: hijo de las ideas, y nacido para engendrar otras ideas: engen-

---

(1) Expresión de Jouffroy.

drado para engendrar a su vez, y concurrir por su lado al sostén de la cadena progresiva de los días de la vida humanitaria. Tengamos, pues, el 25 de Mayo de 1810 por el día en que nosotros fuimos envueltos e impelidos por el desenvolvimiento progresivo de la vida de la humanidad, cuya conservación y desarrollo es el fin de nuestra revolución, como de todas las grandes revoluciones de la tierra. Pero para alcanzar este fin ¿no hay más que un solo medio, un solo camino, una sola forma, y un solo día? ¿Y este camino, y esta forma, y este día, son los que han seguido y en que han llegado la Francia, o la Confederación de Norte América? — A la vista de nuestra carrera constitucional, pudiera decirse que nosotros lo hubiésemos creído así; pero evidentemente si así lo hemos creído, nos hemos equivocado.

El desarrollo, Señores, es el fin, la ley de toda la humanidad: pero esta ley tiene también sus leyes. Todos los pueblos se desarrollan necesariamente, pero cada uno se desarrolla a su modo: porque el desenvolvimiento se opera según ciertas leyes constantes, en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio. Y como estas condiciones no se reproducen jamás de una manera idéntica, se sigue que no hay dos pueblos que se desenvuelvan de un mismo modo. Este modo individual de progreso constituye la civilización de cada pueblo: cada pueblo, pues, tiene y debe tener su civilización propia, que ha de tomarla en

la combinación de la ley universal del desenvolvimiento humano, con sus condiciones individuales de tiempo y espacio. De suerte que, es permitido opinar, que todo pueblo que no tiene civilización propia, no camina, no se desenvuelve, no progresa, porque no hay desenvolvimiento sino dentro de las condiciones del tiempo y del espacio; y esto es por desgracia lo que a nosotros nos ha sucedido. Al caer bajo la ley del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano, nosotros no hemos subordinado nuestro movimiento a las condiciones propias de nuestra edad y de nuestro suelo: no hemos procurado la civilización especial que debía salir como un resultado normal de nuestros modos de ser nacionales; y es a esta falta, que es menester referir toda la esterilidad de nuestros experimentos constitucionales.

¿Qué es lo que nosotros hemos hecho. Señores? El tiempo es corto: permitidme cambiar por un instante la pluma por el pincel.

La España nos hacía dormir en una cuna silenciosa y eterna; y de repente aquella nación que no duerme nunca, y que parece encargada de ser la centinela avanzada en la gran cruzada del espíritu humano, hace sonar hasta nosotros un cañón de alarma, en los momentos en que recién paraba el cañoneo de la emancipación del Norte. Nosotros entonces despertamos precipitados, corrimos a las armas, buscamos las filas de los gigantes, marchamos con ellos, peleamos y vencimos. El mundo nos

bate las manos, se descubre, se inclina, nos saluda hombres libres, y nos abre sus rangos. El estrépito del carro y las trompetas de nuestra gloria, aturde nuestra conciencia; y nos figuramos de la estatura del mundo libre, porque habíamos tomado un papel en su inmenso drama.

Un día, Señores, cuando nuestra patria inocente y pura sonreía en el seno de sus candorosas ilusiones de virilidad, de repente siente sobre su hombro una mano pesada que le obliga a dar vuelta, y se encuentra con la cara austera del Tiempo que le dice: —está cerrado el día de las ilusiones: hora es de volver bajo mi cetro.

Y entonces conocemos que mientras los libres del Norte y de la Francia no habían hecho más que romper las leyes frágiles de la tiranía, nosotros nos empeñábamos en violar también las leyes divinas del tiempo y del espacio.

Luego, señores, nuestra situación quiere ser propia, y ha de salir de las circunstancias individuales de nuestro modo de existir juvenil y americano.

Entretanto, el movimiento general del mundo, comprometiéndonos en su curso, nos ha obligado a empezar nuestra revolución por donde debimos terminarla: —por la acción. La Francia había empezado por el pensamiento para concluir por los hechos: nosotros hemos seguido el camino inverso, hemos principiado por el fin. De modo que nos vemos con resultados y sin principios. De aquí las numerosas anomalías de nuestra sociedad: la amal-

gama bizarra de elementos primitivos con formas perfectísimas; de la ignorancia de las masas con la república representativa. Sin embargo, ya los resultados están dados, son indestructibles, aunque ilegítimos, existen mal, pero, en fin, existen. ¿Qué hay que hacer pues en este caso? Legitimarlos por el desarrollo del fundamento que les falta: por el desarrollo del pensamiento. Tal, señores, es la misión de las generaciones venideras: — dar a la obra material de nuestros padres una base inteligente, para completar de este modo nuestro desarrollo irregular: de suerte que somos llamados a ejecutar la obra que nuestros padres debieron de haber ejecutado, en vez de haber hecho lo que nosotros debiéramos hacer recién.

Así, señores, seguir el desarrollo, no es hacer lo mismo que hicieron nuestros padres, sino aquello que no hicieron, y debieron hacer. Continuar la vida principiada en Mayo, no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y nuestro suelo: seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser él mismo: lo natural, lo normal nunca es reprochable. La infancia no es risible con toda su impotencia: lo que la ridiculiza es la pretensión de virilidad. Hasta lo



perfecto es ridículo fuera de su lugar; o más bien, no hay más perfección que la oportunidad.

Estamos pues encargados, los que principiamos la vida, de investigar la forma adecuada en que nuestra civilización deba desarrollarse, según las circunstancias normales de nuestra actual existencia argentina: estamos encargados de la conquista de las vías de una civilización propia y nacional.

Es cierto que en Mayo de 1810, comenzamos nuestro desarrollo: pero, es cierto también que lo comenzamos mal. Lo comenzamos sin deliberación; lo hemos seguido sin conciencia: nosotros no nos hemos movido; hemos sido movidos por la impulsión *fatal* de otras cosas más grandes que las nuestras. Así es que nosotros sabíamos que nos movíamos, pero no sabíamos ni por qué ni para qué. O si sabíamos el fin, no conocíamos ni su distancia, ni el rumbo especial: porque se ha de notar, que en virtud de una perfecta semejanza de las leyes de gravitación del mundo físico con las leyes de la gravitación del mundo moral, cada pueblo, como cada cuerpo material, busca un solo fin; pero por camino peculiar, y mil veces opuesto. Ya es tiempo pues de interrogar a la filosofía la senda que la Nación Argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad. Es pues del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta. La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios, y nos dió movimiento: que la filosofía nos desig-

ne ahora la ruta en que deba operarse este movimiento. Por fortuna de nuestra patria, nosotros no somos los primeros en sentir esta exigencia; y no venimos más que a imitar el ejemplo dado ya en la política, por el hombre grande que preside nuestros destinos públicos. Ya esta grande capacidad de intuición, por una habitud virtual del genio, había adivinado lo que nuestra razón trabaja hoy por comprender y formular: había ensayado de imprimir a la política una dirección completamente nacional: de suerte que toda nuestra misión viene a reducirse a dar a los otros elementos de nuestra socialibilidad, una dirección perfectamente armónica a la que ha obtenido el elemento político en las manos de este hombre extraordinario.

Pero si la percepción de la ruta en que deba caminar nuestra sociabilidad, debe salir del doble estudio de la ley progresiva del desarrollo humano, y de las calidades propias de nuestra nacionalidad, se sigue que dos direcciones deben tomar nuestros trabajos inteligentes. — 1°. La indagación de los elementos filosóficos de la civilización humana. — 2°. El estudio de las formas que estos elementos deben de recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y nuestro suelo. Sobre lo primero es menester escuchar a la inteligencia europea, más instruida y más versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros. Sobre lo segundo no hay que consultarlo a nadie, sino a nuestra razón y observación propia. Así nuestros espí-

ritus quieren una doble dirección extranjera y nacional, para el estudio de los dos elementos constitutivos de toda civilización: el elemento humano, filosófico, absoluto; y el elemento nacional, positivo, relativo.

En estos dos objetos tenemos que hacer estudios nuevos. La Europa que no cesa de progresar en el primero, tiene hoy ideas nuevas, que nuestros predecesores no pudieron conocer, y que nosotros somos llamados hoy a importar en nuestro país. Con la Revolución francesa del 89 termina el siglo XVIII su misión inteligente. El Imperio hace contraer el pensamiento a la naturaleza y a la observación; y el Instituto, y la Escuela Normal tienen desarrollo. La Restauración, de naturaleza ecléctica, imprime su carácter mixto al pensamiento de su época, y Platon y Kant, y Hegel, son presentados y asociados a Condillac, por Royer-Collard y Victor Cousin.

De aquí una nueva filosofía que termina con la revolución de Julio y por ella; porque esta revolución, no siendo en el fondo otra cosa que la destrucción del eclecticismo de la Carta de 1814, viene también a destruir el eclecticismo de la filosofía restauradora, y una nueva dirección toma el pensamiento. Todos estos movimientos sociales y políticos proporcionan a las ciencias morales numerosas conquistas. Mas, como estos movimientos y estas conquistas pertenecen a nuestro siglo, nuestros padres no han podido elevarse sobre el espíritu mo-

ral del siglo antecedente. Estoy obligado aquí a confesar que esta aserción está llena de brillantes excepciones. Yo he dicho la Francia, cuando he hablado de la Europa, porque en materias de inteligencia, la Francia es la expresión de la Europa. Yo he dicho las ciencias morales, cuando he hablado del pensamiento humano, porque son por ahora las ciencias que nos importan: ellas son por esencia y por misión las ciencias de los republicanos, porque en efecto, la república no es en el fondo otra cosa, que la más alta y la más amplia realización social de la moral, de la razón y la moral del Evangelio.

En cuanto al segundo objeto, el estudio de lo nacional, es un trabajo nuevo, en que no se entró con decisión en nuestro país: sin duda porque no se conoció bastantemente que lo nacional era un elemento necesario de nuestro desenvolvimiento argentino. Bien pues, señores, es el pensamiento de esta doble exigencia inteligente de nuestra patria, el que ha presidido a la elección de los libros que forman la colección, cuyas lecturas vamos a abrir desde este día. Ya véis, pues, que aquí no se trata de leer por leer. Habría sido frívolo suscribirse con un semejante objeto. Se trata nada menos que de alistarse para llenar una exigencia de nuestro desenvolvimiento social. Habéis visto salir esta exigencia de la comparación de nuestro desarrollo histórico, con la ley filosófica de todo progreso nacional; para lo cual he principiado por mostraros

que estamos en desarrollo, y que estamos así, porque tal es la ley de todos los pueblos del mundo. Me ha sido pues indispensable, para informaros del interés público de esta institución, de señalaros la doble armonía que existe entre ella, con una exigencia de nuestra marcha progresiva, y entre esa marcha nuestra con la marcha progresiva de toda la humanidad.

# LOS AMERICANOS LIGADOS AL EX- TRANJERO

ARTÍCULO PUBLICADO EN "EL MERCURIO" DE  
VALPARAISO

1845

EL título de este artículo, es título que se da a los argentinos, orientales y brasileros, enemigos del general Rosas, que se han ligado a los ingleses, franceses, italianos y españoles para defenderse contra la tiranía del dicho general.

Como se advierte, el número de los aliados por una y otra parte es tan grande, que su alianza forma una especie de coalición universal.

Según aquel título, tan sesudo como el cráneo de un *pehuenche* (es decir de un americano neto) el Universo se divide en solo dos grandes Estados o Patrias. Llámase el uno *Europa* y el otro *América*. La raya divisoria es tan ancha como los territorios limítrofes: es el mar Atlántico por el frente, y el grande Océano por el fondo.

Este sistema administrativo, que divide el globo, como una naranja, en dos mitades, llama extranjero por esencia al europeo en América.

Y como él es indiano por adopción y español de origen, de cuando el Nuevo Mundo era un distrito municipal o departamento integrante del *Estado en que nunca se ponía el sol*, sucede que, al revés de ese sistema, en Europa no sólo es extranjero el americano, sino también el europeo.

Así, para un francés, nacido en el departamento del Calais, es tan extranjero un inglés que ha visto la luz al otro lado del *Canal*, como un habitante de Pekin.

Para un americano, no es lo mismo: nosotros tenemos paisanos nacidos a tres mil leguas de distancia. Con tal que un hombre haya nacido arriba de los 35 meridianos occidentales, la latitud y el hemisferio de su cuna, son cosas de poca monta en lo que toca a su paisanaje con nosotros. Esta administración con pañas de camello, que da vuelta al derredor del mundo, como el zancudo ejecuta al derredor de una guinda un viaje de circunvalación con 4 trancos, es igualmente circulatoria y versátil en materias de sistema. Según la ocasión y el interés, deja el extremo que achica y se pasa al extremo que agranda. Se apodera del *microscopio solar*; y donde veáis una pequeña República, os hace ver tantos Estados soberanos y confederados como provincias; así como antes os hacía ver un mundo entero reducido a las proporciones de un solo país. Para

él las fronteras internacionales son barricadas que se quitan y ponen según la ocasión. Un día se levanta con la cabeza llena de alegres ideas; recoge las barricadas y queda todo el continente de Colón hecho un salón de baile, donde todos los americanos nos hallamos reunidos como hermanos de padre y madre. Tienen lugar estas reuniones de familia, cada vez que la Europa pone el pie en el Nuevo Mundo buscando alguna reparación.

Pasado el día de la fiesta, la Europa se retira; y entonces, por más que haya dicho el Cristo, que todos los hombres son hermanos, y es irreligiosa toda distinción que separa al hombre del hombre, la familia continental se divide en veinte familias distintas unas de otras. Entre Estado y Estado se alzan cordilleras de indiferencia y egoísmo, hasta la región del hielo. El que antes era hermano, llega a ser tan desconocido como un griego: milagro si le entienden lo que habla, pues hasta el idioma de que se sirve, a pesar de ser idéntico, llega a aparecer desconocido. Queréis en caso tal conocer los derechos del americano de los 12º grados, en la latitud de 30º? Tomad la medida con que se mide al prusiano o al ruso, y tendréis la del americano del trópico, en la zona templada, y vice-versa.

Este estado se hace más normal y permanente, a medida que corre el tiempo.

En otra época, las fiestas de la familia continental de que hemos hablado, eran verdaderas reuniones de pueblos. La América unida asistía a las ba-



tallas, a las victorias comunes, a los festines de todos. Los Estados diferentes, se representaban en los grandes trances, por contingentes poderosos.

Hoy día existe la misma liga; pero es en espíritu. A los congresos, a los ejércitos aliados, han sucedido los concilios intelectuales; es decir, concilios a que se concurre con el intelecto, sin moverse de su casa. Antes se prestaban pesos: hoy se prestan simpatías. A los contingentes de hombres, han reemplazado contingentes de periódicos con centenares de palabras simpáticas y afectuosas hasta la pasión. ¿Pone la Europa el pie en un rincón de la casa continental? Allí van imprecaciones sobre ella, hasta oscurecer el sol, como espesa langosta. — Si la Europa no hace caso de palabras, peor para ella, pues no hay otra cosa con que darle.

Diréis que la América es inconsecuente, porque sabiendo que en un punto es atacada su común causa, se mantiene inmóvil y neutral? Nada de eso: el último de sus Estados tiene a este respecto, más sensatez que Sancho Panza. Ella sabe que es un mundo; y que un mundo no se pierde por aislados ataques obrados aquí y allá. Hace bien, pues, de no menearse en cuerpo para proteger intereses incapaces de influir en los destinos de su gran persona. Si ella habla como habla y no como piensa, Dios solo conoce el *por qué*. Allá con el caer de los tiempos, ella se arrepentirá de sus culpas y errores, y hará sacrificios a Dios y a la justicia.

Oigamos, entre tanto, lo que dice del Rio de la Plata.

“Sus hijos están perdidos; lo están, hasta los hijos de sus hijos; hasta los nietos de sus nietos. Ya no hay posteridad para ellos: — *¡Se han ligado al extranjero!*”

¿Cómo explicar tan lamentable desgracia? De un modo muy sencillo, racional y convincente; mediante un buen sentido, hermano gemelo de la geografía administrativa de las patas largas, de que antes hablamos.

Buenos Aires se pierde, porque de un día para otro va a verse gobernado por leyes, en vez de estarlo, como hoy, por la voluntad de un general ilustre. Está comprobado por el estudio del clima y de la geografía física de la República Argentina, que no le conviene tener leyes escritas.

Buenos Aires se pierde, desde luego que se vea sin mazorca. La filosofía ha demostrado que a los porteños les interesa grandemente que les corten el pescuezo, los azoten y los roben.

Buenos Aires se pierde, desde luego que entre en una paz estable y deje de sostener eternamente ejércitos en campaña. Está demostrado igualmente, que los goces de la paz, son nocivos a su temperamento; y que conviene a su salud el que viva peleando incesantemente.

Está en vísperas de perecer, porque está en vísperas de tener garantías y seguridad para sus propiedades privadas, para su industria, su comercio, las

personas de sus habitantes: cosas mortales para su existencia próspera, según consta del parecer de graves pensadores.

Las propiedades secuestradas van a ser devueltas: retroceso inmenso de la revolución americana, pues se había demostrado que el despojo de bienes, sufrido por una mitad de Buenos Aires, constituía uno de los grandes pasos de su prosperidad y desarrollo democrático.

Caída la actual administración, no habrá degollación de hombres, no habrá ejecuciones en masa: gran calamidad para Buenos Aires, pues nada fecunda tanto la propiedad de una nación, como esas benéficas sangrías, que preparan su robustez futura. La verdadera filosofía echa las generaciones al sepulcro, con la impasibilidad del labrador que echa diez o veinte granos de trigo en el surco del arado. Qué son dos o tres generaciones respecto de la vida de un pueblo? Qué son las vidas de los que viven, respecto de la vida de los que no viven ni vivirán tal vez jamás.

Restituidos a su país los emigrados y proscriptos argentinos, adiós la paz de Buenos Aires; pues habiendo apoyado el orden legal y existente en el Estado Oriental, en el Brasil, en Chile, en Bolivia, hay cosa más natural y lógica, que creer que esos hombres volverán a su país para apoyar el desorden y las revueltas? Hombres que en otros países han tenido el honor de ser útiles en algo, de qué

utilidad pueden ser en su propio país? Esto se explica de suyo.

Abolida la mazorca; suplantado el despotismo de un dictador por el gobierno de la ley; desterrados los gritos de *muerte* al de opinión contraria; derrocado el culto al retrato del general Rosas; y destituida la población de ambos sexos de Buenos Aires de su honrosa cinta color punzó con su honroso letrero; proclamado lícito y permitido el uso de los colores de Mayo; garantidas las libertades de la prensa y de la palabra; en qué viene a parar la dignidad y el honor del pueblo de Buenos Aires? No le estaría mejor sepultarse en sus escombros, antes que alcanzar tan humillantes y oprobiosos resultados?

De qué le servirán la población de sus desiertos interiores; la navegación de sus ríos solitarios; la promoción de su riqueza; el impulso de su industria y comercio; la consolidación de su paz; si en cambio ha de verse privado del glorioso gobierno del señor general Rosas? Cómo podrá vivir ese país, privado de su gloria; de la gloria inmensa de decir *no* hasta perecer, siempre y cuando la Europa diga *sí*? De qué le servirá el llenarse de población, el tener caminos, bancos, fábricas, si no ha de tener más banderas que las que ya tiene para colgar en sus templos? Por qué, al fin, qué es un pueblo civilizado? Cómo le definen Guizot, Chevalier, y todos los sabios? Un pueblo que ha apaleado al extranjero; y que tiene muchas banderas, quitadas al

enemigo que ha sabido suscitarse con su arbitrariedad.

Al día siguiente de suprimida la *Gazeta Mercantil*, o de suprimidos los gloriosos y americanos lemas que la cubren, de *mueran los salvajes, inmundos partidarios del sistema de gobierno central*, en qué vendrá a parar la dignidad de la prensa argentina?

Pobre Buenos Aires! Pobre Montevideo! que van a tener paz y progreso, al favor de auxilios prestados por ingleses, franceses y brasileros, en lugar del glorioso apoyo que los hermanos *pehuenches*, prestan al actual Gobierno de Buenos Aires! Vea Vd.! traer franceses e ingleses tan luego, cuando se trataba de apoyar la civilización del Plata! No estaba la *Patagonia* llena de príncipes indígenas, de que esos malos americanos que han traído al europeo, hubieran podido echar mano para hacer triunfar la causa del progreso en Buenos Aires?

Gloria eterna al general Rosas, que nunca quiso tratos con ingleses ni franceses; y que siempre que necesitó aliados para apoyar su americano y glorioso sistema, los buscó en las nobilísimas razas que moran en los desiertos más meridionales de América, manteniendo en gloriosa vigencia la ley india de Felipe III (de 3 de Octubre de 1614), que prohíbe *todo género de tratos con extranjeros, pena de la vida y perdimiento de todos sus bienes, al contraventor*.

Ligarse a los pueblos más civilizados de la tie-

rra, para asuntos de civilización, y no a los indígenas, como el general Rosas! Ridícula inconsecuencia!

Vergüenza a los abyectos y malos emigrados que no han conseguido otra cosa que traer en su favor la Inglaterra, la Francia, y el Imperio Brasileiro, es decir, casi toda la Europa y casi toda la América del Sud!

Vergüenza a los bribones, que no han hallado otras personas que se ligen a su menguada causa, que Peel, Guizot, Aberdeen, Thiers, O'Connell, y los dos monarcas más libres y más ilustrados del Universo!

Y, vosotros, mentecatos emigrados argentinos, en América; pues que estáis contentos, a la vista de la situación de vuestro país, ¿no estáis viendo la desgracia que os espera, de poder volver a vuestro suelo, a vuestras casas, al seno de vuestras familias? Llorad, locos; pues estáis al borde del peligro de veros entre los vuestros, de un día para otro, ni más ni menos que como ciudadanos, como propietarios, como funcionarios, como hijos del país, en fin; sin poder saborear más los dulces placeres de vivir en tierra extraña; y con esta desgracia, la de no tener *facultades omnímodas* en el país, cosa que conviene tanto al progreso de los argentinos: y con estas dos desgracias, la de ver lo más recóndito, privado e interior del país, lleno de ingleses y franceses, contra el tenor expreso de la ley de Repoblación Indiana (de 17 de Octubre de 1602).

que manda *se limpie la tierra de gente extranjera, por ser poco segura en las cosas de nuestra fe católica*; y mayormente contra otra ley de Felipe IV, de 8 de Agosto de 1621, que prohíbe que los extranjeros entren a las provincias interiores a comerciar, porque *pueden defraudar los derechos de alcabalas de los puertos*.

Y, por fin, ¿quién os quitará la ignominia de haberos ligado al extranjero para volver contra la tiranía hija del país, es decir, contra el crimen nativo de la tierra?

Puede ser que algún sofista, como Chateaubriand, os diga, en su *Congreso de Verona*, por ejemplo (cap. XXXI): "Un reproche grave se ligará a la memoria de Bonaparte: hacia el fin de su reinado tornó tan pesado su yugo, que el sentimiento hostil al extranjero se amortiguó; y una invasión, hoy de doloroso recuerdo, en el momento de consumarse tomó el aire de una campaña de libertad. Los Lafayette, los Laujuinais, los Camilo-Jordan, los Ducis, los Lemercier, los Chenier, los Benjamín Constant, erguidos en medio de la multitud impetuosa, se atrevieron a despreciar la victoria y protestar contra la tiranía".

Pero, quién no sabe que esto podía decirse de Napoleón, ese general poltrón y sedentario; mientras que sería absurdo aplicarlo al general Rosas, vencedor en *Marengo, Jena, Austerlitz, etc.*? Podía ser tolerable el apoyo del extranjero para echar abajo al autor de los *Cinco Códigos franceses* y otras ba-

gatelas de este género; pero quién disculparía jamás la unión con extranjeros, para derrocar al glorioso fundador de la *mazorca*, al ilustre Restaurador de las leyes no escritas; y que en vez de *cinco códigos*, ha hecho uno solo de su grande, heróica y desmedida voluntad?

Me citaréis también este otro retazo del mismo Chateaubriand, restaurador, inconsecuente, que viene a perjudicar con sus libros al restaurador argentino? "Abstengámonos, pues, de decir que aquellos a quienes la fatalidad conduce a pelear contra un poder de su país, sean unos miserables; en todo tiempo y en todo país, desde los griegos hasta nosotros, todas las opiniones se han apoyado en las fuerzas que podían asegurarles su triunfo. — Algún día se leerá en nuestras *Memorias* las ideas de M. de Malesherbes sobre la emigración. No conocemos en Francia un solo partido que no haya tenido hombres en el suelo extranjero, mezclados con los enemigos y marchando contra la Francia. Benjamín Constant, ayudante de campo de Bernadotte, servía en el ejército aliado que entró en París, y Carrel fué tomado con las armas en la mano en las filas españolas." (*Congrés de Verone, XXXVII*).

¿Me diréis que Constant, es una de las más bellas reputaciones de la Francia liberal; que Carrel, es el orgullo de todos los partidos y colores franceses; que Chateaubriand, el defensor de su delito de haber buscado fuera de la Francia apoyos para la li-



bertad francesa, es la lealtad misma? Os lo conserderé todo, a más no poder.

Pero sabéis la razón por qué Chateaubriand escribió todo eso, en su *Congreso de Verona*? — Es porque como Bardo que tiene el don de adivinación: como agorero, que más de una vez ha visto claro lo que ocultaba el porvenir, supo antes de 1840, que en 1845 debía suscitarse una cuestión entre franceses e ingleses por un lado; y el general Rosas y los suyos por otro; y que era preciso tener hecha la defensa y vindicación de los americanos que se uniesen a los europeos. Buen pájaro es el tal vizconde de Chateaubriand! Por fortuna, su intriga está descubierta. Y por más que sea cierto que Constant y Carrel, en Francia, son nombres que irradian gloria y honor, no obstante que se unieron al extranjero para pelear contra el despotismo de su país, no se conseguirá vindicar del mismo modo a los Lavalle, los Paz, los Rodríguez, los Suárez, los Olavarria, los Díaz Vélez, los Viamonte y mil otros, que pelearon desde la niñez en defensa de la América; en aquella grande época en que el general Rosas se nutría y alimentaba en oscuro y neutral reposo, reservándose para defender el Continente Americano (también los Estados Unidos y el Pacífico, están bajo la égida del Restaurador), en 1845 contra los ingleses y franceses, que vienen a conquistarlo de punta a cabo, con 30 buques de guerra, por más que lo contrario digan Ouseley y Deffaudis, en su nota de 4 de Agosto, venida a la

prensa de Chile por la vía de Rio Janeiro, y por la Cordillera, a sepultarse en los archivos de la Legación Argentina, donde duerme ignorada, en interés de la integridad territorial del nuevo Continente.

He aquí el modo como se expresan en dicha nota, los falaces interventores: —“El espíritu de la misión que ha sido confiada a los dos plenipotenciarios de Inglaterra y Francia es el desinterés más

Francia e Inglaterra

perfecto.”

“Los abajo firmados no descenderán a refutar las absurdas calumnias que atribuyen a las dos Potencias mediadoras pérfidos proyecto de invasión. Mas declaran de común acuerdo, que no pretenden de ninguna manera reservar para sus Gobiernos la más mínima parte de esa influencia dominadora e ilegítima que combaten y combatirán siempre de parte del Gobierno de Buenos Aires. Cualquiera que sea el jefe que el pueblo oriental juzgue a propósito poner a su frente, en tanto que pueda elegirlo en plena libertad y por la aplicación franca de sus leyes constitucionales, los abajo firmados están prontos a reconocerle y saludarle en nombre de

Inglaterra y Francia

Francia e Inglaterra

*Ouseley y Deffaudis*

*Deffaudis y Ouseley*

¿Queréis una prueba de que estas protestas no son sino falaces y engañosas protestas? La que-

réis? — Pues bien: sabed que también las hicieron en 1838 los franceses. ¿Y sabéis cuál fué el resultado? Lo queréis saber? — Pues bien: sabed que acabada la cuestión no se reservaron una pulgada de territorio argentino ni oriental. — Por qué, pues, en vista de un antecedente semejante, no hemos de temer que esta vez protesten también engañosamente, un desinterés que no tienen?

Tened prudencia, pueblos del Plata; y acoged con fe la amigable admonición de la América, más experimentada que vosotros. — Manejaos en las grandes crisis, en las situaciones dudosas y árduas, por el ejemplo de los que han atravesado ya las crisis y resuelto el problema de las situaciones más oscuras. — Resolver el problema de la sociabilidad del nuevo continente; de su orden definitivo, y estable; de su sistema permanente y adecuado de gobierno, es cosa más llana que beberse una copa de *champagne*, para que os lancéis en los caminos nuevos y desconocidos de un arreglo sólido y constante por contactos extranjeros. Os habla la América *constituída*, con el aplomo de la vieja Inglaterra, desde lo alto de su cultura, sazónada por los profundos contrastes y dilatada experiencia: pondréis su competencia en duda?

Si no la concedéis mayores luces sobre el problema de su organización social, concededla al menos el derecho de tributaros el homenaje de su compasión, por desgracias de que ya está libre y jamás la afligirán. ¡Que así sea, es, por lo menos, nuestro cordial anhelo!

ACCION DE LA EUROPA EN AMERICA

NOTAS DE UN  
ESPAÑOL AMERICANO

A PROPÓSITO DE LA INTERVENCIÓN AN-  
GLO-FRANCESA EN EL PLATA

La América está poblada de naciones nuevas, que presentan ya un pábulo considerable a los especuladores europeos. Estos vastos países, tan ricos en materias primas que no se encuentran en nuestro clima, necesitan de todo lo que nuestra civilización produce. Nos hemos acostumbrado a no ver más que las turbulencias que ha suscitado su independencia, y olvidamos que *esa independencia es la que ha creado tales riquezas...*

(SALVANDY. *Informe de la Comisión, relativa a la navegación trasatlántica.*)

TENEMOS a la Europa, en estos momentos, delante del Rio de la Plata, no ya como en el siglo

XV, para someter hordas salvajes, ni recomenzar la esclavitud deshecha por la Europa misma, sino para iniciar conquista de otro orden, si conquistas pueden llamarse los avances y progresos que el espíritu de orden, de industria, de paz, de prosperidad, que distingue a la Europa de este siglo y que ella lleva a todas partes, hace en estos países.

La Europa, el solo nombre de la Europa, despierta antipatías en ciertos corazones; en otros produce temores de perdición y esclavitud.

Estos sentimientos son dignos de examen. Ellos constituyen un estado de enfermedad en nuestros países, que es aciago a la causa de su prosperidad.

Es hora de entrar en este examen.

Los reyes de España nos enseñaron a odiar bajo el nombre de *extranjero* a todo el que no era español.

Los libertadores americanos de 1810, comprendiendo a la España en la Europa, nos enseñaron a odiar bajo el nombre de enemigo de América, a todo el que era europeo. La cuestión de guerra se estableció en estos términos: — *Europa y América*.

Aquel odio se llamó *lealtad*. Este, *patriotismo*. En su tiempo uno y otro fueron resortes oportunos.

Pero su tiempo pasó. El odio no es ley de eterna vigencia. Sin embargo, ellos mantendrán hondas raíces, porque fueron establecidos por las leyes y los usos. En esta vida artificial y falsa, se

conservan con el nombre de preocupación y error, como en efecto lo son.

¿Qué nos enseña entretanto la luz de la razón desembarazada del influjo del error rutinario?

Que la patria no es el suelo. Suelo tenemos hace tres siglos; pero no tenemos patria sino desde 1810. La patria, es la libertad, el orden, la riqueza, la civilización en el suelo nativo, organizados bajo la esencia y en nombre del mismo suelo.

Todo esto nos ha traído la Europa; es decir nos ha traído la noción del orden, la ciencia de la libertad, el arte de la riqueza, los principios de la civilización. Estas cosas no conocían los indígenas.

La Europa, pues, nos ha traído la patria, si agregamos que nos trajo hasta la población que constituye el personal y cuerpo de la patria.

Todo, en la civilización de nuestro suelo, es europeo. Podríamos definir la América civilizada, diciendo que es la Europa establecida en América.

Si en esta parte de América se ofrece una línea capaz de separar lo europeo de lo americano, esta línea es el Bío-Bío: todo lo que está al otro lado es americano neto; todo lo que a éste, es europeo.

Este examen es curioso. Seguidme en él con un poco de paciencia, caro Redactor.

La América es un descubrimiento europeo. El europeo Colón la descubrió; la europea Isabel, fomentó el descubrimiento: los europeos Cortés, Pizarro, etc., la poblaron de esta gente que hoy la

posee, que no es indígena ciertamente. El europeo Valdivia, y no un chileno fundó a Chile.

El nombre que América lleva es europeo. El europeo Américo Vespucio se lo dió. Echad una mirada por su geografía. Sus ríos, sus lagos, sus montes, sus cabos, istmos, y rasgos más notables llevan nombres europeos.

Todas sus ciudades son levantadas por la mano del europeo, desde la piedra más fundamental, hasta el último de sus monumentos de arte; y apellidadas con nombres europeos. A este respecto la obra de la Europa en América se mantiene sin rival hasta hoy. Los europeos, llamados americanos, por haber nacido en América de padres españoles, nada han hecho en el tiempo de su independencia que merezca compararse a lo que dejó la Europa.

Hemos historiado con mucho talento el mal que nos dejó. Pero hemos silenciado, no sé si con talento, el bien que también nos hizo, por la mano de la España.

Quiero ceñirme a Chile, para ser mejor comprendido, y hablar de sus monumentos y obras más notable.

La Catedral, edificio español, — hecho en tiempo del gobierno español.

—Santo Domingo, — edificio español.

La Casa de Moneda, — monumento español.

Los palacios, — trabajos españoles.

El puente, el tajamar, — robustos trabajos que

descubren la mano de Carlos IV. cuyo nombre llevan.

El camino de Valparaiso, — soberbio trabajo de ingenio civil, debido al antiguo gobierno español.

El canal de Maipo, — pensamiento y plan de concepción española.

Esto es todo el Chile monumental.

Ultimamente Santiago entero, fué trazado y edificado por los españoles europeos; como lo fueron todos los pueblos del Reino chileno.

Comparad su geografía de este momento, a su geografía de 1810, y mostradme las grandes mudanzas. Me mostraréis líneas administrativas, calcadas aun esas, sobre líneas españolas; pero no ciudades nuevas. Al contrario; — Osorno, Valdivia, Villarrica, la Imperial, son datos geográficos que borró la mano del indígena.

En vez del nombre *español* que aquí he usado, poned  *europeo*, y me tenéis en mi tésis.

A las cosas, a los objetos, agregad las personas, los hombres que constituyen la América actual. Toda su población, o la población que la representa, es europea. El indígena no figura, ni compone mundo en nuestro orden político.

Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Nuestro cráneo, nuestra sangre, son de molde europeo.



El indígena nos hace justicia: nos llama *españoles hoy mismo*.

Nuestros nombres son europeos. No conozco persona distinguida en nuestras sociedades, de apellido *pehuenche* o *araucano*.

Nuestro idioma es europeo. Para humillación de los que reniegan de la influencia europea, tienen que maldecirla en lengua europea. El idioma español lleva consigo el nombre.

Nuestra religión es europea. Sin la Europa, hoy la América estaría adorando al sol, a los árboles, a las bestias; quemando hombres en sacrificio; y no conocería el matrimonio.

La mano del europeo plantó la cruz de Cristo en América, antes gentil. ¡Bendita sea la mano de la Europa!

Nuestras leyes civiles son europeas; lo son hasta hoy en toda su pureza, no obstante los 35 años llamados de América.

Nuestra administración económica e interna, es europea, es española.

Nuestras constituciones políticas, son adopción de leyes, de sistemas europeos.

Entrad al Instituto, y dadme ciencia que no sea europea: a la Biblioteca, dadme libro que no sea europeo.

Reparad en el traje que lleváis, y será raro que la suela de vuestras botas, sea americana. Fuera de eso, ¿qué no es europeo, incluso el corte, y mil veces incluso la obra misma de manos?

¿Qué llamamos buen tono? — lo que es europeo.

¿Quién lleva la soberanía en nuestras modas, usos elegantes y cómodos? Cuando decimos *confortable, león, dandy, petimetre, fashionable*, no aludimos a cosas de los *araucanos*, ciertamente.

Somos, pues, europeos por la raza y por el espíritu, y nos preciamos de ello. No conozco caballero ninguno que haga alarde de ser indio neto. En cuanto a mí, yo amo mucho el valor heroico de los americanos, cuando los contemplo en el poema de *Ercilla*; pero a fe mía que al dar por esposa una hija o hermana mía, no *daría de calabazas* a un zapatero inglés, por el más ilustre de los príncipes de las monarquías habitadoras del otro lado del *Bio-Bio*.

Somos, pues, lo que llamamos América independiente, la Europa establecida en América. Nuestra revolución, es la desmembración de un poder europeo, en dos mitades, que hoy se manejan por sí.

No maldigamos al europeo; porque el europeo y nosotros, somos la misma cosa.

A la Europa debemos todo lo bueno que poseemos, incluso nuestra raza, mucho mejor y más noble, que las indígenas, aunque lo contrario digan los poetas, que siempre se alimentan de la fábula.

¿Cómo hizo la Europa para acarrear en este continente lo bueno que dejó?

Lo trajo en sus hombres, en sus colonos.

En efecto, a excepción del caso de la Europa del

V siglo, vemos que los dogmas no se infunden en el salvaje. El salvaje muere con su culto.

Ni las leyes, ni las religiones, ni las ideas viajan solas. El hombre es el mejor conductor. O mejor, la ley que no está encarnada en un uso, o costumbre, no es ley. Su texto escrito, es un papel cadavérico. La Europa debió venir con el europeo. La conquista fué necesaria. Sin ella, hoy sería bárbara la América, de punta a cabo.

Lamente Humboldt cuanto quiera la pérdida de la civilización primitiva de los mejicanos. El gran Motezuma, al fin, era un gran salvaje, monarca de salvajes como él, sin religión verdadera, sin ciencias, sin leyes, sin instituciones cultas. El mejor de sus monumentos arquitectónicos, no vale una cornisa o un arco griego, o arabesco, de los que debemos a España.

Acriminamos a los españoles de que nos gobernaron por tres siglos, de que nos llevaron nuestros tesoros. ¡Nimiedades, pobreza!

No se descubre, conquista y puebla un mundo, para botarlo a la calle. El poseedor debía conservar su tesoro; y para conseguirlo, esconder del poseído, el secreto de su emancipación.

¡Se llevó nuestro oro! — Y olvidamos que nos trajo el cristianismo, el derecho romano, la lengua española, las ciencias y las artes de la Europa; nos dió en fin el mundo que habitamos. ¿Todo esto no vale más que el oro descubierto y por descu-

brirse? ¡Grande España! nada te hemos dado en comparación de lo que mereces.

Culpamos tu atraso, tus errores, y lo singular es que sin haber hecho nada mejor que tú.

No necesito más que atravesar la plaza de Santiago, y observar las bellas formas de su Catedral, para admirar el descaro con que hemos llamado nulos a los españoles. En cien años de progresos no seremos capaces de hacer obras semejantes

El atraso, por otra parte, no es peculiar de España. Yo abro su Constitución, en el capítulo que dice — *son españoles*, — y no encuentro el atraso declarado súbdito de aquella nación.

En el siglo XV, la España trajo todo lo mejor que había en Europa. Trajo la última expresión de la edad media y el Renacimiento. En ese estado han permanecido por tres siglos la metrópoli y las colonias. Durante este tiempo, no ha tenido un bien ni un mal que no haya dividido con sus hijos. Por qué culparla, pues, de males sufridos en común?

Con la revolución acabó en América la Europa española, que nos presentó la civilización naciente del otro continente.

¿Quién fué el triunfador? — La Europa inglesa y francesa, que representaba la civilización de los últimos siglos.

Esa civilización después de triunfar en el otro continente, pasó a este, donde hoy lucha por con-

quistar victorias, pero de otro género y por otros medios que los pasados.

Los americanos de hoy, no somos sino europeos que hemos cambiado de maestros; a la iniciativa española, ha sucedido la inglesa y francesa.

Pero siempre es la Europa la que impera en América: siempre es europeo cuanto aquí existe.

En este nuevo período todo ha cambiado. Todo es nuevo y diferente: los medios, el sistema, el terreno.

La Europa contemporánea viene hoy a completar en América, la obra de la Europa de la edad media.

Porque la obra de nuestra civilización está incompleta, está recién a la mitad: y es la Europa, la autora de la primera mitad, la que debe serlo de la segunda.

¿Por qué medio? ¿por la conquista militar?

No.

Ya la América está conquistada. Ya es europea; y por lo mismo ya es inconquistable.

La guerra de razas y conquista, supone civilizaciones inconciliables, estados opuestos — el salvaje y el europeo, por ejemplo.

Este antagonismo no existe. El salvaje está vencido. Aquí no tiene dominio, ni señorío. Nosotros, europeos de casta y de civilización, somos los dueños de América. Somos invencibles. La América es una fortaleza con un foso de mil leguas de an-

cho, que es el mar que la rodea. Esta es la obra de Dios.

Tiene además una guarnición de 40 millones de hombres. Tiene el caballo árabe, máquina de guerra que no montó Motezuma; la pólvora y el arte militar. La Europa la pertrechó así. Es tarde, pues para que piense en acometer lo que ella misma hizo intomable.

¿Qué son, pues, sus pretensiones actuales?

No son bélicas ciertamente, no son de su misión. ¿Cómo, ni a qué someter un mundo civilizado? La Europa de este siglo, no será la plagiaria del siglo XV. Ya los cerros de Méjico y Potosí, están agotados. Ya el oro no es toda su riqueza. No se descubre ni conquista lo descubierto y conquistado.

Además la Europa sabe que nada es más caro que el esclavo. Los brazos atados, no pueden producir. ¿La Inglaterra no pacta la abolición de los esclavos por todas partes? Los Estados Unidos, le dan hoy el doble de lo que le daban siendo colonia inglesa.

—¿Qué quiere, pues, la Europa hoy día en estos países?

—*Civilización*: es decir, industria, riquezas, garantías, paz, libertades.

—¿Qué ambiciona la América?

—*Civilización* también. Luego la Europa y la América están de acuerdo?

—Sí, ciertamente.

—¿Quién se opone a ello?

—Los que no quieren la civilización: los que representan el espíritu pasado y viejo: los egoistas; los que quieren el mando personal: los que no quieren que haya garantías, orden, libertad, para los ciudadanos.

Esos niegan a la Europa, lo que niegan a la América. ¿Qué extraño es, pues, que la Europa abrigue hacia ellos las mismas quejas que tiene la América?

La América, impotente y vencida por sus tiranos, se entrega a su dominación.

La Europa, fuerte y dotada de medios de resistir, no se rinde, sino que se opone y resiste.

He aquí el sentido general de sus reclamaciones. Ellas son las mismas que la América abriga. *Paz, orden, libertad, prosperidad*: es el voto común.

Los egoistas, esos ladrones del poder público, llamados tiranos, los verdaderos conquistadores, porque no es preciso venir de fuera para conquistar, finjen que Hernán Cortés y Pizarro están de vuelta: y tomando las vestiduras primitivas de Motezuma y los Incas, invocan, en lengua española, a Chacabuco y Maipo, como si estos triunfos hubiesen sido obtenidos por *pehuenches* o indios salvajes!

Las ficciones de nuestros guerreros de 1810, eran justificables, porque al fin levantaban del campo de sus victorias estandartes europeos, y ofre-

cían listas de muertos que no habían sido bautizados en las parroquias de América.

Pero el *Motezuma* del Plata, ese salvaje apócrifo, ¿qué estandartes quita en sus guerras que llama contra el europeo? Estandartes americanos.

¿Qué sangre es la que derrama? Sangre americana.

Singular modo de defender la América asesinando y humillando a los americanos.

Jamás quitó una cucarda, ni derramó una gota de sangre europea.

Mientras el Gobierno inglés colonizaba el archipiélago argentino de las *Malvinas*, el *Grande Americano* bebía en la misma copa con el representante del Gobierno usurpador. Hoy que la Inglaterra le estorba de matar a los americanos, grita al momento: ¡conquista, conquista! El asesinato es para él, inmunidad americana. Estorbarle el ejercicio de este crimen, es atacar la América.

Este miserable, sin embargo, tiene defensores en hombres rectos. Démonos cuenta de esta anomalía. Veamos como el error inocente, es cooperador del espíritu culpable.

Los guerreros de 1810, por quienes tengo la veneración que el pueblo por los mártires revestidos de la canonización papal, no son, sin embargo, para mí los que poseen ideas más acertadas sobre el modo de hacer prosperar la América, que con tanto acierto supieron sustraer al poder español.



Las ficciones de patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que se valieron como medios de guerra convenientes al momento, los dominan y poseen hasta hoy. Después de haber representado una necesidad real y grande de la América en un momento dado, hoy desconocen hasta cierto punto las nuevas exigencias de nuestro continente. La gloria militar los preocupa aun, sobre el interés de progreso.

Para ellos el ideal de la grandeza americana, está en este cuadro de circunstancias: —*coronada su sien de laureles y el león a sus plantas rendido*. La actitud es bella, pero su perpetuidad la haría impertinente.

A la necesidad de gloria ha sucedido la necesidad del provecho y de la comodidad; y el heroísmo guerrero no es el órgano más competente para representar las necesidades prosaicas del comercio y la industria.

La América está llamada a la industria, no a las armas. Pero la industria tiene un honor peculiar, que difiere del honor militar. El honor moderno, es menos susceptible, menos asustadizo, que el honor antiguo o feudal, tipo del honor guerrero.

Así, en la pendiente de progreso que remonta la América, nuestros padres, fatigados, han quedado más abajo que nosotros; y nuestros ojos, sin tanta experiencia y saber como ellos tienen, ven no obstante más lejos y más claro en lo que toca a las nuevas conveniencias del mundo americano. En-

morados de su obra, se asustan de todo lo que puede comprometerla.

Nosotros, más fijos en la obra de la civilización, que en la del patriotismo de cierta época, vemos venir sin pavor, todo cuanto la América puede producir en acontecimientos grandes. Penetrados de que su situación actual es de transición, de que sus destinos futuros son tan grandes como desconocidos, nada nos pasma y en todo fundamos sublimes esperanzas. Ella no está bien, esa es nuestra fe. Está desierta, solitaria, pobre. Pide población, prosperidad.

¿De dónde le vendrá esto al presente? De donde la primera vez le vino: de la Europa, es nuestra fe también.

¿Cómo? ¿En qué forma? — Como en la primera vez vino. Ella nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las poblaciones, en las emigraciones que nos envíe.

Cada europeo que viene, nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica en estos países, que el mejor libro de filosofía. Se comprende mal la perfección que no se ve, toca y palpa. El más instructivo catecismo, es un hombre laborioso.

¿Queremos plantear en América la libertad inglesa, la cultura francesa? Traigamos pedazos vivos de ellas en los hábitos de sus habitantes, y radiquémoslos aquí.

¿Queremos que los hábitos de orden y de in-

industria prevelezcan en nuestra América? Llenémosla de gente que posea hondamente esos hábitos. Ellos son pegajosos: al lado del industrial europeo, pronto se forma el industrial americano.

La planta de la civilización, difícilmente se propaga por semilla.

Es como la viña, que prende y cunde de gajo.

La actual población, es una rama trasplantada de la Península española. Para que el huerto sea completo, plantemos a su lado árboles de otros países, que den otros frutos, más sabrosos y variados.

He aquí el modo como la América, hoy desierta, debe ser un mundo opulento alguna vez.

Esta verdad es experimental, sale de lo que se observa en Norte América. La reproducción natural es un medio imperfecto y lento.

¿Queremos grandes Estados en poco tiempo? Traigamos sus elementos ya preparados y listos de fuera.

Sin grandes poblaciones, no hay grandes cosas. Todo es mezquino y pequeño.

Aviso a los hombres de Estado Americanos:—

Las escuelas primarias, los caminos, los bancos, son, por sí solos, mezquinísimos medios, sin las grandes empresas de producción, hijas de las grandes porciones de hombres.

Haced pasar al roto, unidad elemental de nuestras masas, por todas las transformaciones del mejor sistema de educación: en cien años no haréis de

él un obrero inglés, que trabaja, consume y vive, digna y confortablemente.

Poned el millón que forma la población media de cada una de nuestras Repúblicas, en el mejor pie de educación posible. ¿Tendréis con eso un grande y floreciente Estado? Ciertamente que no. Un millón de hombres en un grande territorio, es miserable población.

Es que, educando nuestras masas, tendremos orden; teniendo orden vendrá población de fuera, me diréis.

Os diré entonces, que invertís el verdadero método de progreso.

No tendréis orden ni educación popular, sino por el influjo de masas introducidas con arraigados hábitos de ese orden y buena educación.

Multiplícad la población seria; y veréis a los vanos agitadores, desairados y solos con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido en ocupaciones grave.

¿Cómo obtener todo esto? más fácilmente que gastando millones en tentativas mezquinas de mejoras interminables.

Comenzad por comprenderlo y creerlo así. Firmad tratados con el extranjero, en que déis garantías de que sus derechos naturales de propiedad, de libertad, de seguridad, adquisición y tránsito, les serán respetados. Esos tratados son la más bella parte de la Constitución.

Y cuando en el desorden en que vivimos, se ha-

ya faltado a esto, y el Gobierno nacional del perjudicado reclame lo pactado, no os enfadéis por eso al momento, ni gritéis: ¡conquista, ofensa!

No va bien tanta susceptibilidad a pueblos nacientes, que para prosperar necesitan de todo el mundo. Para cada edad y situación, hay un honor especial. Comprender el que conviene a nuestra edad y situación, es importante deber. Seamos mirados para desnudar la espada. No porque somos débiles; sino porque nuestra inexperiencia, desorden y violencia normales, nos dan la presunción de culpabilidad ante el mundo, en todos nuestros conflictos y disputas.

El coraje y la victoria nos darán laureles. Pero el laurel, es planta estéril para América. No produce fruto de sólido provecho. Vale más la espiga modesta de paz. Esa espiga es de oro, no en la lengua del poeta, sino en la del economista.

Los Estados Unidos tienen en sus templos menos estandartes quitado al vencido que nosotros, menos glorias militares; pero valen algo más que nosotros.

Ellos no aborrecen al europeo. Al contrario le atraen, no generosa sino diestramente, y le asimilan a su población. Así, en 20 años, improvisan Estados nuevos; porque toman las piezas hechas para su formación. La bandera estrellada, no por eso, es menos grande y brillante.

Dejemos a los héroes con los tiempos semi-bárbaros a que pertenecen.

El tipo del héroe americano en lo futuro, no es Napoleón sino Wáshington. A los héroes de la guerra, han sucedido los héroes del orden y la paz.

Reducir 8 mil hombres en dos horas; he ahí el heroísmo del hombre de Estado moderno.

El censo de la población es la mejor medida de la capacidad de un ministro americano. Sin población, no habrá nada en América. ¿Para qué los caminos si no hay caminantes, ni qué transportar? Sin abundante peaje, las grandes rutas son imposibles.

Bolivia, es cuerda en abandonar la exploración del *Pilcomayo*. Esa no es empresa suya por ahora. Que la América abra sus entrañas al comercio libre del mundo; y sus desiertos ríos se verán navegados y florecientes instantáneamente, sin esfuerzo ni sacrificio.

He aquí la gran cuestión: y su hora ha sonado por fortuna.

Desde la mitad del siglo XVI, la América interior y mediterránea ha sido un sagrario impenetrable para la Europa-no-peninsular. Está por sonar la hora de su franquicia absoluta y general. En 300 años no ha ocurrido un momento más solemne para el mundo de Colón.

La Europa del momento no viene a tirar cañonazos a esclavos. Quiere sólo quemar carbón de piedra en lo alto de los ríos, que hoy corren para los peces. Cuando la campana del vapor haya sonado delante de la solitaria y virginal Asunción, la sombra de Suárez quedará atónita a la presencia de es-

tos nuevos misioneros, que visan empresas desconocidas a los jesuitas del siglo XVIII. Las aves, poseedoras hoy de los encantados bosques, darán un vuelo de espanto. Y el salvaje del Chaco apoyado en el arco de su flecha, contemplará con tristeza, el curso de la formidable máquina, que le intimida el abandono de aquellas márgenes. Resto infeliz de la criatura primitiva: decir adiós al dominio de vuestros pasados. La razón despliega hoy sus banderas sagradas, en el país que no protegerá más con asilo inmerecido, la bestialidad de las más noble de las razas. Os quedan dos caminos de salvación en lo futuro: o el altar del cristiano, por donde se monta al cielo: o el abismo de los ríos, por donde se pasa a la nada de los brutos. Elegid uno, porque no hay término medio.

---

(1) Smith, "Riqueza de las Naciones", libro V, cap. I.

## LA REPUBLICA ARGENTINA 37 AÑOS DESPUES DE SU REVOLU- CION DE MAYO

Toutes les aristocraties, anglaise, russe, allemande, n'ont besoin que de montrer une chose en temoignage contre la France: — les tableaux qu'elle fait d'elle même par la main de ses grands écrivains, amis la plupart du peuple et partisans du progrès.

.....

Nul peuple ne resisterait a une telle épreuve. Cette manie singulière de se dénigrer soi-même, d'étaler ses plaies, et comme d'aller chercher la honte, serait mortelle á la longue.

J. MICHELET.

HOY más que nunca, el que ha nacido en el hermoso país situado entre la Cordillera de los Andes y el Río de la Plata, tiene derecho a exclamar con orgullo: *soy argentino*.



En el suelo extranjero en que resido, no como proscrito, pues he salido de mi patria según sus leyes, sino por franca y libre elección, como puede residir un inglés o un francés alejado de su país por conveniencia propia; en el lindo país que me hospeda y tantos goces brinda al que es de fuera; sin hacer agravio a su bandera, beso con amor los colores argentinos y me siento vano al verles más ufanos y dignos que nunca.

La verdad sea dicha sin mengua de nadie: los colores del Río de la Plata, no han conocido la derrota ni la defección. En las manos de Rosas o de Lavalle, cuando no han patrocinado la victoria, han presidido la libertad. Si alguna vez han caído en el polvo, ha sido ante ellos propios; en guerra de familia, nunca a la planta del extranjero.

Guarden, pues, sus lágrimas, los generosos llorones de nuestras desgracias; a pesar de ellas, ningún pueblo de esta parte del Continente tiene derecho a tributarnos piedad.

La República Argentina no tiene un hombre, un suceso, una caída, una victoria, un acierto, un extravío en su vida de nación, de que deba sentirse avergonzada. Todos los reproches, menos el de villanía. Nos viene este derecho de la sangre que corre en nuestras venas: es la castellana: es la del Cid, la de Pelayo.

Lleno de efusión patriótica, y poseído de esa imparcialidad que da el sentimiento puro del propio nacionalismo, quiero abrazarlos todos y encerrar-

los en un cuadro: cegado alguna vez, del espíritu de partido, he dicho cosas que han podido halagar el oído de los celos rivales; que me oigan ellos hoy algo que no les parecerá tan halagüeño: ¿no habrá disculpa para el egoísmo de mi patriotismo local, cuando la parcialidad en favor del propio suelo es un derecho de todos?

Me conduce a más de esto, una idea seria; y es la de la necesidad que todo hombre de mi país tiene de recapacitar hoy sobre el punto en que se halla nuestra familia nacional; qué medios políticos poseemos sus hijos; qué deberes nos cumplen; qué necesidades y votos forman la orden del día de la afamada República Argentina.

No sería extraño que alguien hallase argentino este panfleto, pues voy a escribirle con tintas de colores blanco y azul.

Si digo que la República Argentina está próspera en medio de sus conmociones, asiento un hecho que todos palpan: y si agrego, que posee medios para estarlo más que todas, no escribo una paradoja.

No habrá hombre que me niegue que su estado es respetable, y que él nada tiene de vergonzoso. ¿Por qué no decirlo alguna vez con la frente descubierta? La República Argentina, ha podido conmover la sensibilidad extraña con los cuadros de su guerra civil; ha podido parecer bárbara, cruel; pero nunca ha sido el ridículo de nadie; y la des-

gracia que no llega hasta la befa, está lejos de ser la última desgracia.

En todas épocas la República Argentina aparece al frente del movimiento de esta América. En lo bueno y en lo malo su poder de iniciativa es el mismo: cuando no se remeda a sus libertadores, se imita a sus tiranos.

En la revolución, el plan de Moreno da la vuelta a nuestro continente.

En la guerra, San Martín enseña a Bolívar el camino de Ayacucho.

Rivadavia da a la América el plan de sus mejoras e innovaciones progresivas. ¿Qué hombre de Estado antes que él, puso a la orden del día las cuestiones de caminos, canales, bancos, instrucción pública, postas, libertad de cultos, abolición de fueros, reforma religiosa y militar, colonización, tratados de comercio y navegación, centralización representativa, sistema electoral, aduanas, contribuciones, leyes rurales, asociaciones útiles, importaciones europeas de industrias desconocidas? La compilación de los decretos de su época, es un código administrativo perfecto; como los decretos de Rosas, contienen el catecismo del arte de someter despóticamente y enseñar a obedecer con sangre.

De aquí a veinte años, muchos Estados de América se reputarán adelantados porque estarán haciendo lo que Buenos Aires hizo treinta años ha; y pasarán cuarenta, antes que lleguen a tener su respectivo Rosas. Digo su Rosas, porque lo tendrán.

No en vano se le llama desde hoy, hombre de América. Lo es en verdad, porque es un tipo político, que se hará ver al derredor de América, como producto lógico de lo que en Buenos Aires lo produjo y existe en los Estados hermanos. En todas partes el naranjo, llegando a cierta edad, da naranjas. Donde haya repúblicas españolas, formadas de antiguas colonias, habrá dictadores llegando a cierta altura el desarrollo de las cosas.

No se aflijan ellas por esta idea. Esto es decir que avanzarán tanto como hoy lo está la República Argentina, no importa por qué medios. Rosas es un mal y un remedio a la vez: la América lo dice así respecto de Buenos Aires; y yo lo reproduzco como verdadero, respecto de la América, para más adelante.

No es un maligno y vengativo presagio de un mal deseado. Aunque opuesto a Rosas, como hombre de partido, he dicho que escribo esto con colores argentinos.

Rosas no es un simple tirano a mis ojos. Si en su mano hay una vara sangrienta de fierro, también veo en su cabeza la escarapela de Belgrano. No me ciega tanto el amor de partido para no conocer lo que es Rosas, bajo ciertos aspectos.

Sé, por ejemplo, que Simón Bolívar no ocupó tanto el mundo con su nombre, como el actual gobernador de Buenos Aires.

Sé que el nombre de Wáshington, es adorado en el mundo, pero no más conocido que el de Rosas.

Los Estados Unidos, a pesar de su celebridad, no tienen hoy un hombre público más espectable que el general Rosas. Se habla de él popularmente de un cabo al otro de América, sin haber hecho tanto como Cristóbal Colón. Se le conoce en el interior de Europa, más o menos como a un hombre visible de Francia o Inglaterra; y no hay lugar en el mundo donde no sea conocido su nombre, porque no hay uno a donde no llegue la prensa inglesa y francesa, que hace diez años le repiten día por día. ¿Qué orador, qué escritor célebre del siglo XIX no le ha nombrado, no ha hablado de él muchas veces? Guizot, Thiers, O'Connell, Lamartine, Palmerston, Aberdeen, ¿cuál es la celebridad parlamentaria de esta época que no se haya ocupado de él, hablando a la faz de la Europa? Dentro de poco será un héroe de romance: todo está en que un genio joven, recordando lo que Chateaubriand, Byron y Lamartine deben a los viajes, se lance a través del Atlántico, en busca del inmenso y virginal terreno de explotación poética, que ofrece el país más bello, más espectable y más abundante en caracteres sorprendentes del Nuevo Mundo.

Byron, que alguna vez pensó en visitar a Venezuela, y tanto ansió por atravesar la línea equinoccial, habría sido atraído a las márgenes del inmenso Plata, si durante sus días hubiese vivido el hombre que más colores haya podido ofrecer, por su vida y carácter, a los cuadros de su pincel diabólico y sublime: Byron era el poeta predestinado de

Rosas; el poeta del Corsario, del Pirata, de Mazze-  
pa, de Marino Faliero. Sería preciso que el héros co-  
mo el cantor, pudieran definirse *ángel* o *demonio*,  
como Lamartine llamó al autor de *Childe-Harold*.

Sería necesario no ser argentino para desconocer  
la verdad de estos hechos, y envanecerse de ellos,  
sin mezclarse a examinar la legitimidad del dere-  
cho con que ellos ceden en honra de la República  
Argentina, bastando fijarse en que la gloria es in-  
dependiente a veces de la justicia, de la utilidad y  
hasta del buen sentido común.

Así, yo diré con toda sinceridad una cosa que  
considero consecuente con lo que dejo expuesto:  
Si se perdiesen los títulos de Rosas a la nacionali-  
dad argentina, yo contribuiría con un sacrificio no  
pequeño al logro de su rescate. No es más fácil de-  
clarar que explicar el motivo porque me complazco  
en pensar que Rosas pertenece al Río de la Plata.

Pero, cuando hablando así, se nombra a Rosas,  
se habla de un general argentino, se habla de un  
hombre del Plata, o más propiamente se habla de  
la República Argentina. Hablar de la espectabilidad  
de Rosas, es hablar de la espectabilidad del país que  
representa. Rosas no es una entidad que pueda  
concebirse en abstracto y sin relación al pueblo que  
gobierna. Como todos los hombres notables, el des-  
arrollo extraordinario de su carácter, supone el de  
la sociedad a que pertenece. Rosas y la República  
Argentina, son dos entidades que se suponen mú-  
tuamente: él es lo que es, porque es argentino; su

elevación supone la de su país; el temple de su voluntad, la firmeza de su genio, la energía de su inteligencia, no son rasgos suyos, sino del pueblo, que él refleja en su persona. La idea de un Rosas Boliviano o ecuatoriano, es un absurdo. Solo el Plata podía dar por hoy un hombre que haya hecho lo que Rosas. Un hombre fuerte supone siempre otros muchos de igual temple a su alrededor. Con un ejército de ovejas, un león a su cabeza sería hecho prisionero por un solo cazador.

Suprimid Buenos Aires, y sus masas y sus innumerables hombres de capacidad, y no tendréis Rosas.

Se le atribuye a él exclusivamente la dirección de la República Argentina. ¡Error inmenso! El es bastante sensato, para escuchar cuando parece que inicia; como su país, es muy capaz de dirigir cuando parece que obedece.

Rosas, no es Pedro de Rusia. La grandeza argentina es más antigua que él. Rosas es posterior a Liniers en 40 años; a Moreno, a Belgrano, a San Martín, en 30; a Rivadavia en 20. Bajo su dirección, Buenos Aires ha lanzado un nó altanero a la Inglaterra y a la Francia coaligadas; en 1807, hizo más que eso, sin tener a Rosas a la cabeza: despedazó en sus calles quince mil soldados de la flor de los ejércitos británicos, y arrebató los cien estandartes que hoy engalanan sus templos.

En 1810, sin tener a Rosas a su cabeza, hizo ro-

dar por el suelo la corona que Cristóbal Colón condujo al Nuevo Mundo.

En 9 de Julio de 1816, la República Argentina escribió la página de oro de su independencia: y el nombre de Rosas no está al pie de ese documento.

En ese mismo año, los ejércitos argentinos treparon con cañones y caballería, montañas dos veces más altas que el Monte-Cenis y el San Bernardo, para ayudar a Chile a hacer lo que se había consumado al otro lado; pero no es Rosas el que firma los boletines victoriosos de Chacabuco y Maipú, sino el argentino D. José de San Martín.

Toda la gloria de Rosas, elevada al cuadrado y multiplicada diez veces por sí misma, no forma un trofeo comparable en estimación al estandarte de Pizarro obtenido por San Martín, en su campaña del Perú, de 1821.

Esto no es apocar el mérito de Rosas. Esto es agrandar el mérito de la República Argentina; esto es decir que no es Rosas el que ha venido a enseñarle a ser brava y heroica.

De aquí se sigue una conclusión muy lógica y natural, a saber: que no bien habrá dejado Rosas de figurar al frente de la República Argentina, cuando ya otro hombre tan notable como él y otras escenas tan memorables como las suyas, estarán llamando la atención hacia la República, que desde los primeros días de este siglo, nunca dejó de hacerse espectable, por sus hombres y sus hechos.

Pero, hoy mismo, ¿es acaso Rosas y su partido lo



único que ofrezca ella de extraordinario y digno de admiración?

Eso sería ver una mitad de la verdad, y no la verdad entera.

Nadie es grande sino midiéndose con grandes. Se alaba mucho la heroica constancia de Rosas; pero la constancia de su acción ¿no supone la de la resistencia que él trata de extinguir? Si la pertinacia con que Rosas persigue a sus enemigos hace 20 años, ofrece ese interés de una voluntad que no cambia jamás, no es menos digna de admiración la invariable tenacidad con que ellos reaccionan su poder por el mismo espacio de tiempo.

No es mi ánimo entablar aquí un paralelo comparativo del mérito de los dos partidos en que se divide la República Argentina. Mitades de mi país, igualmente queridas, uno y otro, yo quiero hacer ver el heroísmo que les asiste a los dos. En ambos se observan los caracteres de un gran partido político: la América del Sud no presenta en la historia de sus guerras civiles, dos partidos más tenaces en su acción, más consagrados a su idea dominante, más bien organizados, más leales a su bandera, más claros en sus fines, más lógicos y consecuentes en su marcha.

Estas cualidades no presentan tanto relieve en el partido unitario, porque no ha tenido un hombre solo en que él se encarne. No ha tenido ese hombre, porque nunca le tienen las oposiciones, que se pronuncian y organizan militarmente en el seno de

las masas populares; ha tenido infinitas cabezas en vez de una, y por eso ha dividido y perturbado su acción, haciendo estériles sus resultados.

Pero, ¿no es tan admirable como la constancia de Rosas y los suyos, la de esos hombres, que en la patria, en el extranjero, en todas partes luchan hace veinte años, arrojando con firmeza de héroes todas las contrariedades y sufrimientos de la vida extranjera, sin doblegarse jamás, sin desertar su bandera, sin apostatar nunca bajo el manto de esas flojas amalgamas, celebradas en nombre del derecho parlamentario?

Se han hecho reproches a uno y otro, unas veces merecidos, las más veces injustos. El reaccionario teniendo que luchar con masas sin disciplina, improvisando sus soldados, sus jefes, su arreglo y sus recursos, ha sido objeto de desagradables imputaciones. Pero ¿en qué reacción no se vieron excesos de ese género? La santa guerra de la Independencia contra la España, ¿no presentó infinitos rasgos de esos que el brillo del suceso y la justicia han dejado en el silencio? No se oyen hasta hoy murmuraciones secretas contra los grandes nombres de San Martín y Bolívar, Carrera y O'Higgins, Monteagudo y La Mar, por actos inapercibidos, que en el laberinto de una gran guerra, practicaron las masas de su mando?

Revelad, a ver, con justicia o sin ella, algún acto de cobardía, algún proceder de crapulosa indignidad que manche la vida de los Rivadavia, Agüero,

Pico, Alsina, Varela, Lavalle, Las Heras, Olavarría, Suárez, y tantos otros alistados como jefes en las filas nobles del partido unitario!

Este elogio no es un rasgo de esa rutinera declamación de los partidos. Es la justa vindicación de una mitad de la República Argentina.

Se imputan faltas y extravíos a uno 'y otro. Los tienen tal vez, los han cometido, y el primero de ellos es el de haberse lanzado a las armas, para desgarrarse mutuamente. Pero una vez metidos en guerra — último extravío de la pasión y del calor — ¿ha podido parecer extraño, que incurriesen en algunos otros? ¿a cuál no conduce la fiebre de una contienda de sangre, en que están empeñados el honor, la fe política, el interés de una causa considerada como la de la patria misma?

El partido federal echó mano de la tiranía: el unitario de la liga con el extranjero. Los dos hicieron mal. Pero los que han mirado esta liga como crimen de traición, ¿por qué han olvidado que no es menor crimen el de la tiranía? Hay, pues, en ello dos faltas que se explican la una por la otra. Digo faltas y no crímenes, porque es absurdo pretender que los partidos argentinos hayan sido criminales en el abuso de sus medios.

Rosas tiene quienes comprendan sus miras, porque es vencedor. Los unitarios, no porque están caídos. Así es el mundo en sus fallos. Llama traidor a Lavalle, porque murió derrotado en Jujuy. Si hubiese entrado victorioso en Buenos Aires. le

habría llamado Libertador. Si O'Higgins y San Martín, hubiesen sido derrotados en Maipú, capturados y colgados al otro día en la plaza de Santiago; si otro tanto hubiese sucedido a los revolucionarios de Septiembre y subsistiese hasta hoy la dominación de los españoles, aquellos grandes de primer orden, estarían olvidados como oscuros insurgentes, dignos del patíbulo, en que expiaran su *traición*.

La pasión, en su idioma de embuste y de hipérbolo, ha podido sólo dar el nombre de *traición* a la simple alianza militar de los unitarios con las fuerzas de la Inglaterra y de la Francia.

La traición, es un crimen; pero no hay crimen cuando no han intención de obrar el mal. Es, pues, algo más que un proceder ligero; es un acto de imbecilidad el presumir que hombres de la sinceridad, del calor, del patriotismo de Lavalle, Suárez, Olavarría, etc., hayan podido abrigar la intención de deshonar los colores que defendieron desde niños en cien combates de gloria y de honor, exponiendo su vida ante las balas extranjeras! Si lo hubiesen hecho otros hombres sin los antecedentes de aquellos, el sofisma sería manifiesto. Pero imputar traición a la patria, a los que han creado y fundado la patria con su espada y con su sangre Lavalle, Paz, Rodríguez, que no tenían más fortunas que sus gloriosos trofeos obtenidos en la guerra de la independencia de América, habían de tener la intención de pelear, para después del triunfo entre-

gar al extranjero la patria, su independencia, sus insignias y hasta su honor y libertad personales! Los tiranos han gastado el sentido de la palabra *traición* abusando de ella; de modo que es raro que alguna vez, sobre todo en países jóvenes y guerreros, se aplique con justicia. Pero cuando se usa de ella contra los unitarios de la República Argentina, se comete algo más que un error común: se comete, como he dicho, un acto de imbecilidad inexcusable. Tiberio, el tenebroso y sangriento Tiberio, llegó a ver el crimen de traición, hasta en un verso, en una palabra indiscreta y confidencial, en una lágrima, en una sonrisa, en las cosas más insignificantes (1). Dionisio el *Tirano* hizo condenar a muerte a un hombre que soñó que le había asesinado. Alterad un poco el sentido de la palabra traición, decía Montesquieu, y tendréis el gobierno legal convertido en arbitrario.

“Un reproche grave, dice Chateaubriand, se ligará a la memoria de Bonaparte: hacia el fin de su reinado tornó tan pesado su yugo, que el sentimiento hostil al extranjero se amortiguó; y una invasión, hoy de doloroso recuerdo, tomó, en el momento de consumarse, el aire de una campaña de libertad. . . Los Lafayette, los Lanjuinais, los Camilo Jordan, los Ducis, los Lemercier, los Chenier, los Benjamin Constant, erguidos en medio de la multitud impetuosa, se atrevieron a despreciar la

---

(1) Tácito, Anales, lib. 6 y II.

victoria y protestar contra la tiranía" . . . "Abstengámonos, pues, de decir que aquellos a quienes la fatalidad conduce a pelear contra un poder que pertenece a su país, sean unos miserables: en todos los tiempos y países, desde los griegos hasta nosotros, todas las opiniones se han apoyado en las fuerzas que podían asegurarles su triunfo. Algún día se leerá en nuestras *Memorias* las ideas de Mr. de Malesherbes sobre la emigración. No conocemos en Francia un solo partido que no haya tenido hombres en el suelo extranjero, mezclados con los enemigos y marchando contra la Francia. Benjamín Constant, ayudante de campo de Bernardotte, servía en el ejército aliado que entró en París, y Carrel fué tomado con las armas en la mano en las filas españolas" (2).

Inútil es decir que Lafayette, Chenier, Constant, Carrel, son nombres que todos los partidos en Francia se vanaglorian de contar entre sus hombres célebres. ¿De qué nace este modo de verlos, a pesar de aquellos actos, que un sofista habría apellidado de *traición*? Del convencimiento universal de que sus intenciones, al ejecutarlas, eran enteramente francesas y patrióticas; y que sólo una situación del todo excepcional, podía haberles colocado en el ca-

---

(2) Congreso de Verona, por Chateaubriand, cap. XXXI y XXXVII. Bastaría traer en apoyo de lo que dice este historiador, el recuerdo de la gloriosa revolución de los ingleses, promovida y apoyada por una escuadra y trece mil bayonetas holandesas.

so de buscar el bien de la patria por un camino semejante.

Los unitarios en Buenos Aires han hecho menos que Constant, Carrel y Lafayette en Francia: ellos no han marchado jamás contra una cosa que pudiera decirse su país. Han marchado con su bandera, con su cucarda, con sus jefes, por su camino, a su fin aparte y peculiar; después de haber exigido y obtenido declaraciones escritas y solemnes, que ponían al abrigo el honor y la integridad de la República, contra toda mira perniciosa de parte del extranjero. Era imposible emplear ese medio delicado de reacción, con más discreción, reserva y prudencia que lo hicieron ellos. Son bien conocidos los documentos que lo prueban; a más del justificativo que nace de los resultados.

Otras miras altas y nobles explican también la conducta de los argentinos que en 1840 se unieron a las fuerzas francesas, para atacar el poder del general Rosas. Esa unión tenía miras más lejanas que un simple cambio de gobernador en Buenos Aires. Dirélas con la misma sinceridad y franqueza con que entonces se manifestaban. Podrán ser erróneas: eso depende del modo de pensar de cada uno. Pero jamás se mezcló el dolo a su concepción. Pertenecían generalmente a los hombres jóvenes del partido reaccionario; y éstos las debían a sus estudios políticos de escuela. Sospechar que la traición se hubiese mezclado en ellas, es suponer que hubiese habido gentes bastante necias para iniciar a estu-

diantes de derecho público, en los arcanos de esa diplomacia oscura, que según algunos, tiende a cambiar el principio político del gobierno en América.

La idea trascendente de los jóvenes defensores de esa liga era la de introducir, conciliando con la nacionalidad perfecta del país, el influjo de la acción civilizadora de la Europa, por medios honorables y admitidos por el derecho de gentes, a fin de hacer practicable en América un orden de cosas político, en el que las ideas más adelantadas y liberales contasen con una mayoría de población ilustrada, des- envuelta bajo el influjo de leyes e instituciones protectoras de tal dirección de cosas. Querían, en una palabra, buscar una fórmula de solución para el problema del establecimiento de la libertad política en América: de ese problema que aún permanece sin solución, pues, no lo son de ningún modo esas constituciones escritas, que, por lo inadecuadas e impracticables, sólo sirven las más veces para fomentar la hipocresía de la libertad, tan opuesta a la libertad verdadera. ¿Ignora alguno que la América del Sud, desde la proclamación de la democracia ilimitada, se halla en una falsa posición? que el orden ensayado hasta aquí es transitorio, porque es inadecuado, y que es necesario traer las cosas a bases más normales y verdaderas? ¿Quién que medite con sinceridad sobre lo que son nuestras constituciones actuales, no comprende toda la importancia y dificultad de esta materia y la necesidad profunda de ocuparse de ella?



Bien pues: esos jóvenes abordando esa cuestión, que es la de la vida misma de esta parte del Nuevo Mundo, pensaron que mientras prevalezca el ascendiente numérico de la multitud ignorante y proletaria, revestida por la revolución de la soberanía popular, sería siempre reemplazada la libertad por el régimen del despotismo militar de un solo hombre: y que no había más medio de asegurar la preponderancia de las minorías ilustradas de estos países, que dándoles ensanchamiento por vínculos y conexiones con influencias civilizadas traídas de fuera, *bajo condiciones compatibles con la independencia y democracia americanas, proclamadas por la revolución de un modo irrevocable.*

Absurdo o sabio, este era el pensamiento de los que en esa época apoyaban la liga con las fuerzas europeas, para someter el partido de la multitud plebeya capitaneada y organizada militarmente por el general Rosas. Los partidarios de esas ideas las sostenían pública y abiertamente por la prensa, con el candor y el desinterés que son inherentes al carácter de la juventud.

Esa cuestión es tan grave, afecta de tal modo la existencia política de los nuevos Estados de América, es tan incierta y oscura, cuenta con tan pocos pasos dados en su solución, que es preciso hallarse muy atrasado en experiencia y buen sentido político, para calificar de extraño este o aquel plan de solución ensayado. Ese punto ha llamado la atención de todos los hombres que han pensado se-

riamente en los destinos políticos del Nuevo Mundo; y en él han cometido errores de pensamiento, Bolívar, San Martín, Monteagudo, Rivadavia, Alvear, Gómez y otros no menos espectables por su mérito y patriotismo americano. Mil otros errarán tras ellos en la solución de ese problema, y no serán las cabezas menos altas y menos distinguidas; pues los únicos para quienes la cuestión está ya resuelta, son los demagogos que engañan a la multitud y los espíritus limitados que se engañan a sí mismos.

Sí, pues, los partidos argentinos han podido padecer extravío en la adopción de sus medios, en ello no han intervenido el vicio, ni la cobardía de los espíritus, sino la pasión, que, aún siendo noble y pura en sus fines, es casi siempre ciega en el uso de sus medios, y la inexperiencia de que adolecen los nuevos Estados de este continente en lo tocante al sendero por donde deben conducir los pasos de su vida pública.

No: la República Argentina no es un país depravado, como lo suponen los que la juzgan por los dictados que ella propia se ha dado en el delirio de la fiebre revolucionaria. Son sus partidos políticos los que la han difamado en el exterior, exagerando mutuamente en el calor de la pelea sus defectos y suponiendo otros como medio ordinario de ataque y destrucción. Juzgar de la República Argentina, por la prensa de sus partidos en armas, es juzgar de la Francia por los cuadros lúgubres

que de ella hace la impaciente misantropía de algunos de sus grandes escritores, que viviendo en la perfección del porvenir, sólo ven en el presente, vicios, desorden, iniquidad y mentira.

Cada partido ha tenido cuidado en ocultar o desfigurar las ventajas y méritos de su rival. Según la prensa de Rosas, la mitad más culta de la República Argentina, es igual a las ordas meridionales de *Pehuenches* y *Pampas*: se compone de los *salvajes unitarios* (como quien dice los *salvajes progresistas*, siendo la unidad el término más adelantado, la idea más alta de la ciencia política). Los unitarios, por su parte, han visto muchas veces en sus rivales a los *caribes del Orinoco*. Cuando algún día se den el abrazo de paz en que acaban las más encendidas luchas, qué diferente será el cuadro que de la República Argentina tracen sus hijos de ambos campos.

Qué nobles confesiones no se oirán alguna vez de boca de los frenéticos federales! Y los unitarios, con qué placer no verán salir hombres de honor y corazón, debajo de esa máscara espantosa con que hoy disfrazan sus rivales, cediendo a las exigencias tiránicas de la situación!

Entretanto, no hay que hacer un delito a los escritores que involuntariamente dañan al país, dañándose ellos, por más que diga Michelet que eso disminuya su lustre a los ojos del extranjero. Los pueblos representativos tienen que vivir hoy como ese romano que quería habitar una casa de cristal.

para ostentar la diafanidad de su vida privada. Es necesario hacer una vida de verdad, y mostrarla al mundo tal cual es, con sus faltas y méritos. Para remediar el mal es preciso decirlo en alta voz: la sociedad y el poder son sordos; para que oigan es preciso hablarles con la bocina de la prensa y la tribuna. Pero es imposible levantar la voz en la casa, sin que la escuche el vecino. No queda otro remedio que refugiarse bajo el consolador axioma que dice: hombre soy y de nada me reputo ageno. Si algunos pueblos no tienen errores que lamentar, es porque no han empezado a vivir. Las grandes naciones tienen sus manchas a la espalda; los pueblos muy atrasados en el porvenir. En el pueblo, como en el hombre, la enfermedad es un estado anormal y transitorio: nuestro país se aproxima al fin de sus achaques.

Se oye también que la República Argentina padece atraso general, por consecuencia de su larga y sangrienta guerra. Este error, el más acreditado fuera de sus fronteras, viene también de las mismas causas que el otro. Sin duda que la guerra es menos fecunda en ciertos adelantos que la paz; pero trae consigo ciertos otros que le son peculiares, y los partidos argentinos los han obtenido con una eficacia igual a la intensidad de los padecimientos.

La República Argentina tiene más experiencia que todas sus hermanas del Sud, por la razón de que ha padecido más que ninguna. Ella ha recorrido un camino que las otras están por principiar.

Como más próxima a la Europa, recibió más pronto el influjo de sus ideas progresivas, que fueron puestas en ejecución por la revolución de Mayo de 1810, y más pronto que todas recogió los frutos buenos y malos de su desarrollo; siendo por ello en todos tiempos, *futuro* para los Estados menos vecinos del manantial trasatlántico de los progresos americanos, lo que constituía el pasado de los Estados del Plata. Así, hasta en lo que hoy se toma como señal de atraso en la República vecina, está más adelantada que las que se reputan exentas de esos contratiempos, porque no han empezado aún a experimentarlos.

Un hecho notable, que hace parte de la organización definitiva de la República Argentina, ha prosperado al través de sus guerras, recibiendo servicios importantes hasta de sus adversarios. Ese hecho es la centralización del poder nacional. Rivadavia proclamó la idea de la unidad: Rosas la ha realizado. Entre los federales y los unitarios, han centralizado la República; lo que quiere decir, que la cuestión es de voces que encubren mera fogosidad de pueblos jóvenes; y que en el fondo, tanto uno como otro, han servido a su patria, promoviendo su nacional unidad. Los *unitarios* han perdido; pero ha triunfado la *unidad*. Han vencido los *federales*; pero la *federación*, ha sucumbido. El hecho es que del seno de esta guerra de nombres ha salido formado el poder, sin el cual es irrealizable la *sociedad*, y la *libertad* misma imposible.

El poder supone como base de su existencia firme, el hábito de la obediencia. Ese hábito ha echado raíces en ambos partidos. Dentro el país, Rosas ha enseñado a obedecer a sus partidarios y a sus enemigos ausentes, no teniendo derecho a gobernar, han pasado su vida en obedecer: y por uno y otro camino, ambos han llegado al mismo fin.

A este respecto ningún país de América meridional cuenta con medios más poderosos de orden interior, que la República Argentina.

No hay país de América que reúna mayores conocimientos prácticos acerca de los Estados hispano-americanos, que aquella República, por la razón de ser el que haya tenido esparcido mayor número de hombres competentes fuera de su territorio, y viviendo regularmente ingeridos en los actos de la vida pública de los Estados de su residencia. El día que esos hombres, vueltos a su país se reúnan en asambleas deliberantes, ¡qué de aplicaciones útiles, de términos comparativos, de conocimientos prácticos y curiosas alusiones, no sacarán de los recuerdos de su vida pasada en el extranjero!

Si los hombres aprenden y ganan con los viajes, ¿qué no sucederá a los pueblos? Se puede decir que una mitad de la República Argentina viaja en el mundo, de 10 y 20 años a esta parte. Compuesta especialmente de jóvenes, que son la patria de mañana, cuando vuelva al suelo nativo, después de su vida flotante, vendrá poseedora de lenguas extranjeras, de legislaciones, de industrias, de hábitos, que

después son lazos de confraternidad con los demás pueblos del mundo. Y cuántos, a más de conocimientos, no traerán capitales a la riqueza nacional! No ganará menos la República Argentina, dejando esparcidos en el mundo algunos de sus hijos ligados para siempre en países extraños, porque esos mismos extenderán los gérmenes de apego al país que les dió la vida que transmiten a sus hijos.

La República Argentina, tenía la arrogancia de la juventud. Una mitad de sus habitantes se ha hecho modesta, sufriendo el despotismo que ordena sin réplica: y la otra mitad, llevando fuera la instructiva existencia del extranjero.

Las masas plebeyas, elevadas al poder, han suavizado su fiereza en esa atmósfera de cultura que las otras dejaron, para descender en busca del calor del alma, que, en lo moral como en lo geológico, es mayor a medida que se descende. Este cambio transitorio de roles ha de haber sido provechoso al progreso de la generalidad del país. Se aprende a gobernar obedeciendo; viceversa.

Si la República no ha avanzado en gloria, lo ha hecho al menos en celebridad y nombradía; y en este punto es deudora de tales resultados a los dos partidos en igual medida. Si ha merecido asombro Rosas por haber repelido a los poderes extranjeros, no le han merecido menos sus enemigos por haber movido en su favor esos poderes. El primer partido en América, que haya repelido a los Estados de Europa, es el de Rosas; y el primero que haya si-

do capaz de moverlos a tomar una parte activa en su apoyo, es el unitario. La República Argentina, es, pues, el Estado de América Meridional que más haya hecho sentir su acción en sus relaciones con las primeras potencias de Europa.

El *Times* de Londres, — primer papel del mundo — se ha ocupado quinientas veces de Rosas, no importa en qué sentido. La *Revista de los dos mundos*, *El Constitucional*, *La Prensa*, *El Diario de Debates*, y todos los periódicos políticos de París, se ocupan del Plata hace ocho años, con tanta frecuencia como de un Estado europeo.

Los primeros oradores de este siglo, han empleado cien veces su calor en tratar del Río de la Plata, y están familiarizados con sus asuntos.

El oro argentino, es el primero que se haya empleado por Estado alguno de América para comprar escritores extranjeros, en Europa y en este continente, con el fin de que se ocupen favorable y sistemadamente de Rosas.

No hay prensa más conocida en toda la América del Sud que la de Buenos Aires, habiendo existido en los Estados circunvecinos a él, infinitos periódicos destinados a vivir ocupados de los negocios del Río de la Plata, ya en pro de un partido o de otro. Esos papeles extranjeros, cuando no han sido unitarios, han sido rosistas; pero siempre argentinos. Ocupándose de algo del vecino país, ellos le han hecho homenaje de atención y respeto. Rosas ha dado tanta atención a su prensa como a sus



ejércitos; ha hecho ricos muchos impresores y escritores. *Le gouvernement espagnol se fait journaliste*, decía una vez Girardin; ¡qué tiempo hace que el de Buenos Aires vive hecho *Gaceta*, *British Packet* y *Archivo Americano*.

Todo esto es tanto más capaz de lisonjear a la República Argentina, cuanto que, por el número de su población, es el Estado más pequeño de toda la América española, si se exceptúa el de la República del Uruguay. Difícilmente se hallará familia más corta y más bulliciosa en el mundo, que la tal familia argentina. Se la llamaría con razón vocinglera y charlatana, si no fuese el Estado americano español que haya obrado cosas más numerosas y extraordinarias. Es el único en que haya sucumbido entero un ejército europeo respetable, sin escapar un solo hombre, ni un solo estandarte. Es el único donde la reacción contra el Gobierno español, no fué vencida ni por un solo día, después del 25 de Mayo de 1810 en que dió principio. Es el único que haya impuesto al Imperio del Brasil, ganándole batallas, quitándole una escuadra entera, infinidad de banderas, y obligándole a renunciar por tratados gloriosos, derechos que pretendió tener toda la vida; el único que posea el estandarte de la conquista española en este continente; el que hoy reciba mayores señales espontáneas un poco más que de respeto y consideración de parte de los Estados americanos, que le rodean; el único que en su guerra interior y exterior recientes, haya excita-

do el asombro de todos, por su constancia, heroísmo, habilidad y fuerza, sea que se le juzgue en la persona de un partido u otro.

Al pensar en todo esto, puede, pues, un argentino, dónde y cómo quiera que se halla en el mundo, ver lucir la luz de Mayo, sin arrepentirse de pertenecer a la nación de su origen.

---

Sin embargo, todo esto es poco; todo esto no satisface el destino verdadero de la República Argentina. Todo esto es extraordinario, lucido, sorprendente. Pero la República Argentina tiene necesidad, para ser un pueblo feliz dentro de sí mismo, de casos más modestos, más útiles y reales, que toda esa brillantez de triunfos militares y resplandores inteligentes. Ella ha deslumbrado al mundo por la precocidad de sus ideas. Tiene glorias guerreras que no poseen pueblos que han vivido diez veces más que ella. Tiene tantas banderas arrancadas en combates victoriosos, que pudiera ornar su frente con un turbante compuesto de todos los colores del Iris; o alzar un pabellón tan alto como la *Columna de Vendôme*, y más radiante que el bronce de *Austerlitz*. Pero todo esto a qué conduce, sin otras ventajas, que, la pobre ¿ha menester todavía en tanto número?

Ha hecho ya demasiado para la fama; muy poco para la felicidad.

Posee inmensas glorias; pero, ¡qué lástima! no tiene una sola libertad. *Sean eternos*, muy enhorabuena, *los lauredes que supo conseguir*, puesto que juró no vivir sin ellos. Pero recuerde que las primeras palabras de su génesis revolucionario, fueron aquellas tres que forman unidas, un código santo y un verso sublime, diciendo: *libertad, libertad, libertad*.

Por fortuna, ella sabe ya, a costa de llanto y de sangre, que el goce de este beneficio está sujeto a condiciones difíciles y graduales, que es menester llenar. Así, si en los primeros días fué ávida de libertad, hoy se contentaría con una libertad más que moderada.

En sus primeros cantos de triunfo, olvidó una palabra menos sonora que la de *libertad*, pero que representa un contrapeso que hace tenerse en pie a la libertad: *el orden*.

Un orden, una regla, una ley; es la suprema necesidad de su situación política.

Ella necesita esto, porque no lo tiene.

Puede poseerlo, porque tiene los medios conducentes.

No hay una ley que regle el gobierno interior de la República Argentina y el ejercicio de las garantías privadas. Este es el hecho más público que ofrezca aquel país.

No tiene una Constitución política; siendo en esto la única excepción de todo el continente.

No hay cuestión ya sobre si ha de ser unitaria o

federal sea federal en horabuena, pero haya una ley que regle esa federación, haya una Constitución Federal. Aunque la carta o constitución escrita, no es la ley o pacto, sin embargo, ella la prueba. la fija y la mantiene invariable. La letra, es una necesidad de orden y armonía. Se garante la estabilidad de todo contrato importante, escribiéndolo; ¿qué contrato más importante, que el gran contrato constitucional?

Tampoco hay cuestión sobre que haya de ser liberal. Sea despótica, sea tiránica, si se quiere, esa ley; pero haya una ley. Ya es un progreso, que la tiranía sea ejercida por la ley, en vez de serlo por la voluntad de un hombre. Lo peor del despotismo no es su dureza, sino su inconsecuencia. La ley escrita es inmutable como la fe.

Decir que la República Argentina no es capaz de gobernarse por una Constitución, aunque sea despótica o monárquica, es suponer que la República Argentina no está a la altura de ninguno de los Estados de América del Sud, sino más abajo que todos; es suponerla menos capaz que Bolivia, que el Ecuador, que el Paraguay, que bien o mal poseen una Constitución escrita, y pasablemente observada.

Esto pasa de absurdo.

La República Argentina posee más medios de organización, que ningún otro Estado de la América del Sud. Lo que necesita es coordinarlos.

¿Cuál de ellos posee un poder más real, eficaz

y reconocido? Quien dice *tener el poder*, dice tener la piedra fundamental del edificio político.

Ese poder, necesita una ley, porque no la tiene. Se objeta, que con ella es imposible el hecho de su existencia. Dé-la en tal caso tan despótica como se quiera; pero dése una ley. Sin esa ley de subordinación interior, la República Argentina podrá tener un exterior muy bello; pero no será por dentro sino un panteón de vivos. De otro modo es mejor ser argentino desde lejos, para recibir el reflejo honroso de la gloria, sin sentir en los hombros los pies del héroe.

¿Cuál Estado de América meridional posee, respectivamente, mayor número de población ilustrada y dispuesta para la vida ocupada de la industria y del trabajo, por resultado del cansancio y hastío de los disturbios anteriores?

Hay quien ve un gérmen de desorden en el regreso de la emigración. Pero eso es temer la conducta del pecador, justamente porque sale de ejercicios. La emigración es la escuela más rica en enseñanza: Chateaubriand, Lafayette, Mma. Staël, el rey Luis Felipe, son discípulos ilustres formados en ella. La emigración argentina es el instrumento preparado para servir a la organización del país, tal vez en manos del mismo Rosas. Sus hombres actuales son soldados, porque hasta aquí no ha hecho sino pelear; para la paz se necesita gente de industria; y la emigración ha tenido que cultivarla para comer en el extranjero.

Lo que hoy es emigración era la porción más industrial del país, puesto que era la más rica; era la más instruída, puesto que pedía instituciones y las comprendía. Si se conviene en que Chile, el Brasil, el Estado Oriental, donde principalmente ha residido, son países que tienen mucho bueno en materia de ejemplos, se debe admitir que la emigración establecida en ellos, ha debido aprender, cuando menos a vivir quieta y ocupada.

¿Cómo podría retirarse, pues, llevando hábitos peligrosos? El menos dispuesto a emigrar, es el que ha emigrado una vez. No se emigra dos ocasiones en la vida; con la primera basta para hacerse circunspecto.

Por otra parte, esa emigración que salió joven, casi toda ella, ¿no ha crecido, en edad, en hábitos de reposo, en experiencia? Indudablemente que sí; pero se comete el error de suponerla siempre inquieta, ardorosa, exigente, entusiasta, con todas las calidades que tuvo cuando dejó el país.

Se reproduce en todas las Provincias lo que a este respecto pasa en Buenos Aires. En todas ellas existen hoy abundantes materiales de orden; como todas han sufrido, en todas ha echado raíz el espíritu de moderación y tolerancia. Ya ha desaparecido el anhelo de cambiar las cosas desde la raíz; se han aceptado muchas influencias, que antes repugnaban, y en las que hoy se miran hechos normales con que es necesario contar para establecer el orden y el poder.

Los que antes eran repelidos con el dictado de *caciques*, hoy son aceptados en el seno de la sociedad de que se han hecho dignos, adquiriendo hábitos más cultos, sentimientos más civilizados. Esos jefes, antes rudos y selváticos, han cultivado su espíritu y carácter en la escuela del mando, donde muchas veces los hombres inferiores se ennoblecen e ilustran. Gobernar diez años es hacer un curso de política y de administración. Esos hombres son hoy otros tantos medios de operar en el interior un arreglo estable y provechoso.

Nadie mejor que el mismo Rosas y el círculo de hombres importantes que le rodea, podrían conducir al país a la ejecución de un arreglo general en este momento.

¿Qué ha hecho Rosas hasta aquí de provechoso al país, hablando con imparcialidad y buena fe? Nada. Un inmenso ruido, y un grande hacinaamiento de poder: es decir, ha echado los cimientos de una cosa que todavía no existe, y está por crearse. Hacer ruido y concentrar poder, por el solo gusto de aparecer y mandar, es frívolo y pueril. Se obtienen estas cosas, para operar otras reales y de verdadera importancia para el país. Napoleón venció en Jena, en Marengo, en Austerlitz, para ser Emperador y promulgar los cinco códigos, fundar la Universidad, la Escuela Normal y otros establecimientos, que lo perpetúan mejor que el laurel y el bronce, en la memoria del mundo.

Rosas no ha hecho aún nada útil para su país;

hasta aquí está en preparativos. Tiene como nadie el poder de obrar bien; como el vapor impele el progreso de la industria, así su brazo pudiera dar impulso al adelanto argentino.

Hasta aquí no es grande hombre: es apenas un hombre extraordinario. Sólo merece el título de grande, el que realiza cosas grandes y de utilidad durable y evidente para la nación. Para obtener celebridad basta ejecutar cosas inauditas, aunque sean extravagantes y estériles. Si Rosas desapareciese hoy mismo, ¿qué cosa quedaría creada por su mano que pudiera excitar el agradecimiento sincero de su patria? El haber repelido temporalmente las pretensiones de la Inglaterra y la Francia?

Eso puede tener un vano esplendor; pero no importa un beneficio real, porque las pretensiones repelidas no comprometen interés alguno grave de la República Argentina.

¿El haber creado el poder? Tampoco; el poder no es esa institución útil, que conviene a la libertad misma cuando no es una institución organizada sobre bases invariables. Hasta aquí, es un accidente: es la persona mortal de Rosas.

Es inconcebible cómo ni él ni su círculo se preocupen de esta cuestión, ni hagan porque las terribles cosas realizadas hasta aquí, den al menos el único fruto benéfico, que pudiera justificarlas a los ojos de la posteridad, cuyas primeras filas ya distan solo un paso de esos hombres!

¿Qué esperan, pues, para dar principio a la obra?



El establecimiento de la paz general, se responde. ¡Error! la paz no viene sino por el camino de la ley. La Constitución es el medio más poderoso de pacificación y orden interior. La dictadura es una provocación constante a la pelea: es un sarcasmo, es un insulto a los que obedecen sin reserva, ni limitación. La dictadura es la anarquía constituida y convertida en institución permanente. Chile debe la paz a su Constitución; y no hay paz durable en el mundo, que no tenga origen en un pacto expreso que asegure el equilibrio de todos los intereses públicos y personales.

La reputación de Rosas es tan incompleta, está tan expuesta a convertirse en humo y nada; hay tanta ambigüedad en el valor de sus títulos, tanto contraste en los colores bajo que se ofrece, que aquellos mismos que por ceguedad, envidia o algún mal sentimiento preconizan su gloria cuando juzgan la conducta de su política exterior, enmudecen y se dan por batidos, cuando vuelto el cuadro al revés, se les ofrece el lado de la situación interior.

Sobre este punto no hay sofisma ni engaño que valga. No hay Constitución escrita en la República Argentina; no hay ni leyes sueltas de carácter fundamental que la suplan. El ejercicio de las que hubo en Buenos Aires está suspendido, mientras el general Rosas es depositario indefinido *de la suma del poder público*.

Este es el hecho. Aquí no hay calumnia, pasión, ni espíritu de partido. Reconozco, acepto todo lo

que el general Rosas quiera suponerse de notable y digno de respeto. Pero es un dictador: es un jefe investido de poderes despóticos y arbitrarios, cuyo ejercicio no reconoce contrapeso. Este es el hecho. Poco importa que él use de un poder conferido legalmente. Eso no quita que él sea dictador: el hecho es el mismo, aunque el origen sea distinto.

Vivir en Buenos Aires, es vivir bajo el régimen de la dictadura militar. Hágase cuanto elogio se quiera de la moderación de ese poder: será en tal caso una noble dictadura. En el tiempo en que vivimos, las ideas han llegado a un punto, en que se apetecen más las Constituciones mezquinas, que las dictaduras generosas.

Vivir bajo el despotismo, aunque sea legal. es una verdadera desgracia.

Esta desgracia pesa sobre la noble y gloriosa República Argentina.

Esta desgracia ha llegado a ser innecesaria y estéril.

Tal es el estado de la cuestión de su vida política y social: la República Argentina, es la primera en glorias, la primera en celebridad, la primera en poder, la primera en cultura, la primera en medios de ser feliz; y la más desgraciada de todas, a pesar de eso.

Pero su desgracia no es la de la miseria. Ella es desgraciada al modo que esas familias opulentas, que en medio del lustre y pompa exteriores, gimen bajo el despotismo y descontento domésticos,

Ahora cuarenta años, afligida por una opresión menos brillante, tuvo la fortuna de sacudirla, reportando por fruto de su coraje victorioso, los laureles de su Revolución de Mayo.

Ella ha hecho posteriormente esfuerzos mayores por deshacerse del adversario que abriga en sus entrañas; pero nada ha conseguido, porque entre el despotismo extranjero y el despotismo nacional, hay la diferencia en favor de éste, del influjo mágico que añade a cualquier causa, la bandera del pueblo. ¿Cómo destruiríais un poder que tiene la astucia de parapetarse detrás de la gloria nacional y alza en sus almenas los colores queridos de la patria? ¿Qué haríais en presencia de una estratagema tan feliz? Invencible por la vanidad del país mismo, no queda otro camino que capitular con él, si tiene bastante honor para deponer buenamente sus armas arbitrarias en las manos religiosas de la ley.

Rosas arrodillado, por un movimiento espontáneo de su voluntad, ante los altares de la ley, es un cuadro que deja atrás en gloria al del león de Castilla, rendido a las plantas de la República coronada de laureles.

Pero si el cuadro es más bello, también es menos verosímil; pues menos cuesta a veces vencer una monarquía de tres siglos, que doblegar una aberración orgullosa del amor propio personal.

Con todo: ¿a quién sino a Rosas, que ha reportado triunfos tan inesperados, le cabe obtener el no menos inesperado, sobre sí mismo?

El problema es difícil, pues; y la dificultad no pequeña.

Pero cualquiera que sea la solución, una cosa hay verdadera a todas luces; y es que la República Argentina tiene delante de sí sus más bellos tiempos de ventura y prosperidad. El sol naciente que va en su escudo de armas, es un símbolo histórico de su destino; para ella todo es porvenir, futura grandeza y pintadas esperanzas.

Valparaíso, Mayo 25 de 1847.

## ESTUDIOS POLITICOS

### EXAMEN DE LAS IDEAS DEL SR. FRIAS

*Sobre el influjo de la Francia, de la Inglaterra y del  
catolicismo en estos países*

SEGUIDO DE UNA CARTA DEL SR. FRIAS A M.  
GIZOT Y RESPUESTA DE ESTE EMINENTE  
PUBLICISTA

Un publicista francés, joven y poco conocido todavía, pero distinguido espíritu, según se dice — el Sr. Emilio Dehais, publicó últimamente en París un volumen titulado: —*Del gobierno de la Francia, precedido de una carta a Mr. Guizot, sobre la democracia.* — En esa obra dedicada a Mr. Lamartine, se reasumen con buena intención y sinceridad la mayor parte de las ideas falsas, revestidas de hermosa apariencia, que amenazan destruir las mismas sociedades que pretenden regenerar. No he visto yo ese libro y hablo aquí bajo el testimonio

del *Diario de Debates*, papel cuyas ideas en materia de gobierno poseen mi respeto y simpatías.

Dando gracias al joven publicista por el presente de su libro, Mr. Guizot le ha dirigido desde el fondo mismo de sus ideas, una carta que el *Diario de Debates* del 27 de Julio último, ha publicado con orgullo muy legítimo a mi ver.

Esa carta de Mr. Guizot es larga, por lo que sólo transcribiré aquí sus capitales ideas, contenidas en los siguientes extractos textuales:

“Su obra de Vd., señor, es para mí una nueva prueba de la profundidad del mal de que sufrimos, y que yo persisto en llamar *idolatría democrática*”.

.....

“Leo su libro:

“Es necesario que la democracia sea todo o nada en un país. Si otro principio... toma parte en el gobierno, no hay ya democracia en ese país”.

“He ahí precisamente, continúa Mr. Guizot, lo que yo llamo *idolatría democrática*.

“No, la democracia no es todo, ni en el hombre ni en la sociedad”.

Después de demostrar que en el hombre aislado e individual coexisten como hechos normales de su naturaleza, el elemento democrático con el aristocrático, prosigue Mr. Guizot:

“Formada de hombres la sociedad, no es hecha de otro modo que el hombre. Ella contiene también natural y legítimamente, elementos democráticos, llamados a coexistir y a desenvolverse juntos, con-

teniéndose y limitándose mutuamente. Las proporciones de influencia y de fuerza social entre esos diversos elementos, varían y cambian según los siglos y los pueblos...

“Si usted pretende dar a uno sólo de esos elementos una dominación exclusiva y hacer de él el único soberano de la sociedad y el principio único de su gobierno, Dios se venga inmediatamente de la violencia que usted hace a su obra, es decir a la constitución natural y primitiva de la sociedad como del hombre; y por precio de esta violencia, Vd. recoge la anarquía o la tiranía.

“Esto no es un razonamiento que yo hago, es un hecho que recuerdo. Siempre y en todo lugar, en que la pluralidad natural de los elementos de la sociedad y del gobierno ha sido desconocida; tan pronto como los elementos democráticos o los elementos no democráticos han prevalecido y dominado exclusivamente, la sociedad ha caído en poder de una anarquía devorante o bajo el yugo de una tiranía destructora.

“Mucho tendría que decir de su libro de Vd. Pero sólo he querido caracterizar lo que constituye, en mi opinión, el error fundamental de la idea que en él domina... La democracia pura, que es la que Vd. sostiene, no es peligrosa únicamente; es injusta por esencia, porque suprime y oprime los elementos naturales y necesarios del hombre y de la sociedad... En tanto que la democracia crea y pretenda ser todo, no se lisonjee Vd., señor, con la

bella esperanza que llena su libro, y su alma. Vd. no tendrá la república ni la monarquía: Vd. tendrá la revolución y nada más”.

Estas grandes y profundas verdades contenidas en la carta de Mr. Guizot a M. Dehais produjeron en el espíritu juicioso y recto del señor Frías, la impresión natural de admiración y entusiasmo, que han despertado en todas partes. Toda la doctrina de Guizot, tan conocida desde largo tiempo, está encerrada en esas máximas. Ellas expresan una verdad para la Francia y para todos los países. La sociedad como el hombre es universalmente la misma en los elementos naturales que la forman. La misma democracia americana está sujeta a la ley, que señala M. Guizot; y Chile especialmente no conseguirá escapar de la anarquía y del despotismo que lo amenazan de uno y otro lado, sino al favor de una política honrada y leal que admita, como base de su marcha, la presencia y concurso de los dos principios llamados a coexistir juntos, a pesar de su rivalidad, y a contenerse y moderarse mutuamente, precisamente por esa misma rivalidad. La rivalidad, la lucha no es un mal, sino cuando sale del terreno de la ley y entra en el de la violencia.

Pero el señor Frías no pudo dominar su entusiasmo y tuvo que ceder al gusto de ofrecer a Mr. Guizot el homenaje de su admiración y simpatía en una carta confidencial, que fué acogida y contestada por el eminente publicista de un modo lisonjero para el corresponsal americano.



El Sr. Frías ha tenido la bondad de comunicarme ambas cartas, es decir la suya y la respuesta de Mr. Guizot, haciéndome árbitro de su publicidad y dueño de decir algo sobre ellas.

Los lectores convendrán en que la carta del Sr. Frías que van a conocer no merecía morir inédita. Pública, pues, en obsequio de las ideas de orden en América; y uso de la libertad que me defiere el Sr. Frías, generoso y modesto como todo talento, para acompañarla de algunas reflexiones que creo deber hacer en obsequio de las ideas de libertad y progreso, así como por salvar la sinceridad de mis disentimientos.

Raro es el punto en que mis ideas no estén de acuerdo con las del Sr. Frías. Es difícil no coincidir en miras con hombres tan sinceros, tan leales, tan juiciosos como él, cuando se tiene buena fe. Esta uniformidad de opiniones, por otra parte, viene de atrás en nosotros dos, y tiene origen en la proximidad de destinos, lecturas y propósitos respecto de nuestro país.

Contiene, pues, a mi ver, preciosas verdades de detalle la carta que va a leerse; pero encierra también algunas que son dignas de examen, porque no son ideas escapadas a la pluma del escritor, sino opiniones en que le vemos insistir desde algún tiempo en su correspondencia mensual dirigida a *El Mercurio*. La justa consideración de que disfruta esa correspondencia, hace más necesario el examen de

las opiniones que sería peligroso dejar cundir sin reparo en la comunidad americana.

El origen del mal que hoy sufre la Francia, es la materia tratada en el libro de Mr. Dehais, en la carta de M. Guizot a ese publicista, y en la del Sr. Frías a este último.

Según Dehais, el mal de la Francia procede de que no es completo y absoluto allí el dominio de la democracia.

M. Guizot al contrario, mira en el absolutismo, en el exclusivismo de la democracia, el origen del mal. Es lo que él llama *idolatría democrática*.

Al expresarse así, ambos publicistas, hablan de *gobierno*, y no de *sociedad*. La obra de Dehais se titula: "*Del gobierno de la Francia, precedida de una carta a Mr. Guizot sobre la democracia*". — La democracia es una forma de gobierno, no una forma de sociedad. Con este motivo y a su propósito, es que Mr. Guizot escribe la carta, que ha originado la del Sr. Frías.

El Sr. Frías, sin embargo, advierte a Mr. Guizot que hay un vacío en su explicación del origen del mal en Francia, el cual consiste, según el Sr. Frías, en la falta de creencias. Yo no considero motivada esa advertencia, porque tratándose de *gobierno*, y no de *sociedad*, era inútil señalar las creencias como una necesidad, que es imposible desconocer, por otra parte. Las creencias son la base sabida y por supuesto de toda forma de *sociedad* y *gobierno*. M. Guizot no podía ignorar una cosa

que él mismo ha enseñado en sus luminosas obras. Lo omitió en su carta, porque ni se propuso abrazar en ella todo el libro de Dehais, sin enumerar todos los fundamentos del orden social. No es mi ánimo explicar ni defender a M. Guizot contra su admirador; voy a otro propósito.

El Sr. Frías atribuye la pérdida de las creencias en Francia al influjo de la ciencia francesa, y sobre todo al *eclectismo*. Mi ilustrado amigo olvida que el eclectismo en política tiene por maestro y profesor al mismo Mr. Guizot, a quien ofrece sus respetos; y que la idea de su carta a Dehais, que ha excitado su entusiasmo, es la expresión sumaria de su conocida doctrina ecléctica de la conciliación de los principios rivales.

En la ciencia francesa halla mi amigo el origen del socialismo que amenaza a la Francia; siento observar que no es así. El socialismo en todo caso viene para la Francia de su origen greco-latino y del sistema clásico de su enseñanza universitaria. Platón lo formuló en su *República*, y la Academia Francesa premió no ha mucho, con harta razón, a Mr. Cousin, por la traducción completa de las obras del socialista helénico.

La ciencia no puede ser jamás el origen de ningún mal. Es peligroso acusarla ante países nuevos, que necesitan cultivarla. Después de la acusación que Rousseau le hizo ante la Academia de Dijon, nadie ha vuelto a ver en las ideas y en la ciencia el origen de los males del género humano.

La ciencia no es más francesa, que inglesa o italiana: la geometría lo mismo que la legislación y moral, son las mismas en todas partes. Pero asignándole un origen nacional, ¿qué es la ciencia francesa? — es inglesa en su mayor parte. En cien años no tendrá la América del Sud más britanismo que el que hoy posee la Francia.

¿Qué es el siglo XVIII de la Francia? — Es Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, Condillac, Montesquieu. — Pues bien, todo eso es inglés de origen; y aquí no hay paradoja. En el siglo anterior como en el actual, todo el liberalismo, o más bien el progreso francés, recibe su primer impulso del liberalismo y del progreso británicos. Lo haré ver.

Voltaire viaja temprano al otro lado de la Mancha y nutre su espíritu con los escritos de Locke, de Pope, de Newton, y toma el deísmo de Bolingbroke, de Collins, de Woolston, de Toland y otros.

Diderot traduce a Shaftesbury y se inflama con los escritos de Richardson.

D'Alembert toma al lord canciller Bacon su plan y método para la exposición de la *Enciclopedia Metódica*.

Rousseau se inspira en los libros de Locke sobre educación y gobierno civil, para escribir el *Emilio* y el *Contrato Social*; y Montesquieu, es el admirador de la Constitución inglesa.

Helvecio, Condillac y Cabanis no son más que discípulos de Locke, de Hobbes y Spinoza.

Mas tarde Mirabeau, el representante de la revolución, derrama a torrentes el liberalismo adquirido en su residencia anterior en Inglaterra.

En esa época, como hoy, la República americana, inglesa de origen, ejerce en Francia un influjo poderoso.

Bajo la restauración, Guizot y Thiers, es decir, los dos primeros hombres de Estado de Francia, no son otra cosa que los introductores en su país de la doctrina política inglesa. Y el *Eclectismo* filosófico de Jouffroy, ¿qué otra cosa es que la filosofía de la escuela de Edimburgo, introducida y aclimatada en Francia?

Sin embargo, esa Inglaterra que ha dado su ciencia fecunda a la Francia, no es desgraciada. Apesar de Bacon, de Newton y de Locke. a pesar de Brown, de Byron y Walter Scott, ella es libre y feliz. No es preciso, pues, carecer de literatura y de ciencia para ser libre. En cuanto a escasez de letras y de ciencias, ¿quién está más adelante que la América del Sud? — Y sin embargo, ella no es un modelo de libertad y de bienestar.

Doscientos años antes de Voltaire, un profundo publicista italiano, — Maquiavelo — había dicho ya: — *I Francesi non s'intendono dello stato.*

Así, pues, el mal gubernamental de Francia, es anterior a su ciencia actual, mirada por mi amigo como la causa inmediata de él.

Y a sus altas inteligencias atribuye el señor Frías la responsabilidad del socialismo; en lo que tampo-

co veo justicia. Saint Simón, Fourier y los demás jefes de sectas socialistas en Francia, no han pertenecido jamás a sus primeros hombres de ciencia. La Academia y el Instituto jamás han contenido un socialista.

Tengo una intención sana al oponerme al descrédito sistemado contra la Francia; en primer lugar porque no es justo, y en segundo lugar porque se compromete en estos países nuevos el influjo saludable de la Europa, desacreditando el de la nación por cuyo intermedio se ejerce más inmediatamente. Nuestra revolución americana y las ideas francesas están ligadas desde su origen. Debemos a la ciencia francesa nuestras inspiraciones de libertad y de independenciam. Su lengua hermana de la nuestra, la claridad y la abundancia de sus buenos libros, así como la identidad de culto religioso, harán siempre de la Francia un pueblo de inmenso influjo en esta parte de América. Los socialistas no son la Francia. Ella contiene innumerables y poderosas inteligencias, que protestan contra ese extravío de las ideas; y precisamente pertenecen a ese número los hombres que más respeta mi honorable amigo. Montalembert, Guizot, Chevalier y otros tan citados respetuosamente por él, son franceses. La prensa que él explota, los libros que han educado su excelente cabeza y la Europa que le rodea inmediatamente, son franceses; de modo que el mismo señor Frías, con su espíritu recto y culto, es un

argumento en favor de la ciencia y de la literatura francesas que él acusa.

A pesar de esto, no soy fanático por la Francia; y lejos de ello tengo predilección abierta por todo lo que es inglés. Si me fuera dado sustituir en nuestro países el influjo intelectual de la Inglaterra al de la Francia, lo haría sin trepidar; pero encuentro algo paradójal ese propósito, porque las diferencias vienen de la raza y de siglos de educación diferente. Querer britanizar la raza española, es desconocer la naturaleza; aunque debemos, sí, abrir anchas puertas entre nosotros a esa noble raza anglo-sajona, pues, todo terreno que ella pisa le asimila a su excelente naturaleza. Pasando de Italia a Suiza en 1843, escribía yo estas palabras: — “Ginebra bajo muchos aspectos es Bueno Aires y Montevideo, — una república. ¡Cuántas cosas veo aquí que me recuerdan el Plata! la abundancia de ingleses y el tono dado por ellos más que todo. En Génova y Turín no se vé un inglés, ni nada que se parezca a su tono democrático y varonil. Estoy de tal modo acostumbrado a ver ingleses, aunque no los entienda ni trate, de tal modo los considero ligados al hecho de la libertad y de la civilización, que el país sin ingleses me representa un bosque sin pájaros. Simpatizo sinceramente con cada uno de los rasgos de esta raza fuerte y varonil, seria, modesta y capaz de todo lo bueno”. Estos son mis sentimientos. Mi convicción es que sin la Inglaterra y los Estados Unidos, la libertad desaparecía en este siglo.

Pero la Inglaterra y los Estados Unidos. no son católicos por excelencia. Podría agregar que la Suiza, país de república y de libertad, no es católica en su mayor parte. Sin embargo el señor Frías asegura que la democracia es desgraciada en Francia y en el Plata, allí por haber pasado el catolicismo y aquí por no haberse desarrollado lo bastante.

Dios me libre de pretender que el catolicismo sea inadecuado para la libertad: es mi religión, la de mis padres, la de mi raza. Pero sí creo que ni es el único culto capaz de favorecer el desarrollo de la libertad, ni es el elemento religioso el único y solo fundamento de la civilización, como pretende el Sr. Frías. Es el primero, es el más grande, pero no único. Sostener que es único, es desconocer que hay otros. Desconocer los otros, es desatenderlos. es dañar la civilización. La ciencia, el buen sentido, la industria, el bienestar material, son tan esenciales a la civilización como la religión misma; y aunque es cierto que necesitan de ésta para su desarrollo, también lo es que pueblos ignorantes, sin industria y esclavos de la miseria y de la escasez, no pueden ser religiosos. Atenderlos a todos sin olvidar ninguno, es el modo de dar a la civilización bases poderosas y completas.

La Inglaterra es feliz por sus costumbres, por su buen sentido, por sus hábitos de labor, por la ciencia de sus estadistas a la par que por la educación religiosa de sus clases. Toda esa dicha tiene origen en la manera de ser de la familia. Pero la familia



inglesa, no es un monasterio. Se ocupa de religión el domingo; y los seis días de la semana son todo laboriosidad y ocupación honesta para ella. Concentrada en sí misma, ocupada de su mejora propia, encerrada y sustraída a las tentaciones de la vanidad y del lujo, no tiene ocasión de ser mala. Esa reserva, ese aislamiento fecundo, que nosotros no conocemos, explica tanto como la religión, el bienestar público de la raza anglo-sajona y el desorden de los pueblos meridionales en ambos mundos que siguen un camino distinto.

Seamos religiosos, seamos creyentes, seamos cristianos para ser libres, muy bien; pero sin olvidar que también tenemos necesidad de buenas costumbres públicas y privadas, de reserva y moralidad en la vida de familia, de laboriosidad en los hábitos y de instrucción en las inteligencias. Seamos católicos, como han sido nuestros padres, como conviene a nuestra raza; pero sin olvidar que también hay *pueblos profundamente religiosos* que no son católicos, como ha dicho más tarde el señor Frías. hablando del pueblo inglés. Reconocer esto es ensanchar, es admitir dominios más grandes para el cristianismo, y en nuestra América del Sud, es favorecer la formación de familias honestas, la extensión de creencias religiosas y el aumento de población, con todos los beneficios que son resultado necesario de tales causas.

Si es verdad, como ha dicho el señor Frías, en su carta de 9 de Octubre, dirigida a *El Mercurio*, que

*los pueblos que merecen nuestras simpatías y deben servirnos de modelo, son los que componen en los dos mundos los hombres de la raza anglo-sajona, es necesario no olvidar, tampoco, que esos pueblos son disidentes. Para atraer a esos pueblos en medio de los nuestros, es menester dejarles traer su culto, y no obligarles a dejar sus altares en las puertas de la República. Si es cierto que el Estado tiene su raíz y cimiento en el hogar doméstico, no estorbemos al poblador modelo, formar una familia chilena y darle una educación religiosa a su modo.*

A excepción de los puntos que han ocasionado estas reflexiones, nada hay que no posea mis simpatías en la hermosa carta del señor Frías, que aquí sigue, y en su respuesta de M. Guizot, que sigue después:

### CARTA DEL Sr. FRIAS A M. GUIZOT

París, Julio 28 de 1851.

No sé, señor, si puede ser permitido a un extranjero desconocido, dirigirse a un hombre de una reputación tan grande y tan merecida como la de usted. Pero, todo consagrado, como lo estoy, al estudio de las cuestiones sociales y políticas, acabo de leer la noble carta de usted publicada en el *Diario de Debates* de hoy, y siento la necesidad de escribirle.

La teoría de usted sobre la democracia me parece muy exacta, señor. El hombre tiene necesidad de gobernar y de ser gobernado a la vez. Es fuerte y es débil. Todas sus facultades y sus esfuerzos tienen sus límites. Los gobiernos no han sido creados, según yo pienso, sino para auxiliar la flaqueza natural de los hombres.

Pero hay ,además, una flaqueza artificial que aspira más que ninguna otra al gobierno democrático, y esta flaqueza es la del orgullo que toma sus armas en la mala ciencia, y debilita las facultades por el abuso. Usted habrá observado, señor, que a medida que el hombre se corrompe, aspira tanto más a todo aquello de que es incapaz. Nunca ha estado Francia más lejos de la democracia que en el día, porque jamás la anarquía la ha colocado tan cerca del despotismo, y sin embargo, usted lo ve, ella se llama *República* y ambiciona la democracia pura. No la tendrá, y si subsiste por más tiempo bajo la forma republicana, llegará a la democracia impura, esto es, a la demagogia; y usted lo sabe, señor, para destruir la demagogia no basta un gobierno, es preciso un despotismo; a la autoridad que dirige es necesario sustituir la fuerza que comprime.

*Pero lo que yo hubiera deseado ver en la carta de usted y lo que no veo en ella, es el medio interior que da al hombre la capacidad de gobernarse a sí mismo, la capacidad democrática.*

El mal presente de la Francia no está en la super-

ficie, está en el fondo de las almas. Importa saber cuál es la creencia de las almas, cuál es su fuerza, cuáles sus medios, para comprender una situación política, que no es más que el cuerpo de una situación social.

Yo veo en todas las inteligencias ideas, fruto de una civilización literaria y filosófica, pero no veo creencias. Veo algo peor que la ignorancia, veo la preocupación. Las preocupaciones individuales producen necesariamente la anarquía intelectual y general. La preocupación en la mente supone el orgullo y el egoísmo en el corazón. Yo veo, pues, al lado de la anarquía intelectual, la anarquía moral. ¿Puede acaso hacerse la democracia con esta doble anarquía?

No, señor; la base verdadera, la *única* base de la democracia, es la civilización moral y religiosa de un pueblo. La razón es muy sencilla. Para que todos en la sociedad se gobiernen juntos, es preciso que cada uno sea capaz de gobernarse a sí mismo. Con una ciencia literaria y filosófica, se duda, no se tiene una regla fija de conducta. Se ama uno demasiado y no ama a los demás. Cada uno es un obstáculo y no un apoyo para su semejante. El individuo reemp'aza al hombre social.

Mr. Girardin decía no ha mucho, que la República Francesa era la república *de la razón*. Es, precisamente por esto que ella es imposible y que la hace únicamente vivir la resignación de los hombres de orden.

Cuando se emancipa la razón del hombre, ¿qué es lo que sucede? Se crean individualidades, cada uno es su autoridad y su juez, la razón general desaparece, y los vínculos morales se rompen, porque para que los hombres se amen y se ayuden, necesitan una fe, una ley, una regla común. Cada hombre es incapaz de participar de la soberanía general, porque él mismo no es un soberano individual. Es un esclavo de sí propio, sin saberlo. Obedece a sus pasiones, no las gobierna.

Examine usted, señor, la filosofía ecléctica que no es sino el caos filosófico, examine usted la literatura francesa del día, que es la cortesana del vicio, de la falsa belleza, y verá usted que la civilización francesa ha sido la más anti-democrática; que ella ha dado fuerzas al egoísmo del corazón, no al amor, y a ese otro egoísmo de la inteligencia que se llama la razón emancipada.

Sí, es preciso que el hombre sea un gobierno para que aspire legítimamente a su parte en la soberanía democrática. Y la religión solo, señor, ella solo enseña al hombre a poseerse, a gobernarse a sí mismo. Yo lo decía, hace algunos días, a uno de los más distinguidos publicistas de vuestro país. El amor propio que es menos que la caridad, más que el egoísmo, puede ser gobernado por la monarquía constitucional. La virtud solo da a los hombres la aptitud del gobierno democrático, y el código de esta virtud es siempre la religión, que subordina la razón a reglas inmutables de conducta. En cuanto

al egoísmo, situación individual, y a la anarquía, situación general de la Francia, no solamente él no podrá jamás realizar la República, sino que él provoca la acción directa del despotismo. Y pienso que los hombres reflexivos deben esperarlo, no solo como posible, sino como mal necesario. Vale más el despotismo que la demagogia, y es preciso sacrificar la libertad política cuando ella compromete las libertades civiles de un pueblo. Y usted lo sabe, señor, mejor que yo, la demagogia que amenaza a la Francia actualmente, no es la simple demagogia, es la demagogia socialista.

La filosofía y la literatura francesa se lavan las manos, lo sé, en presencia del socialismo. *Pero no ha caído él de las nubes, ha caído justamente de las clases altas en las clases bajas.* Si ustedes son filósofos y romancistas, la razón y la imaginación emancipadas, ¿cómo se sorprenden de la emancipación de los sentidos en las clases pobres? Es preciso una filosofía para el pueblo, puesto que ustedes han arrancado la religión de su alma. El socialismo es la filosofía plebeya de la carne. Ustedes han dicho: escoged en el mundo de las ideas, escoged en el orden moral degradado, el pueblo escoge en el orden material. Esto es lógico y es natural.

Yo no creo, pues, que los únicos autores responsables del socialismo sean los socialistas, *pienso que los hay muy legítimos en las regiones de la ciencia francesa.* El pueblo no inventa nada, sigue a sus jefes y hace vicio abajo lo que era error arriba: a las

doctrinas de la preocupación él contesta con las doctrinas del crimen. Los autores socialistas no hacen más que explotar un terreno preparado por otros.

Usted dice en su carta, señor, que la América del Norte ha realizado la democracia, porque es federal. Es una buena razón, pero no es esa la gran razón. Los americanos del norte son demócratas, porque son capaces de la democracia, y lo son porque son cristianos. La Gran Bretaña practica la libertad, bajo diversa forma, porque es cristiana. En los dos pueblos han creencia. Existe en ellos la armonía, no la anarquía. Hay una ley general en la política, porque hay un dogma en los corazones. Hay allí libertad porque hay virtud. *En esos países no se ha emancipado la razón*, y mientras en Francia se habla mucho de libertad para guardarla escrita en las bibliotecas, allí se realiza en las costumbres. Y obsérvelo usted, señor, *los Estados Unidos no tienen literatura ni filosofía, estos dos agentes en Francia de tinieblas y de corrupción.*

Sí, señor, la virtud, la virtud; he ahí la gran verdad; he ahí el estandarte de la democracia. No hay más que una cosa más allá que ella, es la cruz que dió al mundo el ejemplo divino y la ciencia inmortal de la virtud.

Busque usted la causa del mal en Francia; ella reside en los vicios del corazón, que tienen siempre un error por simpatía en las inteligencias. Y se pide a las ideas, es decir, a la causa del mal, se las pide

el remedio. Se harán magníficos discursos, pero el remedio no está ahí.

¿Cuántos partidos tienen ustedes, señor, en la República, *que es el terreno que los divide menos?* (1). El partido moderado hace el orden con el desorden. Es una anarquía aliada en los días de peligro, ese gran partido del orden. Pasado el peligro se agrava; cada uno vuelve a sus odios, cada odio a su impotencia.

Vea usted las dificultades con qué tropieza ese noble pensamiento de la fusión que se propone poner término al más grande escándalo de la Francia, y usted conocerá conmigo que los buenos en Francia no son sino los menos malos.

Yo, que no tomo mis convicciones en los libros sino en mi alma, yo digo a usted que si ustedes continúan divididos merecerán el socialismo que fortifican con sus deplorables rivalidades.

*El socialismo, señor, es el fruto natural de vuestra civilización, que me atrevo a llamar inmoral porque es irreligiosa.* Ustedes están amenazados de la barbarie de la preocupación, mucho peor que la barbarie de la ignorancia, que nos aflige en la América del Sud. Nosotros tenemos delante el porvenir, ustedes la decadencia. La barbarie sin ciencia puede ser corregida, porque precede a la luz; pero esta barbarie científica, razonadora, que ustedes tienen, viene después de ella y conduce al caos.

---

(1) Palabras de M. Thiers.



Yo abrigo, señor, el más profundo respeto por usted, porque usted fué derribado por la revolución de Febrero, esa primera hora de la decadencia de la Francia, y me atrevo a esperar que usted se dignará prestar su atención a estas líneas. Yo soy muy católico, señor, y me he felicitado de ser católico. cuando me he preguntado: ¿por qué la revolución de la República Argentina, mi país, no ha tenido buen éxito? y cuando me he preguntado más tarde, en Francia, ¿por qué la revolución de Febrero no lo tendrá? La nuestra ha sido desgraciada, porque la tuvimos muy pronto, antes de la educación religiosa del pueblo. La vuestra se malogrará porque ha llegado muy tarde, después de la desmoralización de vuestro pueblo. He creído ver la verdad y la digo a usted.

Se la digo con entera franqueza y en bárbaro estilo. He vivido tres años en Francia en el aislamiento y no tengo el hábito de la lengua francesa. No tengo el hábito de ninguna lengua humana, porque hablo siempre con Dios y conmigo mismo; y tengo la pretensión de creer que esto basta para ser hombre y para tratar las cuestiones humanas.

Yo pienso, pues, señor, que la democracia es el último y el más completo resultado de una civilización cristiana; que toda democracia irreligiosa es falsa; que los hombres no son soberanos en el mundo político sino cuando Dios es soberano en su alma; que cuanto menos directa es la acción divina sobre el alma humana, tanto más debe serlo la ac-

ción del gobierno visible y político; que es preciso para la libertad democrática del hombre entero, en el que se realiza la triple alianza de la razón, del amor y de la fe. *La libertad ilimitada de examinarlo todo es incompatible con la verdadera democracia*, ella no se establece sólidamente en el terreno de la duda, sino en el de la fe.

Escuché con sumo placer el último discurso de usted pronunciado en la Iglesia de la Redención. Usted sabe todo lo que el hombre y las sociedades pueden con la fe, y usted debe comprender, mejor que yo, todo lo que imposible a una nación sin fe como la Francia. Digo sin fe, señor, porque desgraciadamente, los católicos no son más que *un partido* en Francia. El día que la Francia entera sea cristiana, entonces se salvará; sin eso sólo Dios puede salvar su arrepentimiento.

Yo no pido a usted su aprobación, señor, no soy más que un discípulo, un soldado desconocido de la causa del bien, pero deseara recibir un estímulo de sus labios, si lo merezco; y le ruego hable de religión siempre que usted habla de la democracia. Entonces estoy cierto que usted dirá grandes verdades, porque se colocará al lado de la verdad eterna.

Admita usted, señor, las seguridades de la admiración y del respeto de su humilde servidor.

FÉLIX FRÍAS.

## RESPUESTA DE M. GUIZOT

He leído, señor, con un vivo interés las reflexiones que me habéis hecho el honor de dirigirme. Creo, como vos, que la principal sino la única causa de nuestro malestar social, se halla en el estado íntimo de las almas. Ciertamente, de todas las formas de sociedad y de gobierno, la democrática es la que más necesidad tiene de creencias firmes y de costumbres severas. El pueblo que no ve a Dios a cada instante, y más arriba de él y en su interior mismo, no puede gobernarse ni ser tampoco gobernado.

Deseo de todo corazón, señor, que las ideas que me expresáis lleguen a hacerse populares, y tal vez tengáis bien pronto ocasión de saber cuán conformes son ellas a las mías.

Recibid entretanto las seguridades de mi distinguida consideración.

GUIZOT.

Val Richer, 22 de Agosto de 1851.

## LA OMNIPOTENCIA DEL ESTADO ES LA NEGACION DE LA LIBER- TAD INDIVIDUAL

(Discurso pronunciado en el acto de la colación de Grados,  
en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el 24 de  
Mayo de 1880.)

UNA de las raíces más profundas de nuestras tiranías modernas en Sud-América, es la noción greco-romana del patriotismo y de la Patria, que debemos a la educación medio clásica que nuestras universidades han copiado a la Francia.

La Patria tal como la entendían los griegos y los romanos, era esencial y radicalmente opuesta a lo que por tal entendemos en nuestros tiempos y sociedades modernas. Era una institución de origen y carácter religioso y santo; equivalente a lo que es hoy la Iglesia, por no decir más santo que ella, pues era la asociación de las almas, de las personas y de los intereses de sus miembros.

Su poder era omnipotente y sin límites respecto de los individuos de que se componía.

La Patria así entendida, era y tenía que ser, la negación de la *libertad individual*, en la que cifran la libertad todas las sociedades modernas que son realmente libres. El hombre individual se debía todo entero a la Patria; le debía su alma, su persona, su voluntad, su fortuna, su vida, su familia, su honor.

Reservar a la Patria alguna de esas cosas, era traicionarla; era como un acto de impiedad.

Según estas ideas, el patriotismo era no solo conciliable, sino idéntico y el mismo que el despotismo más absoluto y omnímodo en el orden social.

La gran revolución que trajo el cristianismo en las nociones del hombre, de Dios, de la familia, de la sociedad toda entera, cambió radical y diametralmente las bases del sistema social greco-romano.

Sin embargo, el renacimiento de la civilización antigua de entre las ruinas del Imperio romano y la formación de los estados modernos, conservaron o revivieron los cimientos de la civilización pasada y muerta, no ya en el interés de los Estados mismos, todavía informes, sino en la majestad de sus gobernantes, en quienes se personificaban la majestad, la omnipotencia y autoridad de la Patria.

De ahí el despotismo de los reyes absolutos que surgieron de la feudalidad de la Europa regenerada por el cristianismo.

El Estado, o la Patria, continuó siendo omnipotente respecto de la persona de cada uno de sus miembros, pero la Patria personificada en sus monarcas o soberanos, no en sus pueblos.

La omnipotencia de los reyes, tomó el lugar de la omnipotencia del Estado o de la Patria.

Los que no dijeron: "El Estado soy yo", lo pensaron y creyeron como el que lo dijo.

Sublevados contra los reyes, los pueblos los reemplazaron en el ejercicio del poder de la Patria, que al fin era más legítimo en cuanto a su origen. La soberanía del pueblo tomó el lugar de la soberanía de los monarcas, aunque teóricamente.

La Patria fué todo y el único poder de derecho, pero conservando la índole originaria de su poder absoluto y omnímodo sobre la persona de cada uno de sus miembros; la omnipotencia de la Patria misma siguió siendo la negación de la libertad del individuo en la república, como lo había sido en la monarquía: y la sociedad cristiana y moderna, en que el hombre y sus derechos son teóricamente lo principal, siguió en realidad gobernándose por las reglas de las sociedades antiguas y paganas, en que la Patria era la negación más absoluta de la libertad.

Divorciado con la libertad, el patriotismo se unió con la gloria, entendida como los griegos y los romanos la entendieron.

Esta es la condición presente de las sociedades de origen greco-romano en ambos mundos.

Sus individuos, más bien que libres, son los siervos de la Patria.

La Patria es libre, en cuanto no depende del extranjero; pero el individuo carece de libertad en cuanto depende del Estado de un modo omnímodo y absoluto. La Patria es libre en cuanto absorbe y monopoliza las libertades de todos sus individuos, pero sus individuos no lo son, porque el Gobierno les tiene todas sus libertades.

Tal es el régimen social que ha producido la Revolución francesa, y tal la sociedad política que en la América greco-latina de raza han producido el ejemplo y repetición, que dura hasta el presente, de la Revolución francesa.

El *Contrato social* de Rousseau, convertido en catecismo de nuestra revolución, por su ilustre corifeo el doctor Moreno, ha gobernado a nuestra sociedad, en que el ciudadano ha seguido siendo una pertenencia del Estado o de la Patria, encarnada y personificada en sus gobiernos, como representantes naturales de la majestad del Estado omnipotente.

La omnipotencia del Estado ejercida según las reglas de las sociedades antiguas de Grecia y Roma, ha sido la razón de ser de sus representantes los gobiernos, llamados libres sólo porque dejaron de emanar del extranjero.

---

Otro fué el destino y la condición de la sociedad que puebla la América del Norte.

Esa sociedad, radicalmente diferente de la nuestra, debió al origen trasatlántico de sus habitantes sajones, la dirección y comprensión de su régimen político de gobierno, en que la libertad de la Patria tuvo por límite la libertad sagrada del individuo. Los *derechos del hombre* equilibraron allí en su valor a los *derechos de la Patria*, y si el Estado fué libre del extranjero, los individuos no lo fueron menos respecto del Estado. Eso fué en Europa la sociedad anglo-sajona y eso fué en Norte-América la sociedad anglo-americana, caracterizadas ambas por el desarrollo soberano de la libertad individual, más que por la libertad exterior o independencia del Estado, debida mayormente a su geografía insular en Inglaterra, y a su aislamiento trasatlántico en Estados Unidos.

La libertad en ambos pueblos sajones, no consistió en ser independiente del extranjero, sino en ser cada ciudadano independiente de su gobierno patrio.

Los hombres fueron libres porque el Estado, el poder de su gobierno no fué omnipotente, y el Estado tuvo un poder limitado por la esfera de la libertad o el poder de sus miembros, a causa de que su gobierno no tuvo por modelo el de las sociedades griega y romana.

Montesquieu ha dicho que la Constitución inglesa salió de los bosques de la Germania, en lo que



tal vez quiso decir que los destructores germanos del Imperio romano fueron libres porque su gobierno no fué de origen ni tipo latinos.

A la libertad del individuo, que es de la libertad por excelencia, debieron los pueblos del Norte la opulencia que los distingue.

---

Los pueblos del Norte no han debido su opulencia y grandeza al poder de sus gobiernos, sino al poder de sus individuos. Son el producto del egoísmo más que del patriotismo. Haciendo su propia grandeza particular, cada individuo contribuyó a labrar la de su país. (1)

Este aviso interesa altamente a la salvación de las Repúblicas americanas de origen latino.

Sus destinos futuros deberán su salvación al individualismo; o no los verán jamás salvados si esperan que alguien los salve por patriotismo.

El egoísmo bien entendido de los ciudadanos, solo es un vicio para el egoísmo de los gobiernos, que personifican a los Estados. En realidad, el afán del propio engrandecimiento, es el afán virtuoso de la propia grandeza del individuo, como factor fundamental que es del orden social, de la familia, de la propiedad, del hogar, del poder y bienestar de cada hombre.

---

(1) Riqueza de las naciones, por Adam Smith.

Las sociedades que esperan su felicidad de la mano de sus gobiernos, esperan una cosa que es contraria a la naturaleza. Por la naturaleza de las cosas, cada hombre tiene el encargo providencial de su propio bienestar y progreso, porque nadie puede amar el engrandecimiento de otro, como el suyo propio; no hay medio más poderoso y eficaz de hacer la grandeza del cuerpo social, que dejar a cada uno de sus miembros individuales el cuidado y poder pleno de labrar su personal engrandecimiento.

Ese es el orden de la naturaleza, y por eso es el mejor y más fecundo en bienes reales. De ello es un testimonio la historia de las sociedades sajonas del norte de ambos mundos.

Los Estados son ricos por la labor de sus individuos; y su labor es fecunda porque el hombre es libre, es decir, dueño y señor de su persona, de sus bienes, de su vida, de su hogar.

Cuando el pueblo de esas sociedades necesita alguna obra o mejoramiento de público interés, sus hombres se miran unos a otros, se buscan, se reúnen, discuten, ponen de acuerdo sus voluntades y obran por sí mismos en la ejecución del trabajo que sus comunes intereses necesitan ver satisfecho.

En los pueblos latinos de origen, los individuos que necesitan un trabajo de mejoramiento general, alzan los ojos al Gobierno, suplican, lo esperan todo de su intervención y se quedan sin agua, sin

luz, sin comercio, sin puentes, sin muelles, si el gobierno no se los dá todo hecho.

---

Pero no debemos olvidar que no fué griego ni romano todo el origen de la omnipotencia del Estado y de su gobierno entre nosotros sud-americanos. En todo caso, no sería ese sino el origen mediato, pues el inmediato origen de la omnipotencia en que se ahogan nuestras libertades individuales, fué el organismo que España dió a sus Estados coloniales en el nuevo Mundo, cuyo organismo no fué diferente en ese punto, del que España se dió a sí misma en el Viejo Mundo.

Así, la raíz y origen de nuestras tiranías modernas en Sud-América es no solamente nuestro origen remoto o greco-romano, sino también nuestro origen inmediato y moderno de carácter español.

La España nos dió la complexión que debía ella misma a su pasado de colonia romana que fué, antes de ser provincia romana.

La Patria en sus nociones territoriales, absorbió siempre al individuo y se personificó en sus gobiernos el *derecho divino* y sagrado, que eclipsaron del todo los derechos del hombre.

---

La omnipotencia del Estado o el poder omnimodo e ilimitado de la Patria respecto de los in-

individuos que son sus miembros, tiene por consecuencia necesaria la omnipotencia del Gobierno en que el Estado se personifica, es decir, el despotismo puro y simple.

Y no hay más medio de conseguir que el Gobierno deje o no llegue a ser omnipotente sobre los individuos de que el Estado se compone, sino haciendo que el Estado mismo deje de ser ilimitado en su poder respecto del individuo, factor elemental de su pueblo. Un ejemplo de esto: cuando el Gobernador de Buenos Aires recibió en 1835 de los representantes del Estado la suma de sus poderes públicos, no lo tuvo por la ley que aparentó discernírselo. La ley, lejos de ser causa y origen de ese poder, tuvo por razón de ser y causa a ese poder mismo que ya existía en manos del jefe del Estado omnipotente por *la Ordenanza de Intendentes*, constitución española del *Virreynato de Buenos Aires*, según cuyas palabras, debía continuar el *Virrey gobernador y capitán general con el poder omnimodo y las facultades extraordinarias que le daban esa constitución y las Leyes de Indias* de su referencia.

La contextura que el gobierno hispano-argentino recibió de esa legislación, es la que sus leyes ulteriores de la Revolución no han reconstruido de hecho hasta hoy en ese punto; y la República, como el Virreinato colonial, siguió entendiendo el poder de la Patria sobre sus miembros, como lo en-

tendieron las antiguas sociedades de Grecia y de Roma.

A pesar de nuestras constituciones modernas, copiadas de las que gobiernan a los países libres de origen sajón, a ningún liberal le ocurriría entre nosotros, dudar de que el derecho del individuo debe inclinarse y ceder ante el derecho del Estado, en ciertos casos.

La República, por tanto, continuó siendo en este punto gobernada para provecho de los poderes públicos que han reemplazado al poder especial que le dió, siendo su colonia, la contextura y compleción que convenía a su real e imperial beneficio.

La corona de España, no fundó sus colonias de América para hacer la riqueza y poder de sus colonos, sino para hacer su negocio y poder propio de la corona misma. Pero, para que esta mira no degenerase en un sistema capaz de dar la riqueza y el poder a los colonos, en lugar de darlos al monarca, la colonia recibió la Constitución social y política que debía de hacer a su pueblo un mero instrumento del Real Patrimonio, un simple productor fiscal de cuenta de su Gobierno y para su real beneficio.

Sin duda que las constituciones que reglaron después le conducta del gobierno de la República, calificaron de *crimen legislativo* el acto de dar poderes extraordinarios y omnímodos a sus gobernantes; pero esa magnífica disposición no impidió que la suma de todos los poderes y fuerzas econó-

micas del país quedasen de hecho a la discreción del Gobierno, que puede usar de él por mil medios indirectos.

¿Cómo así?

Si dejáis en manos de la Patria, es decir del Estado, la suma del poder público, dejais en manos del Gobierno que representa y obra por el Estado, esa suma entera del poder público.

Si lo hacéis por una Constitución, esa Constitución será una máquina productora de un despotismo tiránico que no dejará de aparecer a su tiempo, por la mera razón de existir la máquina, que le servirá de causa y ocasión suficiente.

Por constitución entiendo aquí, no la ley escrita a que damos este nombre, sino la compleción o construcción real de la máquina del Estado.

Si esta máquina es un hecho de la historia del país, en vano la Constitución escrita pretenderá limitar los poderes del Estado respecto del derecho de sus individuos; en el hecho esos poderes seguirán siendo omnipotentes.

Son testimonio confirmatorio de esta observación, los gobiernos republicanos que han reemplazado en la dirección del reciente y moderno Estado, al que lo fundó, organizó y condujo por siglos como colonia perteneciente a un Gobierno absoluto y omnimodo.

Mientras la máquina que hace omnipotente el poder del Estado exista viva y palpitante de hecho, bien podría llamarse República libre y representa-

tiva por su Constitución escrita: su constitución histórica y real guardada en sus entrañas, la hará ser siempre una colonia o patrimonio del Gobierno republicano, sucesor de su Gobierno realista y pasado.

El primer deber de una gran revolución hecha con la pretensión de cambiar de régimen social de gobierno, es cambiar la contextura social que tuvo por objeto hacer de pueblo colonial una máquina fiscal productora de fuerza y de provecho en servicio de su dueño y fundador metropolitano. De otro modo, las rentas y productos de la tierra y del trabajo anual del pueblo, seguirían yendo, bajo la república nominal, a donde fuesen bajo la monarquía efectiva, ¿a dónde por ejemplo? a todas partes, menos a manos del pueblo.

Las viejas arcas que eran recipientes del real tesoro, se perderán como las aguas de un río que se derrama y resume en los campos o se disipa en acequias que van a regar los vergeles de la clase o porción del pueblo a quien ha cabido el privilegio de seguir ocupando la esfera del antiguo poder metropolitano, en lo que es el goce de los beneficios que la real máquina seguirá haciendo del suelo y trabajo del país.

En las manos de esa porción o clase privilegiada del país oficial, seguirá existiendo el poder y la libertad de que seguirán viéndose excluidos y privados los pueblos, sucesores nominales de los antiguos soberanos.

No será el Estado sino su representante (que es el Gobierno del Estado) el que seguirá ejerciendo y gozando la omnipotencia de los medios y poderes entregados a la Patria por la maquinaria del viejo edificio primitivo y colonial persistente.

Pero dejar en manos del Gobierno de la Patria todo el poder público adjudicado a la Patria misma, es dejar a todos los ciudadanos que componen el pueblo de la Patria sin el poder individual en que consiste la libertad individual, que es toda y la real libertad de los países que se gobiernan, que se educan, que se enriquecen y engrandecen a si mismos, por la mano de sus particulares, no de sus gobiernos.

“Los antiguos, dice Coulanges, habían dado tal poder al Estado, que el día en que un tirano tomaba en sus manos esta omnipotencia, los hombres no tenían ya ninguna garantía contra él, y él era realmente el señor de su vida y de su fortuna.”

---

De las consideraciones que preceden, se deduce que el despotismo, la tiranía frecuente de los países de Sud-América, no residen en el déspota y en el tirano, sino en la máquina o construcción mecánica del Estado, por la cual todo el poder de sus individuos refundido y condensado, cede en provecho de su gobierno y queda en manos de su



institución. El déspota y el tirano, son el efecto y el resultado, no la causa de la omnipotencia de los medios y fuerzas económicas del país puestas en poder del establecimiento de su gobierno y del círculo personal que personifican al Estado, por la maquinaria del Estado mismo. Sumergida y ahogada la libertad de los individuos en ese caudal de poder público ilimitado y omnipotente, es ejercida en nombre de un patriotismo tras del cual vive eclipsada la libertad del individuo, que es la libertad patriótica por excelencia.

Así se explica que en las sociedades antiguas de la Grecia y de Italia en que ese orden de cosas era de ley fundamental, las libertades individuales de vida, de conducta, de pensamiento, de opinión, fueron del todo desconocidas. El patriotismo tenía entonces en esas sociedades el lugar que tiene el *liberalismo* en las sociedades actuales de tipo y de origen sajón. El despotismo recibía su sanción y excusa del patriotismo del gobierno omnipotente en que la Patria estaba personificada.

La razón de esa omnipotencia de la Patria entre los antiguos, es digna de tenerse siempre presente por los pueblos modernos, que toman por modelos a esos organismos muertos, de índole, de principios y de propósitos radical y esencialmente opuestos.

---

¿Qué eran en efecto la Patria y el patriotismo, en el sistema social y político de las antiguas socie-

dades de Grecia y Roma? Insistamos en explicarlo.

La palabra *Patria*, entre los antiguos, según De Coulanges, significaba la tierra de los padres, *terra Patria*. La Patria de cada hombre era la parte del suelo que su religión doméstica o nacional había santificado, la tierra en que estaban depositadas las osamentas de sus antecesores y que estaban ocupadas por sus almas. *Tierra sagrada de la Patria*, decían los griegos. Ese suelo era literalmente *sagrado* para el hombre de ese tiempo, porque estaba habitado por sus dioses. *Estado, Patria, Ciudad*, estas palabras no eran una mera abstracción, como en los modernos; representaban realmente todo un conjunto de divinidades locales, con un culto de todos los días, y creencias poderosas sobre el alma. Sólo así se explica el patriotismo entre los antiguos; sentimiento enérgico que era para ellos la virtud suprema, en que todas las virtudes venían a refundirse.

Una Patria semejante no era para el hombre un mero domicilio. La Patria tenía ligado al hombre por un vínculo sagrado. Tenía que amarla como se ama a una religión, obedecerla como se obedece a Dios: darse a ella todo entero; cifrar todo en ella, consagrarle su ser. El griego y el romano, no morían por desprendimiento en obsequio de un hombre, o por punto de honor; pero a su Patria le debían su vida. Porque si la Patria era atacada, es su religión la que se ataca, decían ellos. Combatían verdaderamente por sus altares, por sus

hogares, *pro aris et focis*; porque si el enemigo se amparaba en la ciudad, sus altares eran derribados, sus fogones extinguidos, sus tumbas profanadas, sus dioses destruidos, su culto despedazado. El amor a la Patria era la piedad misma de los antiguos. Para ellos, Dios no estaba en todas partes. Los dioses de cada hombre eran aquellos que habitaban su casa, su ciudad, su cantón. (1).

El desterrado dejando a su Patria tras sí, dejaba también sus dioses. Pero como la religión era la fuente de que emanaban sus derechos civiles, el desterrado perdía todo esto, perdiendo la religión de su país, por el hecho de su destierro: no tenía ya derecho de propiedad. Sus bienes eran todos confiscados en provecho de los dioses y del Estado. No teniendo culto, no tenía ya familia: dejaba de ser marido y padre.

El destierro de la Patria no parecía un suplicio más tolerable que la muerte. Los jurisconsultos romanos le llamaban *pena capital*. (2).

¿De dónde nacían estas nociones sobre Patria y el patriotismo?

Era que la *ciudad* había sido fundada en una religión y constituía como una iglesia. De ahí la fuerza, la omnipotencia y absoluto imperio que la Patria ejercía sobre sus miembros. Se concibe que en una sociedad establecida sobre tales prin-

---

(1) De Coulanges, "Cité antique".

(2) De Coulanges, "Cité antique".

cipios, la *libertad individual* no pudiese existir. No había nada en el hombre que fuese independiente. Ni su vida privada escapaba a esta omnipotencia del Estado.

Los antiguos no conocían, pues, ni la libertad de la vida privada, ni la libertad de educación, ni la libertad religiosa. La persona humana era contada por muy poca cosa delante de esa autoridad santa y casi divina que se llamaba la *Patria* o el *Estado*.

No era extraño, según estos precedentes históricos, que, tergiversados en su sentido, indujesen a los revolucionarios franceses del siglo pasado, imitadores inconscientes de la antigua sociedad de Grecia y de Roma, imitasen con exaltación esos modelos muertos.

La funesta máxima revolucionaria de que la *Salud del Estado es la ley suprema de la sociedad*, fué formulada por la antigüedad griega y romana.

Se pensaba entonces que el derecho, la justicia, la moral, todo debía ceder ante el interés de la *Patria*.

No ha habido, pues, un error más grande que el de creer que, en las ciudades antiguas, el hombre disfrutara de la libertad. Ni la idea siquiera tenían de ella. No creían que pudiese existir derecho alguno en oposición a la ciudad y sus dioses.

---

Es verdad que revoluciones ulteriores cambiaron esa forma de gobierno; pero la naturaleza del Estado, quedó casi la misma. El gobierno se llamó sucesivamente *monarquía*, *aristocracia*, *democracia*; pero ninguna de esas revoluciones dió a los hombres la verdadera libertad, que es la libertad individual.

Tener derechos políticos, votar, nombrar o elegir magistrados, poder ser uno de ellos, es todo lo que se llamaba libertad; pero el hombre no continuaba menos avasallado al Estado, que antes lo estuvo.

Concíbese que hablando de una antigüedad tan remota y desconocida, con esta seguridad, yo me apoye en autoridades que han hecho una especialidad de su estudio casi técnico. La que dejo explotada por ejemplo, pertenece a una de las más grandes capacidades de la *Escuela Normal* de Francia.

No es que la erudición alemana sea menos competente para interpretar a la antigüedad en materia de instituciones sociales, sino que la de un país latino, como Francia, es más comprensible para la América del mismo origen, que ha imitado en su revolución sus mismos errores y caído en sus mismos escollos, de que la ciencia moderna de los franceses comienza a darse cuenta, por la pluma de pensadores como A. de Tocqueville, de Coulanges, de Taine, desde algunos años a esta parte.

---

Pero ahí no quedaron las cosas del naciente orden de las sociedades civilizadas de la Europa cristiana. Ya desde antes que la grande y definitiva religión produjese como su obra a la sociedad moderna, la misma sociedad antigua había empezado a cambiar, con la madurez y progreso natural de las ideas, sus instituciones y reglas de gobierno.

De esto, sin embargo, parecen no darse bastante cuenta los pueblos actuales, que han buscado en la restauración o renacimiento de la antigüedad civilizada los elementos y base de organización de la sociedad moderna.

El Estado había quedado ligado estrechamente a la religión, procedía de ella y se confundía con ella.

Por eso es que en la ciudad primitiva, todas las instituciones políticas habían sido instituciones religiosas. (1)

Las fiestas habían sido ceremonias del culto; las leyes habían sido fórmulas sagradas; los reyes y los magistrados habían sido sacerdotes. Es por eso mismo que la libertad individual había sido desconocida y que el hombre no había podido sustraer su conciencia misma a la omnipotencia de la ciudad. Es por ello, en fin, que el Estado había quedado limitado a las proporciones de una villa, sin poder salvar el recinto que sus dioses nacionales le habían trazado en su origen. Cada ciudad te-

---

(1) "Citté antique", pág. 415.

nía no sólo su independencia, sino también su culto y su código. La religión, el derecho, el gobierno, todo era municipal. La ciudad era la única fuerza viva; ninguna cosa más arriba, ninguna más abajo, es decir, ni unidad nacional, ni libertad individual. — *Cité antique*).

Pero este régimen desapareció con el desarrollo del espíritu humano, y el principio de la asociación de los hombres, una vez cambiado, tanto el gobierno como la religión y el derecho perdieron ese carácter municipal que habían tenido en la antigüedad.

Un nuevo principio, la filosofía de los estoicos, ensanchando las nociones de la humana asociación, emancipó al individuo. No quiso ya que la persona humana fuese sacrificada al Estado. Este gran principio, que la antigua ciudad había desconocido, debía ser un día la más santa de las reglas de la política de todos los tiempos.

Se comenzó entonces a comprender que había otros deberes hacia la Patria o el Estado; otras virtudes que las virtudes cívicas. El alma se ligó a otros objetos que a la Patria. La *ciudad antigua* había sido tan poderosa y tan tiránica, que de ella había hecho el hombre el fin de todo su trabajo y de todas sus virtudes; la Patria había sido la regla de lo bello y de lo humano, y no había heroísmo sino para ella.

---

En medio de los cambios que se habían producido en las instituciones, en las costumbres, en las creencias, en el derecho, el patriotismo mismo había cambiado de naturaleza, y es una de las cosas que más contribuyeron a los grandes progresos de Roma.

No hay que olvidar lo que había sido el sentimiento del patriotismo en la primera edad de las ciudades griegas y romanas. Formaba parte de la religión de aquellos tiempos, se amaba a la Patria porque se amaba a sus dioses protectores; porque en ella se hallaba su altar, un fuego divino, fiestas, plegarias, himnos, y porque fuera de la Patria no había ni dioses ni culto. Tal patriotismo era una fe, un sentimiento piadoso. Pero cuando la casta sacerdotal perdió su dominación, esa clase de patriotismo desapareció de la ciudad con ella. El amor de la ciudad no pereció, pero tomó una forma nueva.

No se amó ya a la Patria por su religión y sus dioses; se la amó solamente por sus leyes, por sus instituciones, por los derechos y la seguridad que ella acordaba a sus miembros.

Ese patriotismo nuevo, no tuvo los efectos que el de los viejos tiempos. Como el corazón no se apegaba ya al altar, a los dioses protectores, al suelo sagrado, sino únicamente a las instituciones y a las leyes, que en el estado de inestabilidad en que todas las ideas se encontraban entonces, cambiaban frecuentemente, el patriotismo se volvió un senti-



miento variable e inconstante, que dependió de las circunstancias y que estuvo sujeto a iguales fluctuaciones que el gobierno mismo.

Ya no se amó a la Patria sino en tanto que se amaba el régimen político que prevalecía en ella a la sazón. El que encontraba malas sus leyes, no tenía ya vínculo que lo apegase a ella.

El patriotismo municipal se debilitó de ese modo y pereció en las almas. La opinión de cada uno le fué más sagrada que su Patria, y el triunfo de su partido le vino a ser más caro que la grandeza o gloria de su ciudad. Cada uno vino a preferir sobre su ciudad natal, si allí no hallaba las instituciones que él amaba, a tal otra ciudad en que veía esas instituciones en vigor. Entonces se comenzó a emigrar más voluntariamente; se temió menos el destierro. Ya no se pensaba en los dioses protectores y se acostumbraban fácilmente a separarse de la Patria.

Se buscó la alianza de una ciudad enemiga para hacer triunfar su partido en la propia.

Pocos griegos habían que no estuviesen prontos a sacrificar la independencia municipal, para tener la constitución que ellos preferían.

En cuanto a los hombres honestos y escrupulosos, las disensiones perpetuas de que eran testigos, les daba el disgusto del régimen local o municipal. No podían, en efecto, gustar de una forma de sociedad en que era preciso batirse todos los

días, en que el pobre y el rico estaban siempre en guerra.

Se empezaba a sentir la necesidad de salir del sistema municipal para llegar a otra forma de gobierno que el de la ciudad o local. Muchos hombres pensaban al menos en establecer más arriba de las ciudades una especie de poder soberano, que velase en el mantenimiento del orden y que obligase a esas pequeñas ciudades turbulentas a vivir en paz.

En Italia no pasaban las cosas de otro modo que en Roma.

Esa disposición centralista de los espíritus hicieron la fortuna de Roma, dice De Coulanges.

La moral de la historia de ese tiempo es que Roma no hubiese alcanzado la grandeza que la puso a la cabeza del mundo, si no hubiese salido del espíritu local o municipal y si el patriotismo nacional no hubiese reemplazado al patriotismo local o provincial. (1)

Así se diseñaban dos cambios en el prospecto de la humanidad, que debían conducir a la concepción de una autoridad nacional y suprema, más alta que la del estado municipal, y que la libertad del hombre erigida en faz de la Patria y del Estado, como formando un contrafuerte de su edificio.

---

(1) De Coulanges, lib. V, cap. II.

Así el patriotismo grande ni chico no marcó el último progreso de la humana sociedad.

Faltaba la aparición y el reinado del *individualismo*, es decir de la libertad del hombre, levantada y establecida a la faz de la Patria y del patriotismo, coexistiendo con ellos armónicamente.

Fué el carácter y distintivo que las sociedades libres y modernas tomaron del espíritu y de la influencia del cristianismo, fuente y origen de la moderna libertad humana, que ha transformado al mundo.

Se puede decir con verdad, que la sociedad de nuestros días debe al *individualismo* así entendido, los progresos de su civilización. En este sentido, no es temerario establecer que el mundo civilizado y libre, es la obra del egoísmo individual, cristianamente entendido: *Ama a Dios sobre todo, enseñó él, y a tu prójimo como a ti mismo*, santificando de este modo el amor de sí a la par del amor del hombre.

No son las libertades de la Patria las que han engrandecido a las naciones modernas, sino las libertades individuales, con que el hombre ha creado y labrado su propia grandeza personal; factor elemental de la grandeza de las naciones, realmente grandes y libres, que son las del Norte de ambos mundos.

“La iniciativa privada ha hecho mucho y bien, dice Herbert Spencer.

“La iniciativa privada ha desmontado, desagua-

do, fertilizado nuestras campañas y edificado nuestras ciudades: ella ha descubierto y explotado minas, trazado rutas, abierto canales, construido caminos de hierro con sus trabajos de arte; ella ha inventado y llevado a su perfección el arado, el oficio de tejer, la máquina de vapor, la prensa, innumerables máquinas; ha construido nuestros bajeles, nuestras inmensas manufacturas, los recipientes de nuestro puertos; ella ha formado los bancos, las compañías de seguros, los periódicos, ha cubierto el mar de una red de líneas de vapores, y la tierra de una red eléctrica. La iniciativa privada ha conducido la agricultura, la industria y el comercio a la prosperidad presente y actualmente la impele en la misma vía con rapidez creciente. Por eso desconfiáis de la iniciativa privada?" (1)

Todo eso ha sido hecho por el egoísmo, es decir por el individualismo, tanto en Inglaterra como en nuestra América más o menos. Todo al menos puede ser hecho en nuestros países por esos mismos egoístas de la Europa entrados en nuestro suelo como inmigrados, a condición de que les demos aquí la libertad individual, es decir, la seguridad que allá tienen por las leyes (porque esa libertad, allí significa seguridad, si Montesquieu no ha entendido mal las instituciones inglesas).

¿Acaso en nuestro país mismo ha sucedido otra cosa que en Inglaterra? ¿A quién sino a la iniciati-

---

(1) Ensayos de Moral, Ciencia y Estética.

va privada es debida la opulencia de nuestra industria rural, que es el manantial de la fortuna del Estado y de los particulares?

Han hecho más por ella nuestros mejores gobiernos, que la energía, perseverancia y buena conducta de nuestros estancieros afamados a justo título?

Si hay estatuas que se echen de menos en nuestras plazas son las de esos modestos obreros de nuestra grandeza rural, sin la cual fuera estéril la gloria de nuestra independencia nacional.

Al contrario, ha sucedido con frecuencia: toda la cooperación que el Estado ha podido dar al progreso de nuestra riqueza debía consistir en la seguridad y en la defensa de las garantías protectoras de las vidas, personas, propiedades, industria y paz de sus habitantes; pero eso es cabalmente lo que han interrumpido las frecuentes guerras y revoluciones que no han sido obra de los particulares.

Las más de las veces en Sud-América las revoluciones y asonadas, son oficiales, es decir, productos de la iniciativa del Estado.

---

Después de leer al discípulo, leamos al maestro de Herbert Spencer — al autor de la *Riqueza de las Naciones*, — Adam Smith, que la vé nacer toda entera en su formación natural de la iniciativa inteligente y libre de los individuos;

“Es a veces la prodigalidad y la mala conducta pública, jamás la de los particulares, dice Smith, las que empobrecen a una nación. Todo o casi todo el rédito público es empleado en muchos países en el sostén de gentes no productoras. Tales son esas que componen una corte numerosa y brillante, un grande establecimiento eclesiástico, grandes escuadras y grandes ejércitos, que en tiempos de paz no producen nada; y que en tiempo de guerra no adquieren nada que pueda compensar solamente lo que cuesta su mantemiento, mientras ella dura. Allí todas las gentes que no producen nada por sí mismas, son mantenidas por el producto del trabajo de los otros”.

.....

“El esfuerzo constante, uniforme y no interrumpido de cada particular, para mejorar su condición, principio de donde emana originariamente la opulencia pública y nacional, tanto como la opulencia particular, es a menudo bastante fuerte para hacer marchar las cosas de mejor en mejor, y para mantener en progreso natural, a pesar de la extravagancia del gobierno y de los grandes errores de la administración”.

“Semejante al principio desconocido de la vida animal, él restaura comunmente la salud y el vigor de la constitución, en despique no solamente de la

enfermedad, sino de las absurdas recetas del médico. (1)

.....

“El producto anual de sus tierras y de su trabajo (de Inglaterra), es sin contradicción mucho más grande al presente, que no lo era en tiempo de la restauración o de la revolución. El capital empleado en cultivar esas tierras y en hacer marchar ese trabajo, debe, pues, ser igualmente mucho más grande. En medio de todas las exacciones del Gobierno, ese capital se ha acumulado en silencio y gradualmente, por la economía y buena conducta particular de los individuos, y por el esfuerzo universal, continuo y no interrumpido, que han hecho ellos para mejorar su condición.”

“Este esfuerzo, protegido por las leyes y por la libertad de emplear su energía de la manera más ventajosa, es lo que ha sostenido los progresos de la Inglaterra hacia la opulencia y a la mejora, en casi todas las épocas que han precedido, y lo que los sostendrá todavía, como es de esperar, en todos los tiempos que se sucederán”.

---

Resulta de las observaciones contenidas en este estudio, que lo que entendemos por Patria y pa-

---

(1) Adam Smith, “Riqueza de las Naciones”, libr. II, cap. V,

triotismo habitualmente, son bases y puntos de partida muy peligrosos para la organización de un país libre, porque lejos de conducir a la libertad, puede llevarnos al polo opuesto, es decir, al despotismo, por poco que el camino se equivoque.

Es muy simple el camino por donde el extremo amor a la Patria, puede alejar de la libertad del hombre y conducir al despotismo patrio del Estado. El que ama a la Patria sobre todas las cosas, no está lejos de darle todos los poderes y hacerla omnipotente. Pero, la omnipotencia de la Patria o del Estado, es la exclusión y negación de la libertad individual, es decir de la libertad del hombre, que no es en sí misma sino un poder moderador del poder el Estado.

La libertad individual es el límite sagrado en que termina la autoridad de la Patria.

La omnipotencia de la *Patria* o del *Estado*, es toda la causa y razón de ser de la omnipotencia del gobierno de la Patria, que le sirve de personificación o representación en la acción de su poder soberano.

Así es como se ha visto invocar el patriotismo y la Patria a la *Convención* francesa de 1793 y a la *Dictadura* de Buenos Aires de 1840, en todas las violencias con que han sido holladas las libertades individuales del hombre, para el uso y posesión de su vida, de su hogar, de su opinión, de su palabra, de su voto, de su conducta, de su domicilio y locomoción.



Todos los crímenes públicos contra la libertad del hombre, han podido ser cometidos, no sólo impune, sino legalmente en nombre de la Patria omnipotencia, invocada por su gobierno omnímodo.

La libertad del hombre puede ser no solamente incompatible con la libertad de la Patria, sino que la primera puede ser desconocida y devorada por la otra. Son dos libertades diferentes, que a menudo están reñidas y en divorcio. La libertad de la Patria es la independencia respecto de todo país extranjero. La libertad del hombre es la independencia del individuo respecto del gobierno de su país propio.

La libertad de la patria es compatible con la más grande tiranía, y pueden coexistir en el mismo país. La libertad del individuo deja de existir por el hecho mismo de asumir la Patria la omnipotencia del país.

La libertad individual significa literalmente ausencia de todo poder omnipotente y omnímodo en el Estado y en el Gobierno del Estado.

Las dos libertades no son igualmente fecundas en su poder fecundante de la civilización y del progreso de las naciones. La omnipotencia o despotismo de la Patria, para ser fecundo en bienes públicos, necesita dos cosas:

1º Ser ilustrado; 2º Ser honesto y justo. En Estados nuevos, que ensayan recién la constitución de sus gobiernos libres, la omnipotencia de la Patria es estéril, y la de su gobierno es destructora. La li-

bertad del individuo en tales casos, es la madre y nodriza de todo los adelantos del país, porque su pueblo abunda en extranjeros inmigrados, que han traído al país la inteligencia y la buena voluntad de mejorar su condición individual, mediante la libertad individual que sus leyes le prometen y aseguran. En países que han sido colonias de gobiernos omnímodos y absolutos, los gobiernos de nueva creación son débiles e ininteligentes para labrar el progreso de su civilización.

La omnipotencia de la Patria, es exclusiva no sólo de toda libertad, sino de todo progreso público, porque el obrero favorito de este progreso es el individuo particular, que sabe usar de su energía y de su poder naturales, para conservar y mejorar su persona, su fortuna y su condición de hombre civilizado.

Ahora bien, como la masa o conjunto de esos individuos particulares es lo que se denomina pueblo, en la acepción vulgar de esta palabra, se sigue que es el pueblo y no el gobierno a quien está entregado por las condiciones de la sociedad sud-americana, la obra gradual de su progreso y civilización. Y la máquina favorita del pueblo para llevar a cabo esa elaboración, es la libertad civil o social distribuida por igual entre sus individuos nativos y extranjeros, que forman la asociación o pueblo sud-americano.

Si esta ley natural y fatal de propio engrandecimiento individual se denomina *egoísmo*, forzoso

es admitir que el *egoismo* está llamado a preceder al *patriotismo* en la jerarquía de los obreros y servidores del progreso nacional.

Los adelantos del país deben marchar necesariamente en proporción directa del número de sus egoistas inteligentes, laboriosos y enérgicos, y de las facilidades y garantías que su egoismo fecundo y civilizador encuentra para ejercerse y desenvolverse.

La sociedad sud-americana estaría salvada y asegurada en su porvenir de libertad y de progreso, desde que fuese el egoismo inteligente y no el patriotismo egoista el llamado a construir y edificar el edificio de las Repúblicas de Sud-América.

Y como no es natural que el egoismo sano descuide el trabajo de su propio engrandecimiento individual, so pena de dañar a su interés cardinal, se puede decir con verdad perfecta, que el progreso futuro de Sud-América está garantido y asegurado por el hecho de quedar bajo el protectorado vigilante del egoismo individual, que nunca duerme.

---

La omnipotencia de la Patria, convertida fatalmente en omnipotencia del gobierno en que ella se personaliza, es no solamente la negación de la libertad, sino también la negación del progreso social, porque ella suprime la iniciativa privada en la obra de ese progreso. El estado absorbe toda la

actividad de los individuos, cuando tiene absorbidos todos sus medios y trabajos de mejoramiento. Para llevar a cabo la absorción, el Estado engancha en las filas de sus empleados a los individuos que serían más capaces entregados a sí mismos. En todo interviene el Estado y todo se hace por su iniciativa en la gestión de sus intereses públicos. El Estado se hace fabricante, constructor, empresario, banquero, comerciante, editor y se distrae así de su mandato esencial y único, que es proteger a los individuos de que se compone, contra toda agresión interna y externa. En todas las funciones que no son de la esencia del Gobierno, obra como un ignorante y como un concurrente dañino de los particulares, empeorando el servicio del país, lejos de servirlo mejor.

La materia o servicio de la administración pública, se vuelve industria y oficio de vivir para la mitad de los individuos de que se compone la sociedad. El ejercicio de esa industria administrativa y política, que es mero oficio de vivir, toma el nombre de patriotismo, pues toma el aire de servicio a la Patria el servicio que cada individuo se hace hacer por la Patria para vivir. Naturalmente toma entonces el semblante de amor a la Patria — gran sentimiento desinteresado por esencia — el amor a la mano que procura el pan de que se vive. ¿Cómo no amar a la Patria como a su vida, cuando es la Patria la que hace vivir?

Así el patriotismo no es religión como en los

viejos tiempos griegos y romanos, ni es siquiera superstición ni fanatismo. Es muchas veces mera hipocresía en sus pretensiones a la virtud y en realidad una simple industria de vivir.

Y como los mejores industriales, los más inteligentes y activos son los inmigrantes procedentes de los países civilizados de la Europa y esos no pueden ejercer la industria-gobierno, por su calidad de extranjeros, el mal desempeño del industrialismo oficial viene a dañarlos a ellos, a contener su inmigración y perjudicar a los nacionales que no tienen trabajo en los talleres privilegiados de la administración política.

Si más de un joven en vez de disputarse el honor de recibir un salario como empleado o agente o sirviente asalariado del Estado, prefiriese el de quedar señor de si mismo en el gobierno de su granja o propiedad rural, la Patria quedaría desde entonces colocada en el camino de su grandeza, de su libertad y de su progreso verdadero.

---

Otro de los grandes inconvenientes de la noción romana de la Patria y del patriotismo para el desarrollo de la libertad, es, que como la Patria era un culto religioso en su origen, ella engendraba el entusiasmo y el fanatismo, es decir, el calor y la pasión que ciegan.

De ahí nuestros cantos a la Patria entendida de

un modo místico, que han excedido a los cánticos religiosos del patriotismo antiguo y pagano.

El entusiasmo, ha dicho la libre Inglaterra por la pluma de Adam Smith, es el mayor enemigo de la ciencia, fuente de toda civilización y progreso. El entusiasmo es un veneno que como el opio hace cerrar los ojos y ciega el entendimiento: contra él no hay más antídoto que la ciencia, dice el rey de los economistas.

En la América del Sud envenenada con ese tóxico, el entusiasmo es una calidad recomendable, lejos de ser enfermedad peligrosa (1).

La libertad es fría y paciente de temperamento; racional y reflexiva, no entusiasta como lo demuestra el ejemplo de los pueblos sajones, realmente libres. Los americanos del Norte como los ingleses y los holandeses, tratan sus negocios políticos no con el calor que inspiran las cosas religiosas, sino como lo más prosaico de la vida, que son los intereses que la sustentan. Jamás su calor moderno llega al fanatismo.

El entusiasmo engendra la retórica, el lujo del lenguaje, el tono poético que va tan mal a los negocios, y todas las violencias de la frase, precursoras de las violencias y tiranías de la conducta.

En esas pompa sonoras de la palabra escrita y hablada que es peculiar del entusiasmo, desapare-

---

(1) Smith, "Riqueza de las Naciones", libro V, Cap. I.

ce la idea, que solo vive de la reflexión y de la ciencia fría.

De ahí es que los americanos del Norte, los ingleses y los holandeses no conocen esa poesía patriótica, esa literatura política que exhala en cantos de guerra, que intimidan y ahuyentan a la libertad en vez de atraerla. Los americanos del Norte no cantan la libertad pero la practican en silencio.

La libertad para ellos no es una deidad; es una herramienta ordinaria, como la b arreta y el martillo.

Todo lo que falta a Sud-Am erica para ser libre como los Estados Unidos, es tener el temperamento frío, pacífico, manso y paciente para tratar y resolver los negocios más complicados de la política, que lo es también de los ingleses y de los holandeses, el cual no excluye el calor a veces, pero no va jamás hasta el fanatismo, que enceguece y extravía. La Francia entra en la libertad a medida que contrae ese temple realmente viril, es decir, frío.

---

El entusiasmo patrio es un sentimiento peculiar de la guerra, no de la libertad, que se alimenta de la paz. La guerra misma se ha hecho más fecunda desde que ha cambiado el entusiasmo por la

ciencia, pero es más hija del entusiasmo que de la ciencia.

Por qué vínculo misterioso se han visto hermanadas en la América del Sud las naciones de la Patria, la libertad, el entusiasmo, la gloria, la guerra, la poesía, a que hoy se debe que se traten con tanta pasión las cuestiones públicas, que permanecen indecisas precisamente porque no son tratadas con la serenidad y templanza, que las haría tan expeditivas y fáciles?

No es difícil concebirlo. Vista la Patria como fué considerada por las sociedades griegas y romanas, a cuyos ojos era una institución religiosa y santa, la Patria y su culto llenaron los corazones del entusiasmo inexplicable de las cosas santas. Del entusiasmo al fanatismo la distancia no fué larga. La Patria fué adorada como una especie de divinidad y su culto produjo un entusiasmo ferviente como el de la religión misma. En la independencia natural y esencial de la Patria respecto del extranjero, se hizo consistir toda su libertad, y en su omnipotencia se vió la negación de toda libertad individual capaz de limitar su autoridad divina. Así el guerrero fué el campeón de su libertad contra el extranjero, considerado como enemigo nato de la independencia patria, y la gloria humana consistió en los triunfos de la lucha sostenida en defender la libertad de la patria contra toda dominación de fuera.

**La guerra tomó así su santidad de la santidad**



de su objeto favorito, que fué la libertad de la Patria, la defensa de su suelo sagrado y de la santidad de los estandartes, que eran sus símbolos bendicidos de la Patria, su suelo y sus altares entendidos como los griegos y romanos en un sentido religioso. Consideradas de ese punto de vista las cosas, la Patria fué inseparable de ellas, el entusiasmo que infundían las cosas santas y sagradas. La Patria omnipotente y absoluta absorbió la personalidad del individuo, y la libertad de la Patria, eclipsando a la libertad del hombre, no dejó otro objeto legítimo y sagrado a la guerra, que la defensa de la independencia o libertad de la Patria respecto del extranjero, y su omnipotencia respecto del individuo, que era miembro de ella.

Así fué como en el nacimiento de los nuevos Estados de Sud-América, San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins, Los Carrera, Belgrano, Alvear, Pueyrredón, que se habían educado en España y tomado allí sus nociones de patria y libertad, entendiendo la libertad americana a la española, la hicieron consistir toda entera en la independencia de los nuevos Estados respecto de España, como España la había entendido respecto de Francia, cuando la guerra con Napoleón I.

Esos grandes hombres fueron sin duda campeones de la libertad de América, pero de la libertad en el sentido de la independencia de la Patria respecto de España; y si no defendieron también la omnipotencia de la Patria respecto de sus miembros

individuales, tampoco defendieron la libertad individual entendida como límite del poder de la Patria o del Estado, porque no comprendieron ni conocieron la libertad en ese sentido, que es su sentido más precioso. ¿Dónde, de quién podían haberla aprendido? ¿De España, que jamás la conoció, en el tiempo en que ellos se educaron allí?

Wáshington y sus contemporáneos no estuvieron en ese caso, sino en el caso opuesto. Ellos conocían mejor la libertad individual que la independencia de su país, porque habían nacido, crecido y vivido desde su cuna, disfrutando de la libertad del hombre, bajo la misma dependencia de la libre Inglaterra.

Así fué que después de conquistar la independencia de su patria, los individuos que eran miembros de ella se encontraron tan libres como habían sido desde la fundación de esos pueblos, y su constitución, de nación independiente, no hizo sino confirmar sus viejas libertades interiores, que ya conocían y manejaban como veteranos de la libertad.

La gloria de nuestros grandes hombres fué más deslumbrante, porque nació del entusiasmo que produjeron la guerra y las victorias de la independencia de la Patria, que nació omnipotente respecto de sus individuos, como lo había sido la madre patria bajo el régimen omnímodo del gobierno de sus reyes, en que la Patria se personificaba. La gloria omnipotente de nuestros grandes guerre-

ros de la Independencia, como nació el entusiasmo por la Patria, que había sido todo su objeto, porque la entendían en el sentido casi divino que tuvo en la vieja Roma y en la vieja España; la gloria de nuestras grandes personalidades históricas de la guerra de la Independencia de la Patria, continuó eclipsando a la verdadera libertad, que es la libertad del hombre, llegando el entusiasmo por esos hombres simbólicos hasta tomar a la libertad sus altares mismos.

---

Este es el terreno en que se han mantenido hasta aquí la dirección de nuestra política orgánica y nuestra literatura política y social, en que las libertades de la Patria han eclipsado y hecho olvidar las libertades del individuo, que es el factor y unidad de que la Patria está formada.

¿De dónde deriva su importancia la libertad individual? De su acción en el progreso de las naciones.

Es una libertad múltiple o multiforme, que se descompone y ejerce bajo estas diversas formas:

—Libertad de querer, optar y elegir.

—Libertad de pensar, de hablar, escribir; —

—Libertad de obrar y proceder, opinar y publicar.

—Libertad de trabajar, de adquirir y disponer de lo suyo.

—Libertad de estar o de irse, de salir y entrar en su país, de locomoción y de circulación.

—Libertad de conciencia y de culto.

—Libertad de emigrar y de no moverse de su país.

—Libertad de testar, de contratar, de enagenar, de producir y adquirir.

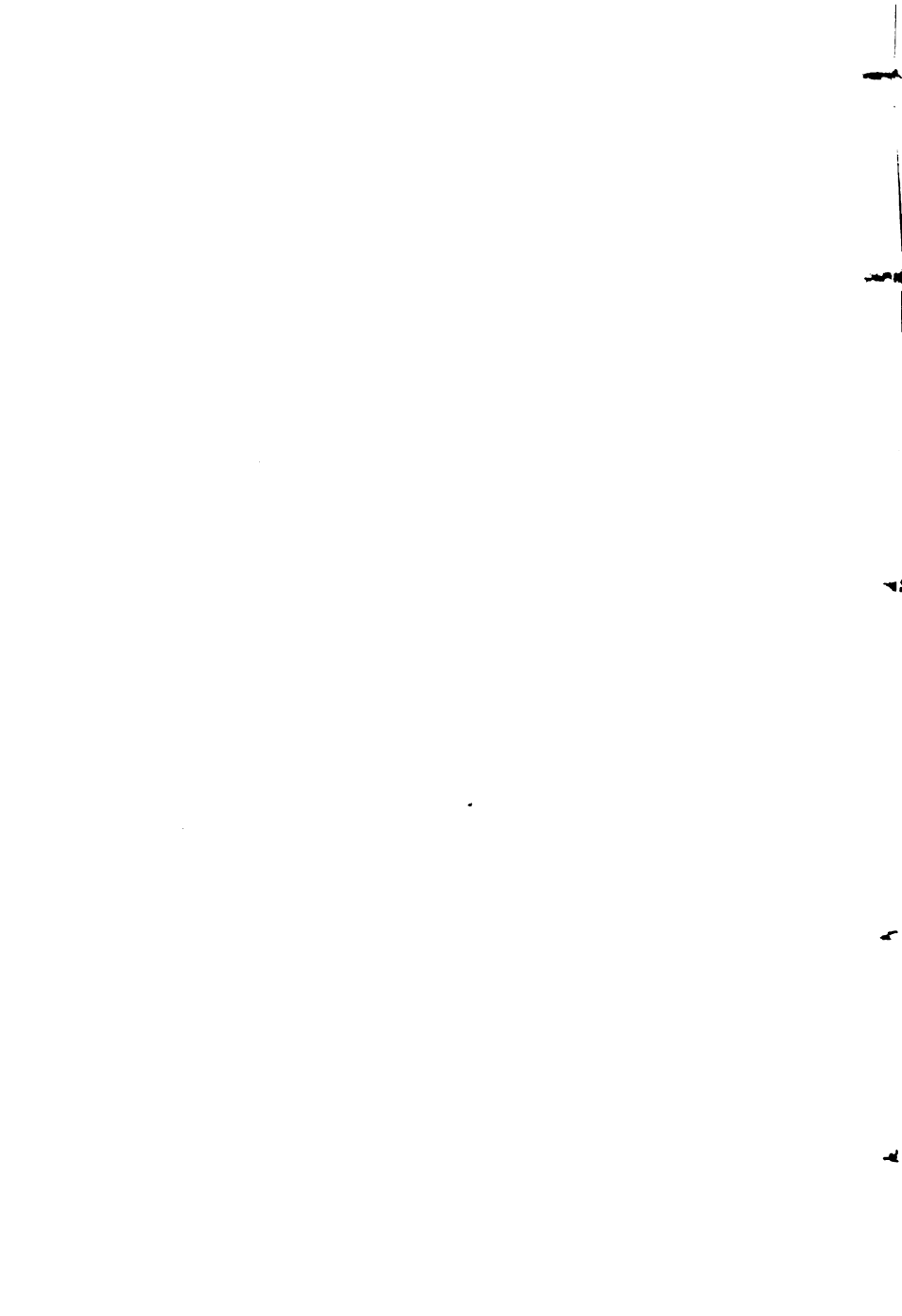
Como ella encierra el círculo de la actividad humana, la libertad individual, que es la capital libertad del hombre, es la obrera principal e inmediata de todos sus progresos, de todas sus mejoras, de todas las conquistas de la civilización, en todas y cada una de las naciones.

Pero la rival más terrible de esa hada de los pueblos civilizados, es la Patria omnipotente y omnímoda, que vive personificada fatalmente en gobiernos omnímodos y omnipotentes, que no la quieren porque es límite sagrado de su omnipotencia misma.

Conviene, sin embargo, no olvidar que así como la libertad individual es la nodriza de la Patria, así la libertad de la Patria es el paladium de las libertades del hombre, que es miembro esencial de esa Patria. Pero ¿cuál puede ser la Patria más interesada en conservar nuestras personas y nuestros personales derechos, sino aquella de que nuestra persona es parte y unidad elemental?

Por decirlo todo en una palabra final, la libertad de la Patria es una faz de la libertad del hombre civilizado, fundamento y término de todo el edificio social de la humana raza.

**DOS ENTREVISTAS  
HISTORICAS**



## EL GENERAL SAN MARTIN EN 1843

*París, 14 de Septiembre de 1843.*

EL 1º de Septiembre, a eso de las once de la mañana, estaba yo en casa de mi amigo el señor D. M. J. de Guerrico, con quien debíamos asistir al entierro de una hija del señor Ochoa (poeta español) en el cementerio de Montmartre. Yo me ocupaba, en tanto que esperábamos la hora de la partida, de la lectura de una traducción de Lamartine, cuando Guerrico se levantó, exclamando: "¡El general *San Martín!*" Me paré lleno de agradable sorpresa al ver la gran celebridad americana que, tanto ansiaba conocer. Mis ojos, clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparición. — Entró por fin con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente le hallé del tipo que yo me había formado oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América!

Por ejemplo: Yo le esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un *indio*, como tantas veces me lo habían pintado, y no es más que un hombre de color moreno, de los temperamentos biliosos. Yo le suponía grueso, y, sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación. Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común. Al ver el modo como se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así. Yo había oído que su salud padecía mucho; pero quedé sorprendido al verle más joven y más ágil que todos cuantos generales he conocido de la guerra de nuestra independencia, sin excluir al general Alvear, el más joven de todos. El general San Martín padece en su salud cuando está en inacción, y se cura con solo ponerse en movimiento. De aquí puede inferirse la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió estar poseído en los años de su tempestuosa juventud. Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla



ni bigote, a pesar de que hoy los llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete, sin embargo, una inteligencia clara y despejada, un espíritu de-liberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente cada vez que se abren sus ojos, llenos aún del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña; la boca, pequeña y ricamente dentada, es graciosa cuando sonrío; la barba es aguda.

Estaba vestido con sencillez y propiedad: corbata negra, atada con negligencia; chaleco de seda, negro; levita del mismo color; pantalón mezcla celeste; zapatos grandes. Cuando se paró para despedirse acepté y cerré con mis dos manos la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú. En ese momento se despedía para uno de los viajes que hace en el interior de Francia en la estación del verano.

No obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos. En su casa habla alternativamente el español y francés, y muchas veces mezcla palabras de los dos idiomas, lo que le hace decir con mucha gracia que llegará un día en que se verá privado de uno y otro o tendrá que hablar un *patois* de su propia invención. Rara vez o nunca habla de política. — Jamás trae a la conversación con personas indiferentes sus campañas de Sud-

América; sin embargo, en general le gusta hablar de empresas militares.

Yo había sido invitado por su excelente hijo político, el señor don Mariano Balcarce, a pasar un día en su casa de campo en Grand Bourg, como seis leguas y media de París. Este paseo debía ser para mí tanto más ameno cuanto que debía hacerlo por el camino de hierro en que nunca había andado. A las once del día señalado nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico al establecimiento de carruajes de vapor de la línea de *Orleans*, detrás del *Jardín de Plantas*. El *convoy*, que debía partir pocos momentos después, se componía de 25 a 30 carruajes de tres categorías. Acomodadas las 800 a 1.000 personas que hacían el viaje, se oyó un silbido, que era la señal preventiva del momento de partir. Un silencio profundo le sucedió, y el formidable *convoy* se puso en movimiento apenas se hizo oír el eco de la campana que es la señal de partida. En los primeros instantes, la velocidad no es mayor que la de los carros ordinarios; pero la extraordinaria rapidez que ha dado a este sistema de locomoción la celebridad de que goza, no tarda en aparecer. El movimiento entonces es insensible, a tal punto, que uno puede conducirse en el coche como si se hallase en su propia habitación. Los árboles y edificios que se encuentran en el borde del camino parecen pasar por delante de la ventana del carruaje con la prontitud del relámpago, formando un soplo parecido al de la bala. A eso de la

una de la tarde se detuvo en *convoy* en *Ris*; de allí a la casa del general San Martín hay una media hora, que anduvimos en un carruaje enviado en busca nuestra por el señor Balcarce. La casa del general San Martín está circundada de calles estériles y tristes que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de un área de terreno igual, con poca diferencia, a una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes, blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular. Una hermosa acacia blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito: no hay un punto en que no se alce una planta estimable o un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría que recinto delicioso. Todo en el interior de la casa respira orden, conveniencia y buen tono. La digna hija del general San Martín, la señora Balcarce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad la del padre, es la que ha sabido dar a la distribución doméstico de quella casa el buen tono que distingue su esmerada educación. El general ocupa las habitaciones altas que miran al Norte. He visitado su gabinete lleno de la sencillez y método de un filósofo. Allí, en un ángulo de la habitación, descansaba imposable colgada al muro la gloriosa espada que cambió un día a faz de la América occidental. Tu-

ve el placer de tocarla y verla a mi gusto; es excesivamente curva, algo corta, el puño sin guarnición; en una palabra, de la forma denominada vulgarmente *moruna*. Está admirablemente conservada: sus grandes virolas son amarillas, labradas, y la vaina que la sostiene es de un cuero negro granado semejante al del jabalí. La hoja es blanca enteramente, sin pavón ni ornamento alguno. A su lado estaban también las pistolas grandes, inglesas, con que nuestro guerrero hizo la campaña del Pacífico.

Vista la espada, se venía naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tuve, pues, el gusto de examinar muy despacio el famoso estandarte de Pizarro, que el Cabildo de Lima regaló al general San Martín, en remuneración de sus brillantes hechos. Abierto completamente sobre el piso del salón, le vi en todas sus partes y dimensiones. Es como de nueve cuartas nuestras de largo, y su ancho como de siete cuartas. El fleco, de seda y oro, ha desaparecido casi totalmente. Se puede decir que del estandarte primitivo se conservan apenas algunos fragmentos adheridos con esmero a un fondo de seda amarillo. El pedazo más grande es el del centro, especie de chapón donde, sin duda, estaba el escudo de armas de España, y en que hoy no se ve sino un tejido azul confuso y sin idea ni pensamiento inteligible. Sobre el fondo amarillo o caña del actual estandarte se ven diferentes letreros, hechos con tinta negra, en que se

manifiestan las diferentes ocasiones en que ha sido sacado a las procesiones solemnes por los alféreces reales que allí mismo se mencionan.

¿Quién si no el general San Martín debía poseer este brillante gaje de una dominación que había abatido con su espada? Se puede decir con verdad que el general San Martín es el vencedor de Pizarro; ¿a quién, pues, mejor que al vencedor tocaba la bandera del vencido? La envolvió a su espada y se retiró a la vida obscura, dejando a su gran colega de Colombia la gloria de concluir la obra que él había casi llevado hasta su fin. Los documentos que a continuación de esta carta se publican por primera vez en español, prueban de una manera evidente que el general San Martín hubiera podido llevar a cabo la destrucción del poder militar de los españoles en América, y que aún lo solicitó también con un interés, y una modestia inaudita en un hombre de su mérito. Pero sin duda esta obra era ya incumbencia de Bolívar; y éste, demasiado celoso de su gloria personal, no quiso cederla a nadie. El general San Martín, como se ve, pues, no dejó inacabado un trabajo que hubiera estado en su mano concluir.

Como parece estar decidido de un modo providencial que nuestros hombres célebres del Río de la Plata, hayan de señalarse por alguna originalidad o aberración de carácter, también nuestro Titán de los Andes ha debido tener la suya. Si pudiéramos considerarlo hombre capaz de artificio o

disimulo en las cosas que importan a su gloria, sería cosa de decir que él había abrazado intencionalmente esta sigularidad; porque, en efecto, la última enseña que hay que agregar a un pecho sembrado de escudos de honor, capaz de deslumbrarlos a todos, es la modestia.

He aquí la manía, por decirlo así, del general San Martín; y digo la manía, porque lleva esta calidad más allá de lo conveniente a un hombre de su mérito. Por otra parte, bueno es que de este modo vengan a hallarse compensadas la buenas y malas cosas en nuestra historia americana. Mientras tenemos hombres que no están contentos sino cuando se les ofuca con el incienso del aplauso por lo bueno que no han hecho, tenemos otros que verían arder los anales de su gloria individual sin tomarse el comedimiento de apagar el fuego destructor.

No hay ejemplo (que nosotros sepamos) de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir a redacciones que hubieran podido serle muy honrosas; y difícilmente tendremos hombre público que haya sido solicitado más que él para darlas. La adjunta carta al general Bolívar, que parecía formar una excepción de esta práctica constante, fué cedida al Sr. Lafon, editor de ella, por el secretario del Libertador de Colombia. Se me ha dicho que cuando la aparición de la Memoria sobre el general Arenales publicada por su hijo, un hombre público de nuestro país, escribió al

general San Martín, solicitando de él algunos datos y su consentimiento para refutar al coronel Arenales, en algunos puntos en que no se apreciaba con la bastante latitud los hechos esclarecidos del Libertador de Lima. El general San Martín rehusó los datos y hasta el permiso de refutar a nadie en provecho de su celebridad.

El actual rey de Francia, que es conocedor de la historia americana, habiendo hecho reminiscencia del general San Martín, en presencia de un agente público de América, con quien hablaba a la sazón, supo que se hallaba en París desde largo tiempo. Y como el rey aceptase la oferta que le fué hecha inmediatamente de presentar ante S. M. al general americano, no tardó éste en ser solicitado con el fin referido; pero el modesto general, que nada tiene que hacer con los reyes, y que no gusta de hacer la corte ni de que se la hagan a él; que no aspira ni ambiciona a distinciones humanas, pues que está en Europa, se puede decir, huyendo de los homenajes de catorce Repúblicas, libres en gran parte por su espada, que si no tiene corona regia, la lleva de frondosos laureles, en nada menos pensó que en aceptar el honor de ser recibido por S. M., y no seré yo el que diga que hubiese hecho mal en esto.

Antes que el señor Marqués Aguado verificase en España el paseo que le acarreó su fin, hizo las más vehementes instancias a su antiguo amigo el general San Martín para que le acompañase al otro

lado del Pirineo. El general se resistió observándole que su calidad de general argentino le estorbaba entrar en un país con el cual el suyo había estado en guerra, sin que hasta hoy tratado alguno de paz hubiese puesto fin al entredicho que había sucedido a las hostilidades; y que en calidad de simple ciudadano le era absolutamente imposible aparecer en España por vivos que fuesen los deseos que tenía de acompañarle. El señor Aguado, no considerando invencible este obstáculo, hizo la tentativa de hacer venir de la Corte de Madrid el allanamiento de la dificultad. Pero fué en vano, porque el Gobierno español, al paso que manifestó su absoluta deferencia por la entrada del general San Martín como hombre privado, se opuso a que lo verificase en su rango de general argentino. El Libertador de Chile y el Perú, que se dejaría tener por hombre obscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante sus viejos rivales de otro modo que con su casaca de Maipo y Callao; se abstuvo, pues, de acompañar a su antiguo camarada. El señor de Aguado marchó sin su amigo y fué la última vez que le vió en la vida. Nombrado testamentario y tutor de los hijos del rico banquero de París, ha tenido que dejar hasta cierto punto las habitudes de la vida inactiva que eran tan funestas a su salud. La confianza de la administración de una de las más notables fortunas de Francia, hecha a nuestro ilustre soldado, por un hombre que le conocía desde la juventud, hace tanto honor a las



prendas de su carácter privado, como sus hechos de armas ilustran su vida pública. El general San Martín habla a menudo de la América, en sus conversaciones íntimas, con el más animado placer: hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo sin embargo que alguna vez se resuelva a cambiar los placeres estériles del suelo extranjero, por los peligrosos e inquietos goces de su borrascoso país. Por otra parte, ¿será posible que sus adioses de 1829, hayan de ser los últimos que deba dirigir a la América, el país de su cuna y de sus grandes hazañas?

123

## ROSAS (EN EL DESTIERRO)

*Londres, 18 de Octubre de 1857.*

ANOCHE conocí a Rosas. Consentí en encontrarme con él en casa de Mr. Dickson, por sus actuales circunstancias. Procesado sin discernimiento ni derecho, quise protestar en cierto modo contra éso tratándole (1). Su actitud respetuosa a la nación y a su gobierno nacional, me han hecho menos receloso hacia él.

Hablaba en inglés con las damas cuando yo entré. El Sr. Dickson nos presentó y me dió la mano con palabras corteses. Poco después me habló aparte, sentándonos en sillas puestas por él ambas. Me encargó de asegurar al general Urquiza la verdad de lo que me decía como a su representante en estas cortes: "Que estaba intensamente reconocido por su conducta recta y justa hacia él; que si algo poseía hoy para vivir, a él se lo debía". Me renovó a mí sus palabras de respeto y sumisión al gobierno nacional.

Al verle le hallé más viejo de lo que creía, y se

lo dije. Me observó que no era para menos, pues tenía sesenta y cuatro años.

Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos. Buenos Aires es el que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas de cerca. ¿Cómo ha podido ese hombre dominar a ese pueblo a tanto extremo?, es lo que uno se repite dentro de sí al conocerle.

Habló mucho.

Habla inglés, mal, pero sin detenerse, con facilidad.

Es jovial y atento en sociedad.

Después de la mesa, cuando se alejaron las señoras, habló mucho de política; casi siempre se dirigió a mí, y varias veces vino a mi lado. Me llamaba *señor ministro* y a veces *paisano*; otras por mi nombre.

Acababa de leer él todo lo que trajo el vapor de antes de ayer sobre su proceso. No por eso estaba menos jovial y alegre.

—Me llaman por edictos — decía; — ¿pues estoy loco para ir a entregarme para que me maten?

Niega a Buenos Aires el derecho de juzgarlo.

Repite como de memoria las palabras de su protesta.

Dice que el *Gobierno*, la *autoridad soberana* o su-

perior a que en ella alude, es el Gobierno de la Nación o Confederación, no el de Buenos Aires.

Le oí que Anchorena era el exclusivo autor y partidario del aislamiento de Buenos Aires, como ciudad escéptica.

Se quejó de Anchorena: le calificó de ingrato.

Recordó que al acercarse Urquiza a Buenos Aires, Anchorena le dijo a él (a Rosas), que si triunfaba Urquiza "no le quería más medio que agarrarse de los faldones de la casaca de Urquiza y correr su suerte, aunque fuese al infierno, y enseñada, le abandonó".

Recordó que toda su fortuna la había hecho bajo su influencia.

Habló con moderación y respeto de todos sus adversarios, incluso de Alsina.

Recordó que el que ordenó la ejecución de los de San Nicolás está legalizado por Maza (?) El no niega el hecho de esa ejecución: lo califica de hecho político, de la guerra civil de esa época.

Habló mucho de caballos, de perros, de sus simpatías por la vida inglesa, de su pobreza actual, de sus economías, de su caballo y de los caballos ingleses.

No es ordinario. Está bien en sociedad. Tiene la fácil y suelta expedición de un hombre acostumbrado a ver desde alto el mundo. Y, sin embargo, no es fanfarrón ni arrogante, tal vez por eso mismo, como sucede con los lores de Inglaterra; las más suaves y amables gentes del país.

Su fisonomía no es mala. Se parece poco a sus retratos. La cabeza es chica, y la frente, echada atrás, es bien formada, más bien que alta. Los ojos son chicos. Está cano. No tenía bigotes ni patilla. No estaba bien vestido: no tenía ropa en Londres. Ha venido por quince días a imprimir y publicar su *protesta*.

Me dijo que no había sacado plata de Buenos Aires, pero sí todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansaba. El dice que guarda sus opiniones, sin perjuicio de su respeto por la autoridad de su nación.

Recordó que él no había echado a Rivadavia, ni hubiera rehusado recibirlo. Fué bajo Viamonte, según dijo, el destierro de aquél.

Después de Balcarce, ningún *porteño* en Europa me ha tratado mejor que Rosas, anoche, como a representante de la *Confederación Argentina*.

## APENDICE

### NOTAS LITERARIAS DEL ARTE MODERNO (1)

*El arte es la expresión de la vida humanitaria.*  
FORTOUL.

*La poesía es la expresión de la vida infinita.*  
LEROUX.

#### COMENTARIO

Es menester no tomar estas palabras por puras vaguedades graciosas, armonías sin sentido, vertidas a la casualidad. Algunas líneas de examen nos harán ver que son teoremas felices de una alta capacidad, axiomas profundamente filosóficos.

El arte que solo expresara la vida individual, sería sin duda un arte estrecho, egoísta. No sería ab-

---

(1) Completamos la exposición de las convicciones románticas y socialistas de Alberdi, en su juventud, con la curiosa e interesante página que a continuación reproducimos, escrita durante su destierro en Montevideo, y en la cual pregona la necesidad de un arte humanitario y socialista, cuyas características define a grandes trazos. — (N. de la D.)

surdo, porque el individuo es algo, es un término de la sociedad como de la creación; sería nada más que incompleto. El arte que sólo expresara la vida nacional, sería igualmente incompleto, aunque no absurdo; porque la nación no es todo ella, y nada el individuo, sino que ella tiene una personalidad como la tiene el individuo. El arte, pues, que vertiera la armonía de estas dos personalidades, sería más completo pero imperfecto todavía. Hay otra personalidad que armoniza con los dos antecedentes y es la de la humanidad. Es este doble concierto de la vida de la humanidad, con la de cada nación y cada individuo, lo que constituye la vida humanitaria. Son tres personalidades indestructibles, que se suponen mutuamente, que se sostienen mutuamente. Aislar el individuo de la nación, es aniquilar nuevamente el individuo, la nación, la humanidad. Aislar la nación de la humanidad, es aniquilar igualmente la nación, el individuo, la humanidad. Todo en la humanidad como en la creación, es solidario y dependiente entre sí. Y en esta dependencia está la vida: todo aislamiento es muerte. La teoría de la independencia absoluta es, pues, absurda y nociva, tanto en la sociabilidad como en la ciencia y el arte. La independencia absoluta es la anarquía universal, es la disolución, la muerte. Son, pues, las condiciones de la asociación, de la confederación humanitaria, lo que está destinado a expresar el arte socialista.

El arte socialista, debe, pues, despertar mutuas

tendencias entre el individuo, la nación, la humanidad: debe afear al individuo que se aísla, a la nación que se aísla, toda tendencia, toda predisposición al aislamiento a la feudalidad, al excentricismo. Debe idealizar tipos perfectos de individuos, de pueblos, de virtudes, de felicidades humanitarias. Debe hacer resaltar en relieves divinos las relaciones de armonía y dependencia que unen las diversas partes de la creación humanitaria, en una vida única y múltiple; sintética y analítica a la vez: en una palabra, debe ser la expresión de la vida humanitaria.

La vida de la humanidad se sostiene a la vez, por la independencia, por la personalidad, por la libertad del individuo del pueblo, y de la humanidad; y por la mutua dependencia también, por la subordinación, por la solidaridad del individuo, del pueblo y de la humanidad. Todo es independiente y dependiente a la vez en la humanidad como en el universo. Ni la independencia ni la dependencia, son absolutas, ilimitadas: todo es libre, pero libre para determinado fin: no hay libertad ilimitada, ni en el individuo ni en la nación, ni en la humanidad; y si la hubiera sería espantosa. Ninguna libertad es voluntaria, caprichosa; todas dependen de la razón, y la razón es la ley divina en virtud de la cual todo camina, se desarrolla y vive en el universo en un justo y armonioso equilibrio.

La razón de universal existencia, de vida infinita, es, pues, la musa del arte socialista y progresivo.



## INDICE

|  | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| <i>Grandes Escritores Argentinos. Definición de propósitos</i> . . . . .   | 5           |
| <i>La "Autobiografía" y otros escritos de Alberdi</i> . . . .  | 9           |
| <i>"Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas",</i><br>por Jean Jaurès (Prólogo) . . . . .  | 13          |
| Mi vida privada (Autobiografía) . . . . .  | 39          |
| Observaciones sobre el certámen poético de 1841 . .  | 77          |
| Discurso pronunciado el día de la apertura del Salón<br>Literario . . . . .  | 102         |
| Los americanos ligados al extranjero . . . . .   | 114         |
| Acción de la Europa en América . . . . .   | 128         |
| La República Argentina 37 años después de su Re-<br>volución de Mayo . . . . .   | 148         |
| Estudios políticos. Examen de las ideas del Sr. Frías<br>sobre el influjo de la Francia, de la Inglaterra y<br>del catolicismo en estos países . . . . . | 185         |
| La omnipotencia del Estado es la negación de la liber-<br>tad individual . . . . .   | 208         |
| <br><i>Dos entrevistas históricas:</i>   |             |
| El General San Martín en 1843 . . . . .  | 251         |
| Rosas (en el destierro) . . . . .  | 262         |
| <i>Apéndice. Notas literarias. Del Arte Moderno</i> . . . .  | 266         |



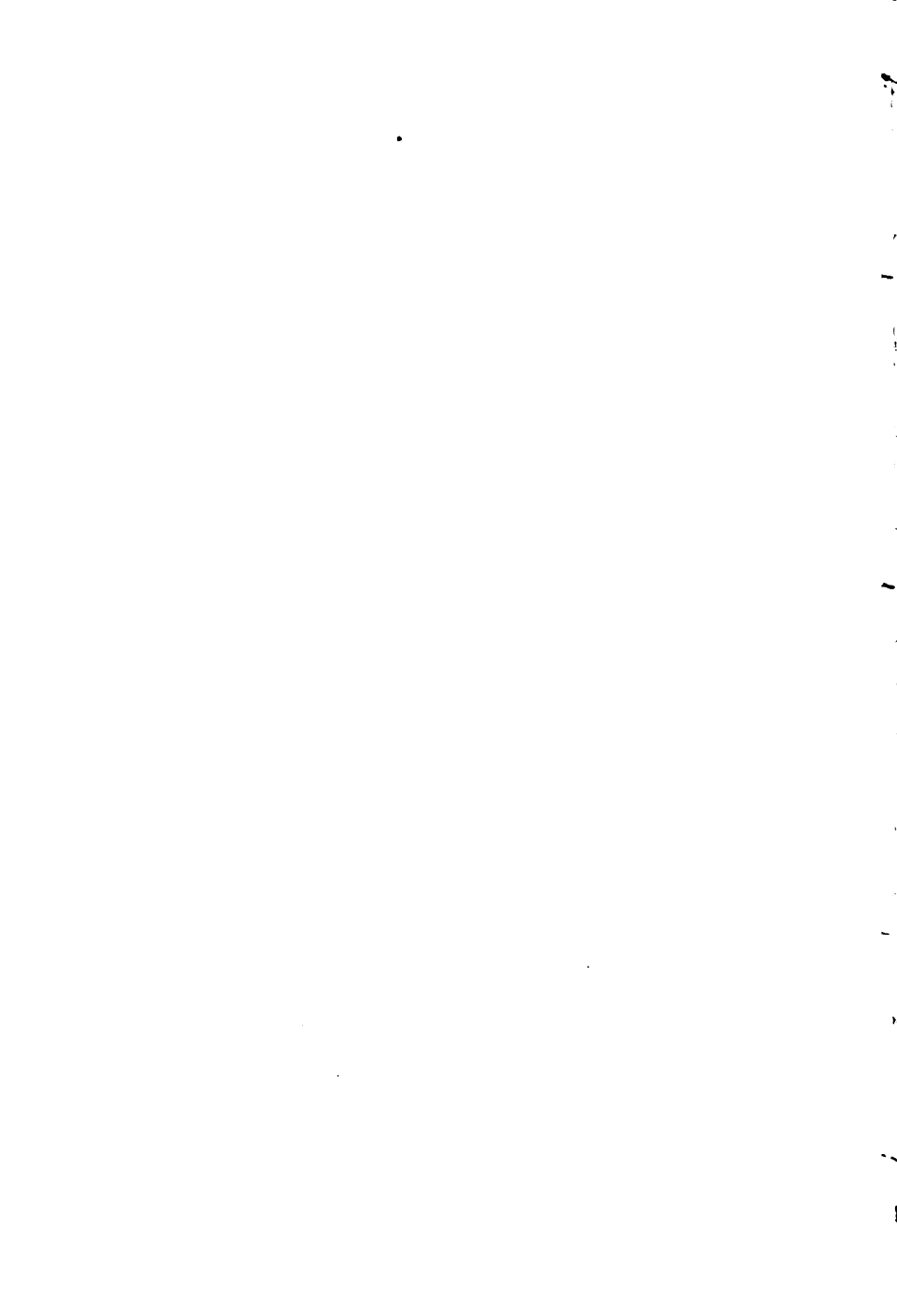
3

1

3

1

1



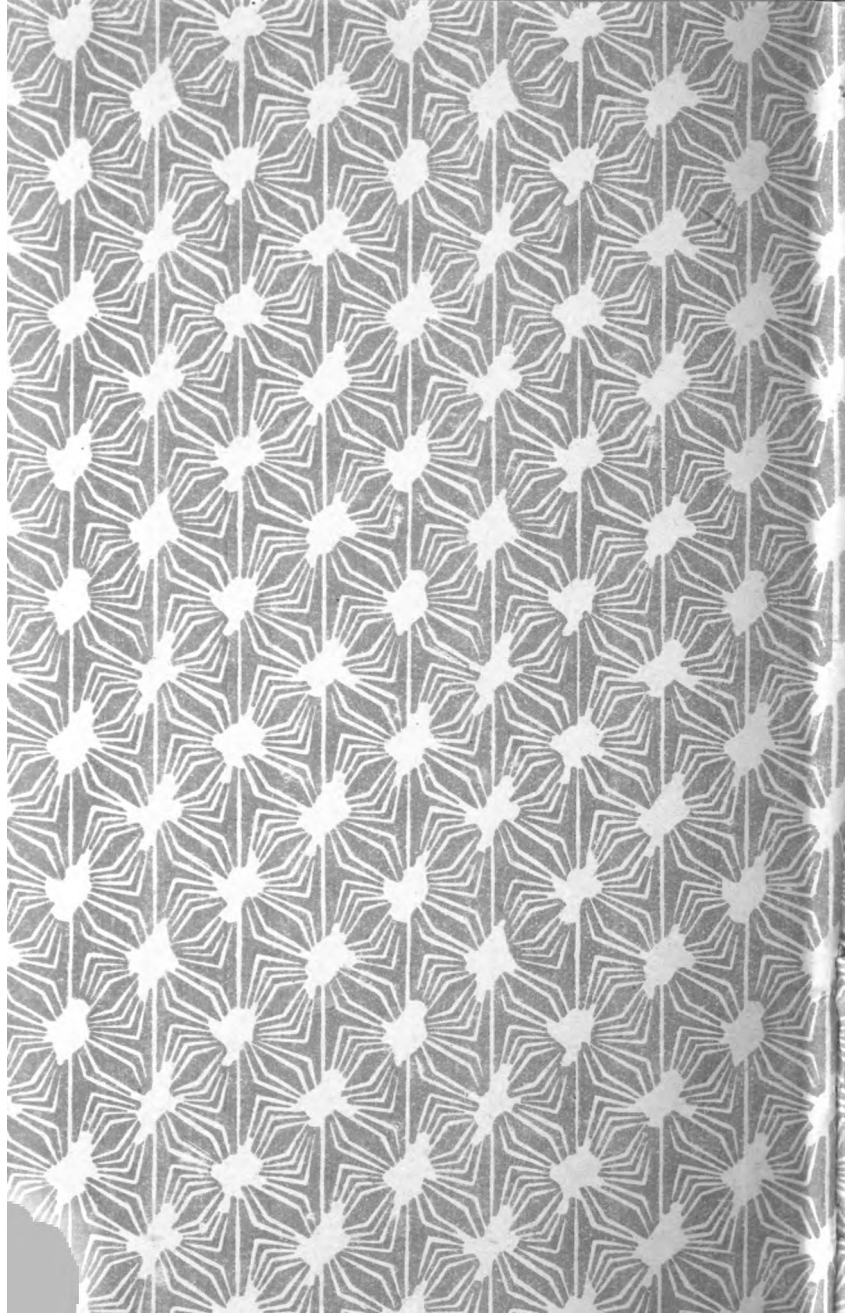
1.

1

1

1

1





UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3023565217

0 5917 3023565217